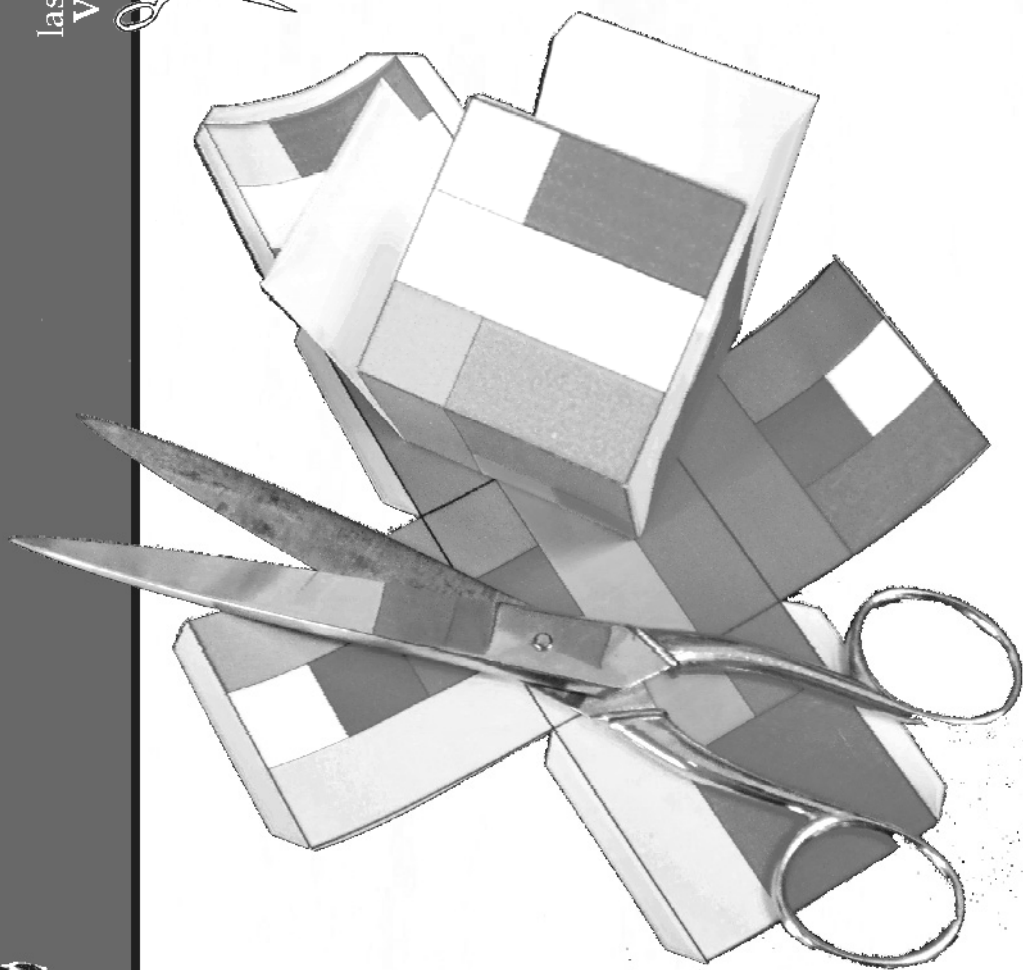
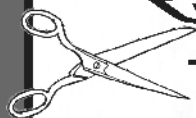
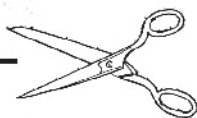


las EDICIONES del
VECIND(í)ARIO

LAS COSAS DE LA CAJA



Fefa Martí Maldonado



colección narrativa

INDICE

GRAVE PROBLEMA EN LOS INVIERNOS LLUVIOSOS	... 7
BERENICE	... 9
SIGA LA FLECHA	... 12
SOLITARIO QUE NO SALE CASI NUNCA	... 15
HEXAEDRO	... 29
BÚSCATE	... 38
HETERODOXO	... 57
RUTINAS	... 65
CONTRA EL MÉTODO	... 76
CUENTO DE NAVIDAD	... 90
SUEÑO	... 96
POEMA PERMUTANTE	... 112
TRADUCCIÓN	... 129

INDICE

BREVE HISTORIA DE UNA CANCIÓN FUNERARIA	... 132
LA CREACIÓN	... 182
RETRATO	... 198
ELLA SIEMPRE DECÍA QUE SI	... 209
GLASS TUNNEL	... 224
LORENZO EL INGLÉS	... 249

Desde siempre, las cajas han sido objetos que han llamado poderosamente su atención. Sea cual sea su tamaño, forma o color y sea cual sea el material de que estén hechas, desde siempre le ha gustado mirarlas, tocarlas, olerlas, ABRIRLAS. Su hermana Ana dice que eso es un Edipo mal curado pero ella nunca ha creído demasiado en el psicoanálisis y menos aún desde que se dio cuenta de que, en realidad, no le gustaban las cajas en sí mismas (y eso que las hay preciosas: redondas, cuadradas, metálicas, multicolores) sino las infinitas posibilidades que encierra una caja. Por ejemplo: una caja llena de cosas se le antoja una aventura extraordinaria, porque cada cosa tiene su pequeña historia, su carga de sentimientos y recuerdos, mientras que una caja vacía es la posibilidad de una aventura extraordinaria

porque a ella pueden ir a parar la cestita de mimbre que le regaló Roberto, el rompecabezas chino, las caracolas que recogió una tarde Octubre en una playa de las Rías Bajas, el Donvicente, el prendedor que es una lechucita verde, los pendientes de jade y muchas cosas más.



Durante algún tiempo anduvo preocupada porque hay cosas que no son fácilmente encajables y ella quería una caja en la que guardar un montón de cosas que andaban desperdigadas por ahí y estaban pidiendo a gritos un lugar común. No es de extrañar que la alegría invadiera su espíritu la tarde en que comprendió que tenía una preciosa caja (grande y cuadrada y de colores, que son las que más le gustan) que se ajustaba totalmente a sus necesidades. Se armó de paciencia y buscó por todos los rincones hasta dar con todas las cosas dispersas, hecho lo cual procedió a meterlas en la caja sin ningún orden pero, eso sí, con muchísimo cuidado, no fueran a romperse.

De modo que diremos de una vez (por si alguien no se ha dado cuenta todavía) que ésta es la caja y éstas son las cosas que contiene.

Para empezar puede servir esta breve nota. (Sí, ya sé que es un espanto, y ella seguramente también lo sabe, pero le tiene mucho cariño y la sitúa entre lo mejor de sus textos, ya sabemos que a veces las razones del corazón nos nublan el entendimiento, qué le vamos a hacer). Se titula, por supuesto:

GRAVE PROBLEMA EN LOS INVIERNOS LLUVIOSOS

—Mira— dijo Lila acercándole a Fefe un suéter amarillo.

—Qué horror —dijo Fefe después de tocar el suéter amarillo— Está completamente eléctrico.

—Debe ser la centrifugadora —dijo Lila

—Sí, eso debe ser —dijo Fefe encendiendo un cigarrillo—, la centrifugadora.

—Toda la ropa está así —dijo Lila—, eléctrica. Y no hay más remedio que secarla

en la centrifugadora, eso es lo malo.

—Cuando venga el buen tiempo ya no hará falta usar la centrifugadora y la ropa no se pondrá eléctrica —dijo Fefe.

—Claro —dijo Lila—, cuando venga el buen tiempo...



Una noche, después de un paseo por el barrio de Carmen (un paseo de esos que se prolongaban hasta las tres o las cuatro de la madrugada), Óscar le puso en la mano un folio mecanografiado. Ella lo leyó y, aunque no puedo afirmarlo porque no estaba allí, es casi seguro que le dio un beso de mucho amor y lloró un poco, porque esta chica es de lágrima fácil. Guarda el folio con muchísimo cariño y cada vez que lo relee le da una especie de melancolía.

BERENICE

Berenice es huracán y es lluvia. Berenice es vórtice y es nube. Berenice es nube. Me rodea y me lleva con ella y se me escapa entre los dedos.

Berenice me saca el alma, encogida ya, y me la llena de nueva vida. Con Berenice mi alma es luna llena, es un trocito de vida llegado de no sé dónde. Y Berenice se va.

Cuando la dejo, después de saborearla, y vuelvo a casa por las calles que hemos recorrido juntos, siento que los edificios se me caen encima. Pero son edificios metafísicos que me devuelven pedacitos de alma que, junto a ella, me había dejado prendidos en sus esquinas.

Ella, que me ha dejado conocer su olor y el sabor de sus labios, que me ha enseñado a conocer el encanto de las callejas oscuras de mi ciudad; ella, que me ha descubierto a Cohen y a Cortázar, que me ha hecho sentir el sabor caliente de un cigarrillo apurado entre los dos; ella, que me ha enseñado a sentir la belleza de la noche y a saludar a los barrenderos. Ella se va.

Cuando Berenice se vaya la ciudad no será la misma. Los impermeables de los barrenderos no serán tan amarillos y los cigarrillos no sabrán igual. Cuando Berenice se vaya yo andaré por ahí, perdido, recogiendo pedacitos de alma que ya nunca encajarán.

Porque Berenice es nube y yo soy nube, porque Berenice se va y yo me voy. Y los dos lo sabemos y los dos lo hacemos con una resignación que quizá tenga mucho de amor.

Si Berenice vuelve ya no seremos los mismos y no sé qué pasará. Habrá otros como yo y otras como ella. No. No podrá haberlas. Serán distintas.

Para Berenice, que se va.



No hay papel que caiga en sus manos que no acabe lleno de dibujitos. Como no sabe dibujar, los resultados son francamente horribles salvo excepciones como la que sigue, que se redime por el texto, claro.

Una flecha que señala a una flecha que a su vez señala a una flecha que a su vez señala a una flecha que a su vez señala a una flecha que a su vez señala a una flecha que a su vez señala a una flecha que a su vez señala a una flecha que a su vez señala a una flecha que a su vez señala a una flecha que a su vez señala a una flecha que a su vez señala a la primera flecha.

Y UN CARTEL QUE DIGA: SIGA LA FLECHA

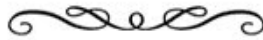
Ya es hora de decir que le gustan los juegos pero no tanto los juegos establecidos de antemano, los conocidos, los de siempre, como los surgidos de y sugeridos por la vida cotidiana, esos juegos que a veces la existencia nos regala

para que el niño que todos llevamos dentro esté bien alimentado

Una de las infinitas posibilidades del juego: elegir una palabra al azar. No importa la palabra ni lo que signifique ni el número de consonantes y vocales que la compongan aunque la experiencia dice que el efecto es más rápido si la palabra es bisílaba. Repetir la palabra en voz alta dejando que su significado acuda a la mente cada vez que es pronunciada. Al cabo de treinta segundos (aproximadamente) se puede constatar cómo la palabra repetida deja de tener significado, es decir, el significante (el conjunto fónico) se disocia del significado (imagen mental que ese grupo de sonidos lleva asociada) y así la voz “casa” deja de provocar la imagen “muros, ventanas, tejado, puerta”) y sólo quedan los sonidos “ca” y “sa” (o el sonido “casa”, pero ya no la imagen “muros, venta-

nas, tejado, puerta”) tal como sonaron la primera vez que fueron pronunciados por la voz humana.

Una de las aplicaciones de una de las infinitas posibilidades del juego: haciendo un pequeño esfuerzo puede procederse a la inversa: se elige un conjunto fónico que no represente absolutamente nada y se repite en voz alta y asociándolo mentalmente a una imagen, a un significado. (De gran utilidad a la hora de estudiar idiomas una vez dominada la técnica)



Éste sí, éste es de los de siempre. Un solitario que se juega con una baraja normal, española, de las de Heraclio Fournier de toda la vida. Pero, claro, ella no iba a conformarse con un solitario normal y corriente. Tenía que ser precisamente éste, que no sale casi nunca.

Sáquense las cartas del mazo de una en una y colóquense sobre la mesa de izquierda a derecha. Cuando una carta quede situada entre dos cartas que sean del mismo palo (entre dos cartas de oros, entre dos cartas de copas, etc.) o de la misma figura (entre dos reyes, entre dos cincos, etc.) póngase sobre la carta situada inmediatamente a su izquierda. Obsérvese si el nuevo orden afecta a la carta anterior ya que, por efecto del retroceso, dicha carta puede quedar situada, a su vez, entre dos cartas que sean del mismo palo o de la

misma figura. Si es así, continúese montando la/s carta/s sobre la/s precedente/s hasta que el ciclo quede interrumpido. El solitario se considera terminado cuando se acaban las cartas del mazo (lógico) y conseguido cuando, acabadas las cartas y agotadas las posibilidades de retroceso, sólo queda una carta aislada (la última) y el resto en un montón (difícilísimo).

Por si alguien quiere tomarse la molestia de comprobar que, a veces, el maldito solitario sale, se detallan a continuación tres formas diferentes de colocar las cartas que garantizan un resultado exitoso. Téngase en cuenta que el orden que se señala es el de salida del mazo:

3 de oros, rey de espadas, 7 de oros, 6 de bastos, sota de espadas, 2 de oros, 5 de bastos, 7 de copas, as de espadas, rey de oros, rey de copas, sota de bastos, as de copas, so-

ta de oros, caballo de copas, 5 de copas, sota de copas, 2 de espadas, rey de bastos, 3 de espadas, 4 de oros, 4 de espadas, 4 de copas, as de bastos, 7 de espadas, 5 de espadas, 2 de copas, 4 de bastos, 2 de bastos, caballo de espadas, 6 de copas, 5 de oros, 7 de bastos, as de oros, 6 de oros, caballo de oros, 3 de copas, caballo de bastos, 6 de espadas y 3 de bastos.

Sota de oros, 6 de bastos, 4 de oros, as de oros, 5 de bastos, 3 de bastos, 3 de copas, rey de oros, 7 de bastos, 4 de copas, 2 de bastos, 2 de copas, as de bastos, rey de copas, 7 de oros, rey de espadas, 3 de oros, sota de copas, caballo de copas, 4 de espadas, caballo de oros, caballo de bastos, 2 de oros, 6 de oros, caballo de espadas, 6 de copas, 4 de bastos, 2 espadas, rey de bastos, 7 de espadas, sota de bastos, 5 de copas, 6 de espadas, 5 de oros, 3 de espadas, 5 de espadas, as de

copas, sota de espadas, 7 de copas, as de espadas.

4 de oros, caballo de copas, 6 de copas, 4 de copas, 6 de oros, 3 de espadas, 2 de copas, 5 de bastos, rey de oros, rey de espadas, 7 de copas, as de oros, 7 de espadas, 3 de copas, 4 de bastos, 7 de oros, 5 de oros, rey de bastos, caballo de oros, 5 de copas, 6 de bastos, 2 de bastos, rey de copas, as de copas, 6 de espadas, sota de espadas, 5 de espadas, caballo de bastos, as de espadas, sota de copas, 2 de espadas, as de bastos, sota de oros, caballo de espadas, sota de bastos, 7 de bastos, 2 de oros, 3 de bastos, 4 de espadas, 3 de oros.

3 de oros, rey de espadas, 7 de oros, 6 de bastos, sota de espadas, 2 de oros, 5 de bastos, 7 de copas, as de espadas, rey de oros, rey de copas, sota de bastos, as de copas, sota de oros, caballo de copas, 5 de copas, sota de copas, 2 de espadas, rey de bastos, 3 de

espadas, 4 de oros, 4 de espadas, 4 de copas, as de bastos, 7 de espadas, 5 de espadas, 2 de copas, 4 de bastos, 2 de bastos, caballo de espadas, 6 de copas, 5 de oros, 7 de bastos, as de oros, 6 de oros, caballo de oros, 3 de copas, caballo de bastos, 6 de espadas y 3 de bastos.

Sota de oros, 6 de bastos, 4 de oros, as de oros, 5 de bastos, 3 de bastos, 3 de copas, rey de oros, 7 de bastos, 4 de copas, 2 de bastos, 2 de copas, as de bastos, rey de copas, 7 de oros, rey de espadas, 3 de oros, sota de copas, caballo de copas, 4 de espadas, caballo de oros, caballo de bastos, 2 de oros, 6 de oros, caballo de espadas, 6 de copas, 4 de bastos, 2 espadas, rey de bastos, 7 de espadas, sota de bastos, 5 de copas, 6 de espadas, 5 de oros, 3 de espadas, 5 de espadas, as de copas, sota de espadas, 7 de copas, as de espadas.

4 de oros, caballo de copas, 6 de copas, 4 de copas, 6 de oros, 3 de espadas, 2 de copas, 5 de bastos, rey de oros, rey de espadas, 7 de copas, as de oros, 7 de espadas, 3 de copas, 4 de bastos, 7 de oros, 5 de oros, rey de bastos, caballo de oros, 5 de copas, 6 de bastos, 2 de bastos, rey de copas, as de copas, 6 de espadas, sota de espadas, 5 de espadas, caballo de bastos, as de espadas, sota de copas, 2 de espadas, as de bastos, sota de oros, caballo de espadas, sota de bastos, 7 de bastos, 2 de oros, 3 de bastos, 4 de espadas, 3 de oros.





Si hubiera que hablar de la escritura como exorcismo lo que sigue sería un buen ejemplo para ilustrar el discurso: de no haberlo escrito habría acabado (probablemente) suicidándose. Pero, por suerte para ella, lo escribió. En veinte minutos y en tercera persona.

Para Berta suponía un gran consuelo recibir carta de Nuria, de Sibila o de Fran. Las cartas hablaban siempre de la ciudad y de la gente de la ciudad, circunstancia que Berta aprove-

chaba para evadirse de su realidad de inyecciones, papeles y ganchillos del número siete.

Aquella tarde la carta resultó ser de Fran quien, además de algunas anécdotas y un poema que Berta encontró magnífico, le contaba, como quien no quiere, un encuentro que a Berta le trajo el recuerdo de dos 31 de diciembre pasados en compañía de un estudiante de Económicas aficionado al baloncesto.

Berta contestó por la noche, entre humo de cigarrillo y principios de depresión nerviosa. Franqueó con cuatro pesetas y veinticinco céntimos.

Le resultó un alivio contarle a Fran algunas cosas, aunque supiera de antemano que ni Fran ni nadie podría ayudarla. Los malos tragos hay que pasarlos a solas, querida, se dijo Berta para consolarse.

Ciertamente estaba sola. De vez en cuando aparecía Lincoln, única persona (por aquel

entonces y en aquella ciudad) de hacerle olvidar la distancia existente entre su mundo y el resto de los mundos que la rodeaban: mundotrabajo, mundofamilia, mundoalgunosconocidos.

Un domingo en la playa se quedó dormida al sol. Soñó con un avestruz y con un galgo ruso. Después, al caer la tarde, paseó por la orilla del mar durante mucho tiempo, con los pantalones remangados por encima de la rodilla y los zapatos en la mano. Encontró dos piedras hermosísimas, rojas y frágiles, cuyo encanto consistía en poseer un agujero en el centro de su volumen. Las guardó para Fran, amante incondicional de semejantes manifestaciones de la naturaleza. Por la mañana había sido la alegría de encontrar en el muelle la silueta verde del Nordvik, aunque luego se preguntó por qué la alegría, después de todo no era para tanto. Se hubiera bañado pero no lo hizo. En primer lugar, porque tenía anginas

y, en segundo, porque el agua estaba muy sucia. Detalles como Lincoln, el sueño al sol, la proa del Nordvik en el muelle, iban haciendo su vida más agradable. Si es que es vida, diría Berta, siempre dispuesta a la duda.

A Lincoln se le podían contar ciertas cosas, pero no todas. ¿Cómo explicarle, por ejemplo, el maravilloso instante en que alguien se había inclinado hacia ella para decirle al oído: “...tontas, ¿no saben que la noche se ha hecho para vivirla...?” ¿Cómo transmitirle aquella sensación, aquel sentir donde se abolían todas las distancias posibles, el tiempo y el espacio, todo borrado y hundido en un hermoso vacío que apenas duró unos segundos? Era una noche tranquila, sin ruidos ni sobresaltos. Antes había sido el chocolate, el “¿qué tal tu amigdalitis?”. Después la charla, los cigarrillos a medias. Todo había sucedido como si hubiera existido un puente anterior a ese encuentro, una conexión. Y la pobre Berta su-

po aquella noche que existen los momentos mágicos.

Pero era imposible contarle a Lincoln cosas así. Intentó escribírselo a Nuria pero no supo explicarse. Pobre Berta.

Sobre todo aquello prevalecía la sensación de falsedad que ella misma transportaba como un pesado paquete a través de las calles llenas de polvo. Se sabía en escena, interpretando un papel que convencía a todo el mundo menos a ella. Intentaba explicárselo a sí misma diciéndose que la comedia no era más que un intento de reconciliación con su propia conciencia, el deseo de vencer frente a los recuerdos y al pasado, su redención.

¿Cómo explicarle esto a Lincoln? Lincoln, tan amable, tan solícito a la hora de ir a recoger fotografías o cuentos, siempre al otro lado de la taza de café o en un recodo del pasillo y, sin embargo, tan en el otro mundo, el del escenario, mientras ella era, al mismo tiempo,

protagonista y espectadora de su propia obra. La culpa no era de Lincoln sino suya pero, ¿qué hacer? Ni Lincoln ni nadie podían bajar al patio de butacas.

En la ciudad era distinto o, por lo menos, había sido distinto hasta entonces, aunque Berta sospechaba que el escenario la seguiría ya a todas partes, incluso a la ciudad.

Fue por aquellos días cuando Emerson hizo su aparición. Al principio, Emerson fue sólo el nombre que debía constar en una cartulina de identificación que no aparecía por ninguna parte. Después, cuando dejó de ser una cartulina y se convirtió en una persona de carne y hueso, se introdujo poco a poco en su vida hasta llegar a ser la única cosa agradable en que Berta podía pensar.

Era tan consolador oír a Emerson llamarla “pequeña mocosa”, sentir su mirada a través de la gente, ver cómo su mano la buscaba a pesar de todos los cuerpos y de todos los

ojos, saberse extrañada y querida, que Berta no podía (ni quería) resistir la tentación de ir a verle casi todas las tardes. Le contaba de Dimas, de los electrocardiogramas, del zoo, del tiempo. A veces hablaban en voz baja y se decían cosas que nadie podía oír.

No quiero hacerte daño, había dicho Emerson. Le gustaba que llevara el pelo suelto y se fijaba siempre en el color de sus calcetines. No puedes, había contestado Berta. Alguien lo había hecho años atrás con tanta intensidad que Berta estaba inmunizada contra cualquier agresión.

Sin embargo, se decía que parte de la culpa era suya, que ella misma había sido tan culpable como ese alguien y que era de sí misma de quien la defendía Emerson. Era Emerson quien le hacía olvidar que no podía mirarse al espejo. A su lado podía permitirse el lujo de sentirse buena, junto a él desaparecían el escenario y el patio de butacas y sólo quedaban

“Il mío canto libero” en el radiocassette, las nubes del atardecer, los guiños de complicidad, las manoplas tejidas con tanto, tanto cariño.

Llegó una nueva carta de Fran con noticias y con parte de un trabajo que habían proyectado a medias. Se acentuó la nostalgia de la ciudad y Berta empezó a sentirse encerrada entre algo contra lo que no podía luchar.

Pensó en acabar con todo, concluir definitivamente. Pero aún le quedaba un poquito de esperanza en el corazón, la suficiente para esperar un día, otro día, cuando Lincoln lo supiera todo, cuando Emerson se fuera, cuando ya no quedaran papeles ni ganchillos del siete, cuando ir y venir y respirar dejaran de ser un cargo de conciencia, cuando Berta se mirara al espejo y sonriera, cuando Berta abandonara, de una vez para siempre, el escenario.



También guardaba por ahí un montón de fichas que, en su día, reclamaron lugar común, orden y concierto. Cuando se puso a la tarea de organizarlas vio, con sorpresa, que las fichas se dejaban clasificar bajo diferentes epígrafes. Como los epígrafes eran seis les fabricó un bonito fichero de seis caras, es decir, un

HEXAEDRO

Para aclararnos: las fichas (que eran poemas, todo hay que decirlo) se dejaron agrupar bajo seis epígrafes, a saber: Ofrendas, Máscaras, Interiores, Ausencias, Dedicatorias y Varios. Pero como tiene esa fijación con las cajas pensó que las fichas, además de ser encajables en una caja/libro (como ésta) eran también encajables en una caja/caja y enton-

ces, puesto que los epígrafes eran 6, imaginó un hexaedro (concepto que, por otra parte, es la Idea de caja) y pensó que cada cara del cubo podría corresponder a cada uno de los epígrafes. La siguiente idea fue la de los ficheros: en cada cara se abriría un cajoncito, a modo de fichero, que contendría los poemas, escrito cada uno en una ficha. La idea estaba bien, pero realizarla no era nada sencillo. Para empezar, cada cajoncito debía abrirse por una cara (no servía, por ejemplo, dos cajoncitos en esta cara, uno en la otra, dos más en la otra... No. El equilibrio es el equilibrio: una cara/un cajoncito, no podía ser de otra manera), tener la longitud del lado del hexaedro (porque tampoco servía que un cajoncito fuera largo y estrecho y otro corto y ancho, y otro estrecho y corto. No. Todos del mismo tamaño, con las mismas dimensiones) y no estorbar en sus movimientos de apertura y cierre a ninguno de los cinco restantes. Eso la

obligó a buscar una colocación de los ficheros que, pareciendo caprichosa, no lo era en absoluto pues respondía a las exigencias previas. En segundo lugar, una vez determinados el lugar y la altura a la que se abrían los ficheros en cada cara, se encontró con que en el hexaedro quedaban huecos, zonas vacías a las que no llegaba ningún fichero. Sin desanimarse en ningún momento, pensó que los huecos libres podrían aprovecharse para guardar en ellos cualquier cosa que pudiera necesitarse durante la lectura de los poemas. Entonces, animadísima, dibujó un Hexaedro transparente para mostrar cómo podían distribuirse los ficheros y los espacios libres (téngase en cuenta que todo este trabajo lo realizó en un tiempo en que los PC eran unos extraños artefactos al alcance sólo de unos cuantos extravagantes, es decir, que nada de Paintbrush, ni de Autoformas de Word, ni de sofisticados programas de diseño, ni nada de

nada. Lo hizo todo ella sola, con lápiz y papel y con la ayuda de su enorme cabecita). Y la cosa quedó así: hay 6 ficheros alargados que se abren desde cada una de las caras del hexaedro (y les dan nombre) y 3 espacios libres que pueden abrirse por donde más convenga y que pueden usarse para lo que se quiera. Los ficheros contienen las fichas/poemas correspondientes a cada epígrafe de acuerdo con la siguiente distribución:

el fichero nº1 contiene las fichas del epígrafe
“Ofrendas”

el fichero nº2 contiene las fichas del epígrafe
”Máscaras”

el fichero nº3 contiene las fichas del epígrafe
“Interiores”

el fichero nº4 contiene las fichas del epígrafe
“Ausencias”

el fichero nº5 contiene las fichas del epígrafe
“Dedicatorias”

el fichero nº6 contiene las fichas del epígrafe
“Varios”

Respecto a los espacios libres (en el dibujo:
a, b y c) nos permitimos hacer algunas suge-
rencias:

Primera:

- a) cigarrillos, b) cerillas,
- c) bombones

Segunda:

- a) caramelos, b) chicles,
- c) pañuelos de papel

Tercera:

- a) lápices, b) estilográficas,
- c) gomas de borrar

Etcétera.

Pero el dibujo, a pesar de las explicaciones,

resultaba bastante confuso y había que cavar como un ingeniero para saber dónde estaban exactamente los ficheros 1 y 3 y el espacio b (por ejemplo) así es que se entretuvo en imaginar un modelo opaco y coloreado en el que a cada fichero y a cada hueco correspondiera un color. Y dibujó el nuevo hexaedro seis veces, una por cada cara. Allá vamos,

En la figura nº1 vemos la cara 1 del hexaedro, desde la que se abre el fichero nº1, que es el morado.

La figura nº2 (que se consigue girando el cubo de la figura nº1, 45° a la izquierda y 45° hacia atrás) muestra la cara 2 del hexaedro. Desde ella se abre la cara 2 del fichero, que es de color naranja.

La figura nº3 se consigue girando el cubo de la figura nº1, 45° hacia delante, corresponde a

la cara 4 y desde ella se abre el fichero nº4, que es verde claro.

La figura nº4 se consigue girando el cubo de la figura nº1, 90° a la izquierda, corresponde a la cara 6 y desde ella se abre el fichero nº6, que es amarillo.

La figura nº5 se consigue girando el cubo de la figura nº1, 45° a la derecha, corresponde a la cara cinco y desde ella se abre el fichero nº5, que es azul oscuro.

Por último, la figura nº6 se consigue girando el cubo de la figura nº1, 45° a la izquierda, corresponde a la cara nº3 y desde ella se abre el fichero nº3, que es rosa.

(¿Jugarreta del subconsciente freudiano en el que no cree? Cuando terminó de adjudicar colores a los ficheros y a los huecos se dio cuenta de que había utilizado los seis prime-

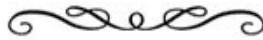
ros colores, a excepción del blanco y del marrón, de las cajas de pinturas “Alpino” que habitaron su infancia y que siempre guardaban el mismo orden: blanco, amarillo, rosa, naranja, rojo, azul claro, azul oscuro, verde claro, verde oscuro, marrón claro, marrón oscuro y morado)

Y, de repente, recordó sus tiempos de bachiller y los buenos ratos que pasó recortando y pegando modelos cristalográficos y observando el paso, casi mágico, de las dos a las tres dimensiones. Y entonces dibujó el desarrollo del cubo con sus correspondientes colores para que, quien quisiera, se entretuviera recortando y pegando y comprobando los giros e, incluso, construyera el modelo en un material más sólido.

Y como eso de elegir una opción y perder las demás siempre le ha parecido un poco cruel decidió hacer dos desarrollos del cubo para que quien quisiera montar el modelo tridi-

mensional no perdiera la visión del modelo en dos dimensiones.

Y, aunque no lo parezca, en estos menesteres se entretuvo varias semanas, dibujando, haciendo copias, coloreando con las pinturas de cera de sus hijas, girando mentalmente el cubo y disfrutando como un burro en un berzal.



Su amigo B.C.G. llevaba un año sumido en la más profunda de las depresiones. Le daba mucha pena B.C.G. porque era buen chico (aunque tuviera iniciales de vacuna y un nombre propio que rimaba con todo) y porque sabe de buena tinta lo que es una depresión. Por eso hizo un paquete, lo envolvió con papel de colores, lo remató con un lazo enorme y se lo envió a B.C.G. con la esperanza de que le sirviera de algo

No puedo creer que una ciudad
y doce meses hayan acabado
contigo.

Tengo razón.

Para saberlo sólo debes
mirarte en el espejo
(recuerda que la gente
tiene la cara que se merece):

todavía no hay amargura en tu boca,
todavía quedan chispas
en el fondo de tus ojos cuando ríes.
Por lo tanto: no estás acabado,
estás perdido (simplemente)

BÚSCATE

(tienes que estar en alguna parte)



Este juego nos llega de la mano de Fran, tan amiga de las cosas que ayudan a amenizar la velada. Aunque no se den instrucciones detalladas, el desarrollo del texto proporciona una idea bastante aproximada de las reglas a seguir.

“También recuerdo las otras reuniones, sentados todos alrededor de la mesa, en casa de Marta, con limonada, porque la limonada era lo único en lo que coincidíamos todos: no nos gustaba a ninguno. El juego empezaba por el jugador que lo había dejado la semana anterior. Esta vez le tocaba el turno a Lucas. Se dirigió a Carlos llevando en la cara un cartel que indicaba todo el odio que sentía por él.

—Hace un día tan malo que podría cortarme con una cuchara de madera — dijo—. Y tiró

dos fichas rojas. Carlos, que ya se lo esperaba, tiró una ficha verde y dijo:

—Antes debía haberme dicho eso y no ahora, que nos conocemos tan bien.

A todos nos sorprendió que Carlos ganara aquella vez. Ya me tocaba a mí y quise dejar el tema. Le tiré a Luis una ficha amarilla.

—Si te pegan en una mejilla vuelve la otra, siempre que no te impulse el temor.

Inexplicablemente, Luis le cedió su turno a Marta.

—Perdóneme, señora, pero no había visto sus geranios.

—No importa, el marqués todavía no ha regresado de su paseo.

—El único sitio donde puedo encontrar a tía Juana es la casa del chino. Es su vidente de cabecera.

—No quiero más whisky.

—¿Se marea usted?

Marta recogió las seis fichas del centro de la mesa con gesto triunfal. No estaba yo inspirada. ¿Cómo me había dejado ganar tan fácilmente?



De vez en cuando tiene que tomar el tren o el avión o el autobús. Para hacer más cortas las horas de viaje se suele comprar novelas de Agatha Christie (sus favoritas son las de Hércules Poirot). Como a veces se olvida de comprar novelas de Agatha Christie, saca un papelito y se entretiene como buenamente puede.

“Usted va de Valladolid a Madrid en tren. Supongamos que usted toma el electrotrén que sale a las 8 horas 10 minutos de la mañana de Valladolid, “Campo Grande” y llega a las 10 horas 57 minutos a Madrid, “Príncipe Pío”. Al principio, por supuesto, es la ciudad que se aleja. Usted reconoce desde lejos los edificios del Paseo de Zorrilla, el matadero, el Parque Arturo León. Después viene el cerro de San Cristóbal, con su monumento en forma de alas de mariposa. Después se acaba irreme-

diablenamente la ciudad y llega el campo, que es liso y amarillo y naranja (el sol de septiembre asoma ahora, naranja también), a veces las mancha oscura de una pinada y, a lo lejos, la silueta de un cerro pardo o de un campanario. Y los pueblos, grandes, dispersos. Usted saca “Último Round” y lee aplicadamente las “Noticias del mes de mayo” (nous sommes tous des jüifs allemands) y cuando levanta la vista ya es Ávila. El suelo se ondula poco a poco en colinas suaves, algún que otro rebaño de ovejas y la piedra, el granito con miles de formas y el verde oscuro de las encinas. Usted enciende un cigarrillo y le pide un bolígrafo a su compañero de viaje (el suyo no funciona, lógico). Sabe que después seguirá la sierra, el ameno paisaje de grises y verdes, y luce el sol y el cielo tiene jirones de nubes deshilachadas, como dejadas caer en el azul por un pincel desgastado. Hay gente que ha bajado las persianas, parece mentira, con lo hermoso

que es este sol cosquilleando en la piel, y ya son la nueve y media. El tren acaba de salir de la ciudad de las murallas y usted de repente ha dejado “Último Round”, ha sacado el cuaderno de notas y ha pedido un bolígrafo (el suyo no funciona, ya lo dijimos) porque hay una especie de angustia que le rodea el estómago y le impulsa a escribir que usted ha tomado el tren a las 8 horas y 10 minutos en Valladolid “Campo Grande”. Usted no tiene más remedio que sacarse de encima la llanura, los pinares, el granito, esos pájaros negros de pecho blanco que de vez en cuando pasan a lo lejos y que le gustan tanto, el sol de la mañana. El campo es ahora gris y amarillo y ya empiezan los túneles (que le recuerdan los viajes de la infancia) y usted tiene que escribirlo, como yo, como quizás otras personas que tomaron el electrotrén en Valladolid “Campo Grande” y llegarán a Madrid “Príncipe Pío”.



Esta carta forma parte de una de las páginas más oscuras de su historia. Pero ella no se preocupa demasiado porque sabe que la aclaración, la solución del enigma le llegará, como tantas otras veces, por la vía más insólita y en el momento más inesperado.

“Te escribo por la mañana, querida B., y hace buen tiempo (frío y con viento, como me gusta). Tomo café, revelo películas (proceso un tanto mágico que permite retener el espacio y el tiempo de la foto para el tiempo eterno), escucho a Ken Hensley. Fumo. Sonrío, simplemente. Estoy en casa. Me ha llegado tu carta (chispa espontánea de insomnios acumulados). Sonámbulos somos tú y yo, y por la mañana, entre los cuerpos, recordamos melodías y abrazos. Y tanteamos las

paredes, abrimos puertas, revolvemos en el cajón de la cocina (olvidando hasta el olvido). Y surge la taza de té y todo lo demás (nostálgicos incorregibles que peregrinan por las estrellas). Mariposas amarillas del inconsciente que se percatan de sí mismas. Piedras rodantes en el espacio sin fin que han rodado dulce y violentamente. Imperceptibles. Quedos. Casi casi imperceptibles.

C.

P.D. Dime un día de la semana que viene. O pasa ya"



Sueña mucho pero la mañana suele llevarse lo soñado. Sin embargo, aquella noche fue distinto: despertó de madrugada justo al acabar el sueño, invadida por un suave calor que recorría su cuerpo de arriba abajo, con la sensación de que acababa de ocurrirle algo maravilloso. Durante algunos minutos luchó contra la vigilia, contra la lucidez, y empleó todas sus fuerzas en recordar hasta el último detalle antes de que se le perdiera entre las brumas de la memoria diurna. Lo consiguió y ahora ya no es un sueño sino “el sueño”.

“Su cabeza era de bronce pero
al abrazarle
sentí el contacto más suave que conozco.
Los pájaros me ayudaron
a arrancar su cuerpo de la piedra
(tened cuidado, por favor,

no le hagáis daño)

Fuerte, poderoso. Era él:
era el Águila.

Pensé:

puedo seguirle porque puedo volar
(yo sabía que podía hacerlo
porque había volado antes de encontrarle
sobre un campo sembrado de heno
y luego había aterrizado suavemente
sobre un acantilado)

Su mujer y su suegra le reprocharon:
tienes abandonada a tu familia.

Pero los Niños eran más importantes.

Quiso enjugar el agua
que corría por mi rostro
pero la lluvia era demasiado fuerte.

En el rincón,
esperando nuestro turno,
apoyé mi cara en su espalda
y, por un instante,
me sentí protegida contra todo mal.

Los Niños y yo esperábamos
al borde de la calzada.
Por la autopista iluminada
los coches pasaban ante nosotros,
veloces como rayos,
bajo la lluvia incesante.
Nos salvamos del camión
y del muro derrumbado.
Llegó el coche,
se detuvo junto a nosotros.
No había nadie en su interior
y nadie lo conducía.
Él no venía.
Pensé: los Niños son lo más importante.
Y con este pensamiento apagué mi tristeza.
El coche no tenía pedales,
sólo un extraño volante. ¿Cómo conducirlo?
No importa. Puedo volar.
Ya lo he hecho y volveré a hacerlo.
El coche despegó como un avión
y salimos de la autopista.

Las gentes del hospital
trataron de detenernos con gestos y gritos.
Los miré desde arriba:
no me detendréis.
El coche, siempre subiendo,
volaba hacia el infinito
impulsado tan sólo por mi voluntad de volar.
Los Niños estaban a salvo.

Dije: mamá, he tenido un sueño
[más bonito...]
Después, la abuela y yo nos fuimos
hacia el mirador y al poco rato
empezó la tormenta, el naufragio.
La tía dijo: bajad los barómetros.
Pero, a pesar de las defensas,
el mar arrastraría nuestra casa también.
A través de las rendijas pude ver
los rostros de los que luchaban
[contra el mar.]
Pensé: debe de ser un gran consuelo

tener a Dios en momentos como éste.
Los que no tenemos a Dios
estamos solos frente a nuestro destino.
Ordené recoger alimentos
y ropas de abrigo.

Buscaríamos refugio
en la parte más alta de la casa.
El mar y el viento
nos azotaban implacables.
En pocos minutos
todo habría acabado.

Aquella ventana no tenía
bajados los barómetros
y, a través de ella, vi.
Vi las nubes que pasaban rápidas,
la tierra que se alejaba,
el horizonte inclinado...
y comprendí:
volábamos... ¡Volábamos!

Y supe que Él había abandonado el sueño
para salvarme en la realidad.

¡Mira, mamá, mira!,

dije, señalando la ventana.

¡Hola!, dijo alguien a mi espalda.

Antes de volverme

sabía lo que iba a ver.

Estaba en el puente de mando,

fuerte, erguido,

me miraba y sonreía,

había perdido sus plumas.

Fui hacia Él,

le abracé.

Hola, hola, hola...

repetí contra su pecho.



Naturalmente, está con los que piensan que las estrellas y los libros son fuentes inagotables pero no únicas de hallazgos y de alegrías. Para confirmar la hipótesis reprodujo el diálogo que tuvo lugar entre Marta y Fran, una tarde, entre clase y clase, segundos después de que pasara junto a ellas el Macizo Mayor del Curso:

—Este chico está como un queso —dijo Fran.

—Como un queso de bola —puntualizó Marta.

—¡Qué dices! —exclamó Fran— ¿Cómo un queso de bola?

—Sí ... —afirmó tímidamente Marta.

—Estás loca... —dijo Fran. Y añadió en tono poco francófilo— “Como un queso de bola...” Has de saber, querida, que el mejor queso del mundo es el queso de oveja y el

mejor queso de oveja del mundo es el queso que se hace en mi pueblo: el queso de Dueñas. Este chico está como un queso de Dueñas.

—Pero el queso de bola... —insistió Marta.

—No querrás comparar el queso de bola al queso de oveja... —la atajó Fran.

—Bueno —dijo Marta, que no es de las que se rinde fácilmente— ... yo no lo he probado pero hay un queso francés que se llama “El capricho de los dioses”...



La principal ventaja de una estructura como la de Hexaedro es que permite gran cantidad de variantes, modificaciones, añadidos, supresiones... Ya hemos explicado que la configuración primitiva comprendía 6 apartados: Ofrendas, Máscaras, Interiores, Ausencias, Dedicatorias y Varios. Pero el apartado Varios fue suprimido en su totalidad porque contenía lo que podríamos llamar “poemas poco ortodoxos” y ya se sabe que los jurados de los premios de poesía suelen ser gente la mar de seria que escribe la palabra con mayúscula (así: Poesía). Luego fueron suprimidos algunos (bastantes) poemas escritos varios años atrás porque no habían resistido bien el paso del tiempo. Finalmente, prescindí de Máscaras y de Interiores cuyos poemas fueron, bien suprimidos o bien absorbidos por epígrafes de nueva creación (Soledades, Sueños, Viajes). Total, que la última (aunque

no se sabe si definitiva) organización del Hexaedro tiene 6 epígrafes, un Principio y un Final. Pero en Varios había algunas cosas que le gustaban. Puesto que no tenían lugar en el Hexaedro pensó que el sitio más adecuado para guardarlas sin que nadie les reprochara su heterodoxia era, precisamente, esta caja en la que, parafraseando a Feyerabend, todo cabe.

HETERODOXO I

Tuve una profesora de Literatura
tan competente
que, al final del Curso,
había conseguido hacerme odiar
a Valle-Inclán, Unamuno,
Machado y García Lorca.
Afortunadamente,
como suele pasar en estos casos,
no nos dio tiempo a acabar el Programa.

HETERODOXO II

You're very cleaver, dijo Andreas.
You're very cleaver,
Dijo el segundo de a bordo.
She's very cleaver,
confirmó el capitán.
No sé si sos inteligente, dijo Jorge,
pero tenés el aspecto.

HETERODOXO III

La Rana Verde se mira en el espejo.
“Espejito mágico, dice la Rana,
¿cuál es el muñeco más hermoso
de este Reino?”
“Yo, ruge Trazas
junto a los libros de Arte,
yo soy el más hermoso”
“Idiota, dice la vaca Molly,
de sobra sabéis todos que soy la mejor”

“Cállate, bizca, grita Supermono
columpiándose en el móvil,
ninguno de vosotros
vale un céntimo a mi lado”

“Bizantinas discusiones,
dice Donvicente
desde la cima del estante,
será por algo
que habito en lo más alto”

“Estúpidos todos, dice la Tortuga,
todos estúpidos”

“Mierda de tipos, dice el Espejo,
cuándo dejarán de preguntar tonterías”

HETERODOXO IV

Algunos de estos poemas son fotos,
dijo P., su gran amigo,
después de leer un poemario,
me gustaría hacerlas.

Él pensó que algunos de esos poemas
habían sido escritos

tras escuchar ciertas músicas.

Algunas músicas son poemas,
dedujo y se acordó, de pronto,

de su buena amiga M

que toca la guitarra

como lo harían los ángeles

si se emplearan

en estos menesteres.

Estuve viendo las fotos de la isla,

había dicho M, y al día siguiente

escribí la canción.

Algunas fotos son músicas,

concluyó muy satisfecho al comprobar

la redonda perfección de la figura.



Coincidió que Fran había empezado Hispánicas, que ella había empezado Filosofía y que su amiga Sara había empezado a trabajar en el Hospital. Las tres estaban muy contentas y todo parecía ir sobre ruedas pero los problemas empezaron a surgir a la hora de hacer algo tan sencillo como tomar un café o ir al cine. Porque Fran y ella tenían clase por la mañana y estudiaban por la tarde pero Sara... Va-

BIBLIOGRAFÍA GENERAL

- Jenkins, J.B. Introducción a la problemática de los turnos Tr. por Carlos González Rueda. 5 vols. Madrid, Gredos, 1965
- Kreiner, H.J. von Las mañanas: significación y problemática Tr. por Germán de Gande 2 vols. Madrid, Alianza Universidad, 1971
- Galleotti, P. y Manccini, R. El contenido de las tardes dentro del sistema de turnos rotatorios Tr. por Luisa Villalonga. Barcelona, Atalaya, 1968
- Duchamp M.J. El entorno socio-afectivo del corre- turnos Tr. por Julián Tusquets. México, F.C.E., 1972
- Völglander, K. y Friedrich, R. Las noches. Cues- tiones generales Tr. Por Germán de Gande. Barcelona, Atalaya, 1973
- Smith, A.B. Sobre la dinámica de los turnos Tr.

mos mañana al cine, decía Fran. No puedo, decía Sara, estoy de tarde. Pero..., decía ella, ...si hoy has trabajado por la mañana..., mañana te tocará igual, por la mañana... Es que estoy de correturnos, explicaba Sara. ¿Y...?, preguntaba Fran. Pues..., seguía Sara, ...cuando estoy de correturnos trabajo lunes y martes de mañana y miércoles de tarde. ¿Pero no librabas los miércoles?, preguntaba ella, que recordaba el miércoles de la semana anterior. Cuando estoy de tardes, contestaba Sara, cuando estoy de tardes libro los miércoles,

Por Juan García Conde 6 vols. Madrid, C.S.I.C., 1976

- Valcárcel, P. Los turnos: evolución histórica y contenido Madrid, Gredos, 1976,

- Menéndez Pelayo, M. Los turnos en el renacimiento Madrid, Gredos, 1973 12ª ed.

- Cruz Hernández, M. Los turnos en la España mozárabe Fundación Juan March, Valencia, 1968

- Bataillon, M. Erasmo y los turnos Madrid, Alianza Universidad, 1965

- Fraile, G. El contenido cristiano de los turnos Madrid, B.A.C., 1954

- Tamames, R. Las masas y los turnos Madrid, Fundamentos, 1978

- Senillosa, A. de ¿Y yo qué sé de los turnos? Barcelona, Lumen, 1980

aunque también puedo librar en jueves si hay algún correturnos disponible. ¿Y cuando estás de mañanas?, seguía Fran sin desanimarse. Depende, decía Sara, si salgo de noches cortas puedo librar lunes o martes, o incluso los dos días, pero si salgo de noches largas tengo que librar obligatoriamente el martes, porque el lunes salgo de noche. ¿Qué es eso de las noches largas?, preguntaba Fran.



MONOGRAFÍAS

- Pérez Gago, S. La dimensión universal del miércoles de tarde Barcelona, Teide 1981
- Däniken, E. von Las noches cortas, ¿ciencia o ficción? Barcelona, Bruguera, 1978
- N.Serra. El correturnos en Cataluña Barcelona, Avui, 1977
- Almarza Meñica, J.M. La salida de guardia: pertenencia y crítica Salamanca, San Esteban, 1980
- Chávarri, E. La lógica de las noches largas Salamanca, San Esteban, 1979
- Hernández Alonso, C. El lenguaje coloquial de las tardes Valladolid, Miñón, 1976
- Bravo, M. Las mañanas y la cultura latina Valladolid, Miñón, 1976
- Ferrajoli, L. Democracia autoritaria y capitalismo en el turno de mañanas Barcelona, El Viejo Topo, 1980

No vamos a extendernos aquí sobre el fecundo tema de la creación literaria, (ya saben: la visita de las Musas, el trabajo cotidiano y metódico, si te llega la inspiración que te pille trabajando, las causas próximas y remotas por las que un tipo decide dedicarse a escribir, la escritura como producto de una necesidad subjetiva, etc.) Ya lo han hecho, y exhaustivamente, mentes más claras y precisas que nos. Esto no es un Curso de Teoría de la Literatura sino, como ya se habrá comprobado, un cajón de sastre (otra vez la metáfora de la caja, ¿no es fantástico?) Pero debemos decir, por si sirve de algo a los teóricos, que lo que sigue es producto de una extraña ocurrencia, de una premura inexplicable que la llevó a relatar, sin que ella misma sepa todavía en qué consisten, las tribulaciones de los protagonistas.

RUTINAS

Es una forma como otra cualquiera de pasar el rato, de acortar el tiempo hasta que el amanecer nos devuelva a la rutina de la luz, a la vida diurna. Con el sol nos llegará la tregua: mezclados con los Demás, nuestros sentimientos dejarán de tener importancia; inmersos en las actividades de la Casa, olvidaremos lo que somos; disueltos como individuos dentro del cuerpo de la Familia, trataremos de no pensar en el presente.

A las siete en punto sonarán todos los despertadores y a las ocho menos cuarto Lucinda anunciará que el desayuno está listo. La Abuela (un poco pálida últimamente, ella lo niega y dice que se encuentra bien, pero todos sabemos lo que pasa) bendecirá la mesa. A las ocho y media comenzarán los Ritos, las

Costumbres, los Quehaceres (un día como otros tantos de la Casa), que nos absorberán con sus idas y venidas, nos arrastrarán en el torbellino de las Ineludibles Obligaciones Cotidianas. Los Tíos Mayores se dirigirán a las cuadras donde les esperan los caballos, ensillados al amanecer, para bajar al Pueblo. Las Tías se encargarán de dirigir los trabajos caseros: limpieza, arreglo del jardín, cuidado del huerto. La Abuela, en la cocina, se ocupará personalmente del Menú del día, supervisará la preparación de confituras, conservas y mermeladas para el Invierno. Los Primos Pequeños, al cuidado de las niñeras, iniciarán sus juegos en el arenal, en el Río, en el Parque de los columpios. Los Primos y Primas mayores serán iniciados por las Tías en las tareas propias de los adultos. Catorce horas transcurrirán hasta que la Abuela, abanico en mano, chal sobre los hombros, un poco pálida, dé por concluida la Velada que siempre sigue a la

Cena y nos autorice a subir a los dormitorios. A las diez y media se apagarán los últimos rumores y el ruido de las zapatillas de Lucinda arrastrándose por el corredor, camino del último piso, anunciará el fin de la jornada. Llegará el descanso para Todos. Todos dormirán apaciblemente entre sábanas de hilo, Todos respirarán tranquilos el aire limpio de la casa, Todos soñarán hermosos sueños al abrigo del Manto Ancestral, Todos tendrán la conciencia tranquila. Todos menos tú y yo.

Las últimas horas son las más lentas, las más pesadas. Cada día estamos más lejos, cada día es una piedra más en el muro que se alza entre nosotros, cada día nos separa un poco más de aquello que nos mantuvo unidos hasta el punto de eliminar, en su nombre, todos los obstáculos. No lo dices, pero recuerdas tan bien como yo la fecha exacta. El nuestro es un entendimiento que ya no necesita de palabras, que se alimenta de gestos y suspi-

ros y miradas desprovistas de significado para quien no conoce la clave. A veces, en medio de la Actividad Familiar más tumultuosa, te descubro mirando fijamente un punto invisible, el rostro inexpresivo, el cuerpo olvidado. Una palabra de la Tía M., un empujón involuntario de la Prima C., una pregunta de Mamá, te devuelven al Momento. Son apenas unos segundos de abstracción de los que nadie más que yo se percata. Otras veces soy yo quien comete el error. Sólo yo sé por qué te quedaste inmóvil en medio del Juego. Sólo tú sabes por qué derramé el coñac sobre el mantel a la hora del café. Los Demás no se dan cuenta. Actúan como si nada hubiera sucedido. Mejor dicho: actúan así para olvidar Lo Que Pasó, para incluirlo en el Pasado, para integrarlo cuanto antes en la Historia de la Familia.

Háblame si quieres. Es una forma como otra cualquiera de pasar el rato, de acortar el tiem-

po hasta que el amanecer nos devuelva a la rutina de la luz, a la vida diurna. Cuéntame cómo es la Casa en Invierno, dime que la Hora del Café se traslada de la Rotonda al Salón Amarillo, que Lucinda prepara un ponche delicioso para los días más fríos, que los Tíos Mayores usan zamarras y botas de cuero que huelen de forma muy especial, que las Tías bordan interminables ajuares junto al fuego, que la Abuela sigue llevando abanico aunque no lo abra jamás. Yo te hablaré de la Universidad, de los Profesores, de las Asignaturas y de los compañeros, de clase, de las Primas que están internas y a las que sólo veo los fines de semana, de cualquier cosa, hablemos. Para esto pueden servirnos las palabras. Hablemos. En voz baja, para que nadie nos descubra, hablemos hasta que amanezca. Quizás hablando podamos olvidar que estamos aquí, tú y yo solos, velando un cadáver.

Aquí aparece otro fragmento inconexo. Vete

a saber qué estaba planeando cuando lo escribió. Ella, desde luego, no lo recuerda.

Mary había llamado el lunes por la tarde. Todos estaban bien, sobre todo los niños, que disfrutaban muchísimo con la playa, todo el día en el agua, claro, estaban negros casi. Quique había llegado sin novedad. El tiempo estupendo, aunque ya empezaba a refrescar por las tardes y había que salir con una chaqueta, volverían al jueves. No, no hacía falta que fuera a esperarles porque Teresa tenía que reincorporarse el viernes y se había ofrecido a llevarles, por supuesto, además no le gusta viajar sola y ella encantadísima, fíjate, mucho más cómodo que el tren. ¿Y él? ¿Qué tal estaba él? Él estaba bien, no tenía demasiados problemas domésticos, había engordado, les echaba de menos, se encontraba un poco solo.

Sonrió al darse cuenta de lo que había dicho: “un poco solo”. Qué gran mentira. Se encon-

traba absoluta y totalmente solo, tan profundamente solo como no había estado nunca en la vida y la alegría de esa soledad había sido tan grande que casi no podía creérselo.



Como en alguna parte se ha hablado de los hermanos Martínez y de los problemas que tienen para ir a la fiesta y como no le gustaría que nadie se quejara por no conocer todos los detalles, diremos aquí que el origen del asunto son unas magistrales lecciones de Lógica que dictó su (desde entonces) queridísimo profesor Eladio Chávarri, en el Instituto Superior de Filosofía, curso 80-81. La historia de los hermanos Martínez pertenece a la clase del día 16 de octubre de 1980, fecha en la que Eladio les dictó varios ejemplos de formas argumentativas dependientes de conectivas.

Los hermanos Martínez van a la fiesta si y sólo si hay follón o rodeo.

El sheriff va a la fiesta si y sólo si hay follón o no van sus muchachos.

Si no hay follón o pelea entonces no se fomenta la convivencia. La gente se aburre y no se divierte.

La gente se divierte luego hay pelea y el sheriff y los hermanos Martínez van a la fiesta.

Esta forma argumentativa tan vistosa se traduce al cálculo de enunciados (CE) de la siguiente manera:

P ocurre si y sólo si ocurren (Q y R)

S ocurre si y sólo si ocurre (Q o no-R)

Si ocurre (Q o P₁) entonces ocurre P₂

Ocurren P₃ y P₄

Ocurre P₅ entonces ocurren P₁ y (P y S).

Siendo P el enunciado “los hermanos Martínez van a la fiesta”

Q “ “hay follón”

R “ “hay rodeo”

S “ “el sheriff va a la fiesta”

T “ “los muchachos del sheriff van a la fiesta”

P1 “ “hay pelea”

P2 “ “se fomenta la convivencia”

P3 “ “la gente se aburre” y

P4 “ “la gente se divierte”.

La explicación detallada del modo de proceder para derivar la conclusión del conjunto de premisas se deja para mejor ocasión aunque cualquiera un poco familiarizado con el tema podría hacerlo sin graves problemas ya que se basa en sencillas y aristotélicas reglas. Y, ya que estamos con las asignaturas de Filosofía, seguimos con un trabajo que presentó en 4º Curso para Teoría del Conocimiento (o Epistemología, o Crítica, que de todas esas formas se puede denominar la materia). A ella el trabajo le gusta, es de esas cosas que, al acabarlas, le produjeron una gran satisfac-

ción y le hicieron pensar con encantadora modestia: “qué chulo me ha quedado”. Pero el trabajo no debe estar mal del todo porque, a pesar de no haber asistido a clase más que un día a la semana y de haber hecho un examen bastante confuso, el profesor le puso un soberano 9. Diremos que el trabajo consistía en hacer un comentario sobre un libro, a elegir entre unos cuantos que propuso el profesor. Ella eligió *Contra el método* de P. K. Feyerabend (el hecho de que el trabajo date de 1984 explica la aparición de anacronismos tan rotundos como mecanografiar y también la escasa información de que se dispone acerca de M. C. Escher)



CONTRA EL MÉTODO

La mejor manera de demostrar que se ha entendido a Feyerabend sería realizar un trabajo lo más alejado posible de los cánones que rigen el trabajo del estudiante universitario. Un trabajo así carecería, probablemente, de citas, estaría estructurado de forma anárquica y, es muy posible, contendría algún poema o algún juego instructivo y entretenedor.

A la estudiante le encantaría hacer un trabajo así por la sencilla razón de que ése es su propio método de trabajo (odia mecanografiar y tener que romperse la cabeza calculando márgenes y huecos para citas, y nadie sabe cuánto tiempo y esfuerzo le cuesta organizar inteligiblemente aquello que, tras las diversas lecturas, es una amalgama, un revuelto en el que se mezclan ideas, deducciones,

conclusiones, alusiones, sugerencias y muchas cosas más) por lo que la línea Feyera-bend le viene que ni pintada y le da un cierto respaldo: un señor absolutamente serio ha escrito un libro no ya defendiendo sino propugnando su método de trabajo. Además, la propuesta de “todo vale” le parece irresistiblemente sugerente. Ya se ha dicho que la estudiante tiene muchos problemas a la hora de organizar sus trabajos científicos (porque su ser no es así, no es organizado), problemas que no se ven compensados por los resultados de los mismos ya que éstos, la mayoría de las veces, no exceden ni en cantidad ni en calidad (de enriquecimientos, se entiende) a los obtenidos por cualquier otra vía, como podría ser, por ejemplo, la lectura apasionada de algún poema de Kavafis o la escucha entregada de las canciones de Leonard Cohen.

Pero, claro, la estudiante tiene miedo de hacer un trabajo anárquico porque, a lo me-

jor, al profesor no le gusta. A lo mejor el profesor es clásico y prefiere estas cosas a la antigua usanza: introducción, apartados, conclusión, índice y bibliografía. Claro que... ha pedido un máximo de ocho folios, de lo que se puede deducir que espera un fino trabajo de síntesis más que otra cosa... La estudiante tiene una excusa irrefutable: ¿qué mejor trabajo de síntesis acerca de Feyerabend que uno elaborado siguiendo sus propias consignas?

A) “/que sepa abrir la puerta para ir a jugar”
(o la crítica del método científico)

A la estudiante le encanta citar aquí a Cortázar por varias razones. La primera, porque es su autor favorito. La segunda, porque es un literato, y parece que un literato tiene poco que hacer en un trabajo filosófico pero, introduciéndolo, se empiezan a borrar las estrictas

fronteras de los compartimentos epistemológico-culturales. Y, tercera, porque a pesar de las apariencias, Cortázar puede decir algo en este caso. El artículo en cuestión hace referencia a varias cosas, entre ellas, a la “seriedad” del quehacer literario. Acusa Cortázar a algunos autores de ponerse corbata y zapatos de cordón a la hora de hacer literatura y dejar de lado las zapatillas y el sentido del humor. Les acusa, por tanto, de hacer una obra fría, distante, esencialmente distinta (en el sentido cartesiano) del autor, estrecha y limitante. En suma, viene a decir, *mutatis mutandis*, lo que dice Feyerabend respecto a la ciencia y los científicos: la ciencia se convierte en una actividad esterilizadora para el individuo (cuya vida privada termina encauzándose dentro de unos límites impuestos por las reglas de la praxis científica, y esto se nota sobre todo en el lenguaje) y para la sociedad. La

ciencia se convierte en algo al margen de la vida en lugar de ser la propia vida del hombre que se realiza en una determinada tarea científica o literaria. Lo mismo cabe decir para el lenguaje en que esa tarea se desarrolla. Aunque aquí el discurso de Feyerabend y el de Cortázar siguen direcciones opuestas. Para el primero, la progresiva limitación en el uso del lenguaje que tiene lugar a lo largo de la tarea científica es la culpable del paulatino empobrecimiento de la vida emotiva y del pensamiento del científico. Para el segundo, es una vida llena de limitaciones de todo tipo (políticas, sociales, económicas, etc.) la que impide una libre expresión lingüística (en el caso concreto de este artículo se hace referencia a la expresión de lo erótico mediante la lengua española). Ambos casos están muy claros pero la estudiante quiere aportar su granito de arena a la cuestión recordando dos cosas. La primera, la escena de una pelí-

cula española en la que una respetable solterona se deshace, a instancias de una hermana menos solterona, de algunas de sus represiones más antiguas por el método consistente en gritar a voz en grito las palabras más duramente prohibidas durante la infancia. La segunda, la naturalidad con que, afortunadamente, los pequeños de hoy día hacen preguntas acerca de temas que para sus padres y abuelos resultaron más que espinosos. Tras todo esto late el viejo problema del pensamiento y el lenguaje y de cuál de ellos fue primero, problema que no vamos a resolver aquí pero podemos, basándonos en estos casos, dar la razón a Feyerabend cuando afirma que un lenguaje rico y variado, o bien una variedad y riqueza de lenguajes, son imprescindibles para que se produzca la confrontación, necesaria a su vez para que surja la síntesis fructífera.

B) La era de Acuario (o de cómo la dialéctica se cumple en la Astrología)

Nuestro viejo planeta tiene un montón de movimientos que han sido exhaustivamente estudiados por los científicos. Uno de estos movimientos hace variar el eje de rotación de la tierra respecto a las constelaciones celestes y tiene una duración de 2.000 años. Pues bien, dentro de poco, se producirá un cambio de orientación en el eje terrestre y éste coincidirá con la constelación de Acuario: habremos entrado entonces en la era de Acuario. Los astrólogos predicen grandes cambios en la humanidad como consecuencia de ello. Los destinos humanos estarán regidos por Acuario por lo que las características del signo se harán notar en el comportamiento de los hombres. Acuario es el signo de la solidaridad, de la comunión espiritual, de la toleran-

cia, de la independencia y del futuro. Nadie como Acuario sabe ponerse “en lugar del otro” y sentir como siente el otro. Nadie como Acuario más independiente en sus opiniones y actos y, por tanto, más respetuoso con las opiniones y los actos de los demás. Nadie como Acuario para intuir lo que puede traer el futuro. Así pues, las predicciones para la era de Acuario anuncian tiempos de hermandad, de fraternización, de respeto, de armonía y de progreso constructivo. ¿Por qué no puede ser que el nuevo hombre de Heidegger, el que construirá un mundo nuevo, llegue también bajo sus auspicios?

C) Un holandés llamado Escher (o de cómo el arte da la razón a Feyerabend)

La estudiante lo ignora casi todo acerca de él. Sólo sabe que es holandés y que dibuja unas láminas que valen por sí solas todo un

universo. Una de ellas que, lamentablemente, no puede adjuntarse, se titula “Metamorfosis”. Es alargada y comprende varias secuencias a través de las cuales diversos grupos de figuras van, progresiva y sucesivamente, transformándose en aquéllos que les siguen, finalizando la lámina con una bandada de pájaros que, enderezando sus curvas, se convierten en poliedros que, a su vez, multiplican sus volúmenes regulares hasta devenir un pueblo de casas blancas que a la estudiante le recuerda a Santorini, con sus fachadas blanquísimas y sus torres de iglesia, asomado al mar al borde del acantilado volcánico. De lo que se trata es de constatar que las fronteras pez-pájaro, pájaro-cubo, cubo-casita de pueblo blanco son mucho más imprecisas de lo que pueda parecer a simple vista y, quizás, hasta se pueda sacar la sabrosa conclusión de que, en el fondo, todo es lo mismo, todo es uno y todo puede convertirse en to-

do, lo cual, convenientemente aplicado a otras fronteras y a algunos complejos de superioridad, puede producir resultados muy provechosos.

D) Las fotos de los niños
(o de las dudas respecto a un futuro todavía más lejano)

La estudiante tiene un montón de fotos de sus niños más queridos: Laura, Rodrigo, David, Helena, M^a Eugenia... Son hijos de compañeras, de amigas, primos... porque la estudiante todavía no tiene niños propios. Pero, de vez en cuando, mira las fotos de los niños y piensa en los que ella, a lo mejor, tendrá el día de mañana, y no puede dejar de inquietarse. Porque está muy segura de que será una buena madre: ni demasiado tolerante ni demasiado severa y terriblemente cariñosa. Además está convencida de que será una de

las mejores amigas de sus hijos. Pero sus preocupaciones surgen cuando piensa en el momento en que los niños empiezan a hacer preguntas serias, de éstas que exigen respuestas categóricas porque (cavila) es sabido que los niños necesitan bases firmes sobre las que apoyar sus piecitos afectivos, cognoscitivos y sociales y ella (medita) no podrá dar una sola respuesta segura a las preguntas de sus hijos. Por la sencilla razón de que no está segura de nada. Para la estudiante el hecho de no estar segura de nada no supone problema pues ha llegado a esa inseguridad partiendo de un montón de seguridades de todo tipo (religiosas, sociales, políticas, morales...) Es decir, su inseguridad es el resultado de un proceso mediante el cual ha ido asegurándose a sí misma, razón por la cual se encuentra la mar de segura en su inseguridad pero... ¿qué efecto puede tener esto mismo trasplantado a un terreno en el que no haya nin-

guna certeza previa, a un campo en el que no pueda encontrarse un punto de referencia sino cientos de ellos? ¿Qué puede ocurrirle a la personita cuya apertura al mundo conlleve, desde el principio, el hecho de que en ese mundo todo valga? La estudiante confía en transmitir a sus hijos, empáticamente, el amor y el entusiasmo que a pesar de todo siente por la vida pero, si esa transmisión fallara... Podría ocurrir que los hijos de la estudiante le reprocharan con acritud el haberlos traído al mundo y después se suicidaran colectivamente pero también es muy posible que se dedicaran a construir un mundo lleno de verdades monolíticas, firmes, estables y definitivas, al menos uno sabe a qué atenerse y no como estos viejos pesados, que nunca saben por dónde se andan. Con lo cual la estudiante está sumida en un mar de confusiones y es muy probable que nunca se decida a tener niños.

E) A modo de conclusión

Podría abundarse en lo que se ha dicho al principio: a la estudiante la alternativa de Feyerabend le resulta sumamente atractiva. Al mismo tiempo, le parece entrever que tal alternativa se inserta con gran precisión junto a otros aspectos del momento histórico cuyas características se cumplen en ellos. Vistas las cosas con ojos dialécticos, a la estudiante la parece que las ideas de Feyerabend respecto al método científico realizan el espíritu histórico del siglo, consideración bastante espino-sa por cuanto deja traslucir una cuestión (la cuestión de si los hombres realizan la historia o, por el contrario, es la historia la que se realiza en ellos) que por insoluble debe dejarse de lado. Y en eso estamos: en dejar de lado. Porque, después de dos mil quinientos años de Filosofía, de Religiones oficiales y de Cien-

cia, el hombre ha llegado a la conclusión de que ni la Filosofía, ni las Religiones oficiales ni la Ciencia han dado con las soluciones que reclama su naturaleza y en ca(s)os así lo mejor es dejar aparte los asuntos que no se pueden solucionar, proponer el “todo vale” para que no se escape ninguna posibilidad y esperar un poco a ver si el tiempo aclara las cosas. Lo cual, como método de trabajo, es altamente eficaz, y así lo asegura en “La conquista de la felicidad” alguien tan poco sospechoso como Bertrand Russell. Esperemos que como opción de la humanidad no resulte demasiado desatinado.



Como habrá podido comprobarse por lo dicho a propósito de “Hexaedro”, al final sí que tuvo hijos. Dos niñas, para ser exactos. Lo que sigue es el resultado del típico problema de estudiante de trece años: “Mamá, tengo que hacer una redacción sobre la Navidad y no se me ocurre nada”...

CUENTO DE NAVIDAD

Los Reyes Magos tenían un Land Rover. Era de color verde, muy grande, espacioso y bastante rápido. Cuando lo compraron, Baltasar estaba empeñado en un Mégane porque, decía, era un coche muy bonito, con aire acondicionado, doble air-bag y frenos ABS, pero Melchor y Gaspar le convencieron de que el

Mégane era muy bonito, sí, pero no les servía para nada. Ellos eran astrónomos y, con cierta frecuencia, salían al desierto a hacer observaciones durante varias noches seguidas. Les convenía un vehículo en el que pudieran transportar todo lo que necesitaban cuando iban al desierto y estaba claro que el Mégane era muy bonito pero a ver dónde metían en el Mégane la tienda de campaña, los sacos de dormir, las esterillas, el camping-gas, los telescopios...

El coche funcionaba muy bien y casi no les dio problemas durante mucho tiempo, algún que otro pinchazo con los cactus del desierto y los cambios de aceite reglamentarios. Pero a los cinco años lo tuvieron que llevar a pasar la ITV. Allí les dijeron que el coche estaba muy bien de frenos, de motor... pero que tenía un poco escachirulado el manillón del encendido. Había que llevarlo al taller para que lo repararan.

Algunos días más tarde, los Reyes estaban en el observatorio de su palacio estudiando las estrellas con sus telescopios de alta tecnología cuando vieron de pronto un cuerpo celeste muy brillante que no habían visto antes. Comprendieron que se trataba de la Estrella que anunciaba el nacimiento del Niño y, muy emocionados por la llegada del momento que llevaban tanto tiempo esperando, decidieron ponerse en marcha inmediatamente para ir a conocerlo. En un periquete hicieron las maletas y prepararon regalos para el Niño. Se fueron pronto a la cama y a la mañana siguiente se levantaron muy temprano y se encaminaron al taller de reparaciones a recoger su coche. Pero el mecánico paró en seco sus prisas por ponerse en marcha. Les explicó que el coche necesitaba un manillón nuevo, que tenían que traerlo de Inglaterra, que había pedido la pieza la semana anterior pero que tardaría bastante tiempo en llegar. Los

coches de importación es lo que tienen.

Los Reyes Magos se quedaron de piedra. ¿Qué iban a hacer ahora, sin coche? No podían aplazar el viaje bajo ningún concepto, tenían que salir inmediatamente, antes de que la Estrella desapareciese por Occidente.

Entonces Melchor tuvo una idea: llamar por teléfono a su viejo amigo Papá Noel y pedirle prestado su trineo de renos. Así lo hicieron. Pero Papá Noel les dijo que le resultaba imposible dejarles el trineo en esas fechas. En cualquier otro momento no hubiera habido ningún problema pero en diciembre... era justo la época del año en que tenía más trabajo. Sin embargo, él conocía a un hombre llamado Mustafá que tenía un negocio de alquiler de coches en Arabia Saudí. Tal vez Mustafá podría ayudarlos. A los Reyes les pareció buena idea y le enviaron un fax a Mustafá diciéndole que necesitaban un todoterreno potente y seguro para hacer un largo viaje. ¿En cuánto

tiempo podrían contar con él?

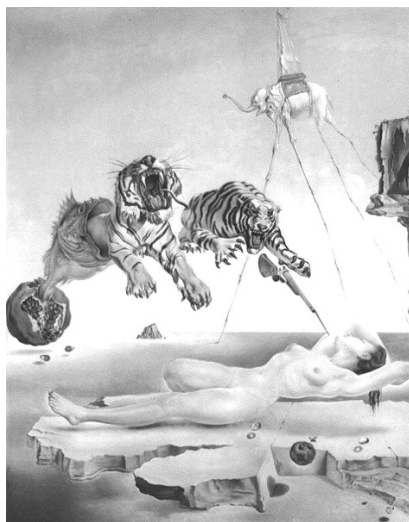
A los pocos minutos Mustafá les contestó con otro fax: sentía mucho no poder proporcionales lo que necesitaban pero todos sus coches habían sido alquilados por los asistentes a la reunión de la OPEP que se estaba celebrando en aquellas fechas. Tardaría por lo menos una semana en disponer de algún vehículo. De todas formas, les mandaba la dirección electrónica de un amigo suyo, llamado Alí, que tenía un negocio de cría de camellos en Ur y que, tal vez, podría alquilarles algunos animales.

Los Reyes estaba desesperados: sin coche, tardarían mucho tiempo en llegar pero, por otro lado, tenían que hacer algo enseguida, emprender el viaje como fuera, porque la Estrella ya había empezado a moverse hacia el Oeste y estaba claro que no iba a esperar a que trajeran el manillón de Inglaterra o a que terminara la reunión anual de la OPEP.

Le enviaron un e-mail a Alí. Alí les contestó enseguida: no había ningún problema, tenía lo que necesitaban: tres jóvenes y fuertes camellos que resistirían el más pesado y largo de los viajes. Enviándolos por SEUR-MASCOT estarían en su palacio en dos días. Seguro a todo riesgo por cuenta de la empresa, pienso y agua por cuenta del cliente. El pago... ¿por cheque bancario o por tarjeta de crédito?

Y éste es el motivo por el que los Reyes Magos tardaron tanto tiempo en llegar a Belén. Si hubieran tenido su Land Rover habrían llegado enseguida, el mismo día 24 de madrugada o el día 25 por la mañana, como muy tarde. Pero como fueron en camello tardaron algunos días más. Pero, para nosotros, casi mejor porque así tenemos la fiesta del 6 de enero.





Para saber la importancia que para ella tiene el mundo onírico basta contar el número de sueños que tiene relatados en varios lugares y saber que los tres años que pasó sin soñar (o sin saber que y qué soñaba) por culpa de su hija pequeña le produjeron trastornos de diversa índole. Afortunadamente, todo pasa y, en cuanto su hija empezó a ir al colegio, empezó también a dormir toda la noche de un tirón y ella recuperó los sueños a los que tanto debe.

Lo que sigue es el relato de uno de ellos, aunque el final ha sido convenientemente modificado para que el sueño adquiriera categoría de cuento.

SUEÑO

¿Cómo recuperar a Druncan (o Duncan, o Drunca)? ¿Cómo recuperar a Druncan Slílovitz (o Jolovitz, o Sajovitz)?

Era una tumultuosa reunión familiar a la que habían sido convocados todos los tíos, primos, sobrinos y abuelos posibles hasta, probablemente, el tercer grado de parentesco. Además, cada rama de la familia había invitado a, por lo menos, tres o cuatro amigos, con lo cual la casa era un hervidero de gente de todas las edades y de la más variada condición.

Ella ya le había visto antes (a Druncan), confundido entre la muchedumbre que pululaba por toda la casa. Se había fijado en su pelo profundamente negro y lacio, en sus ojos oscuros y algo rasgados, en su mandíbula cuadrada, en su nariz recta, en su boca sabiamente dibujada y en su estatura, que sobrepasaba en varios centímetros al más alto de sus parientes. Le recordó de inmediato al doctor croata de la serie “Urgencias”, el que había sustituido a George Clooney y estaba enamorado de la enfermera Hathaway. Pero cuando se lo presentó su tía (o su prima, no estaba segura), su nombre y su apellido se fundieron en un revoltijo indescifrable e irrepetible de vocales y consonantes.

—Es rumano —dijo su tía a modo de explicación.

Ella había abierto los ojos un tanto sorprendida: tenía la idea de que todos los rumanos se llamaban Romescu, Ionescu o incluso

Ceaucecu. Es más, dedujo de inmediato, seguro que “-escu” significa “hijo de”.

—Ah, de allí era Nadia Comaneci —dijo, y pensó que Nadia tendría que haberse apellidado Comanescu.

Él dijo algo entonces y su tía siguió la conversación y ella les escuchaba a los dos aunque no debió de prestar demasiada atención a lo que decían porque no conseguía recordar de qué estaban hablando pero, en cambio, recordaba perfectamente que Drunca (o Druncan o Dunca) hablaba un español pausado y perfecto que sólo podía delatar su origen extranjero por la impecable pronunciación y por la corrección absoluta de la sintaxis. Llevaba diez años en España, eso lo explicaba todo. Tampoco recordaba si Drunca (¿o sería mejor Drunka?) la había visto a ella antes de que su tía los presentara, si él también la había mirado descubriendo sus ojos o su pelo como ella le había descubierto a él, alto, erguido, el per-

fil de su rostro de piel un tanto pálida recor-tándose sobre el fondo de las cortinas de co-lor granate.

Pero sí, tenía que haberla visto, tenía que haberla descubierto también y tenía que haber sentido algo súbito y muy intenso y to-talmente ineludible e inaplazable, porque só-lo así se explicaba que, unos minutos más tar-de, estuvieran subiendo las escaleras hacia el desván, cogidos de la mano.

En los pocos segundos que duró la subida (él iba delante y tiraba suavemente de ella) tuvo tiempo de saber todo eso: que él también la había visto a ella y que había sentido algo pa-recido a lo que ella había sentido al verle, al-go tan hermoso, tan escondido en un rincón de la memoria, que su súbita aparición había despertado sensaciones y sentimientos que creía desaparecidos y, por eso, no había podi-do resistir el impulso de cogerla de la mano y arrancarla de aquel barullo familiar y que lo

había hecho porque quería tenerla para él solo, aunque fuera nada más que unos instantes; que subían hacia el desván y que ella conocía lo que iba a ocurrir a continuación como si hubiera ocurrido ya. En cuanto estuvieran a solas, en lo alto de la escalera, en el último rellano, iban a abrazarse y a besarse con tanta fuerza y con tanta pasión como si llevaran toda la vida esperando aquel momento; iban a buscarse la piel por debajo de la ropa y a acariciarse con el afán apresurado del que sabe que sólo dispone de unos minutos y, tal vez, iban a buscar un hueco escondido y ajeno al tumulto de la planta baja para satisfacer el deseo que no había hecho más que crecer desde que se habían visto.

Pero no lo consiguieron. Buscaron primero en la habitación que daba al último rellano, pero estaba ocupada por un matrimonio y sus dos hijos pequeños (ella no los conocía de nada, seguro que formaban parte del séquito

de amigos que había traído alguno de sus parientes). Después intentaron entrar en el desván, pero la puerta resistió todos sus intentos de abrirla discretamente.

La imagen siguiente era la desolación de ver la figura de Drunka desaparecer entre un mar de cuerpos, tragada por la marea de varios tíos y primos que lo arrastraban hacia la biblioteca (seguramente querían enseñarle los tesoros bibliográficos de la familia) y la certeza de que no iba a volver a verle, de que, durara lo que durara la reunión familiar, Drunka no volvería a aparecer para cogerla de la mano y tirar de ella escaleras arriba, hacia el desván, a la búsqueda de un lugar oculto donde concluir lo que habían empezado.

Sería casualidad pero, unos días antes había leído (o escuchado en la radio o en la tele) que los sueños se desvanecen con más facilidad cuanto más pronto se abren los ojos y que permanecen mejor en la memoria si son

revisados y reconstruidos en todos sus detalles antes de regresar definitivamente a la vigilia. Lo recordó en el momento preciso, en el instante en que comprendió que el sueño había terminado y que estaba despertando, y así tuvo tiempo de frenar el reflejo de abrir los ojos y de comprender que la única forma de retener a Drunka, de recuperar su pelo negro y su mirada y sus besos apresurados en lo alto de la escalera, de hacer perdurar en la memoria de su piel los escalofríos que las caricias de Drunka habían provocado, era hacer el esfuerzo de recordar el sueño desde el principio, desde que llegaba a la casa y sabía que se trataba de una reunión que había congregado a casi toda la familia, hasta el instante en que veía desaparecer a Drunka detrás de uno de sus primos mayores y, con él, la esperanza de satisfacer un deseo que creía muerto hacía mucho tiempo.

Llamó a casa para decir que no la esperaran a comer.

—Lo siento, no puedo decir que no. Es el delegado para toda España, acaba de llegar y... En fin, hay que ir.

No le apetecía en absoluto. En realidad, estaba deseando acabar cuanto antes, marcharse a casa y darse un baño caliente.

El delegado regional, su jefe inmediato, estaba de pie junto a la barra. Frente a él, de espaldas a ella, un abrigo gris envolvía una figura masculina.

—¡Hola, querida! —dijo el delegado regional abriendo los brazos y recibéndola con un beso en la mejilla.

La figura alargada se volvió y entonces ella se encontró de pronto con un pelo negro y brillante, con una mandíbula cuadrada y con unos ojos negros que la miraron con una mezcla de curiosidad y de repentina simpatía.

—Te presento a Emil Petrescu, delegado na-

cional —se interrumpió al ver que ella ponía cara de asombro y se apresuró a explicar—: ...es rumano.



Durante mucho tiempo, desde que descubrió Rayuela a los dieciséis años, hasta mucho después de su muerte, Julio Cortázar fue su autor favorito. No sólo lo leía con avidez y esperaba ansiosa la publicación de sus libros sino que, además, lo amaba con adoración absoluta. Sabía de él casi todo lo que había que saber: datos biográficos, bibliografía, gustos personales, trayectoria política...

El domingo 26 de agosto el suplemento dominical de “El País” publicó algo sumamente curioso. Era un recortable formado por una serie de pequeños dibujos, veinticuatro para ser exactos, que aparecían bajo el título “Paisaje infinito”. Título tan sugerente se debía al hecho de que todos los dibujos, que reproducían diferentes escenas enmarcadas en un fondo paisajístico común, eran permuta-

bles en el orden, es decir, encajaban unos delante o detrás de otros, hecho que suponía, nada más y nada menos que (1.686.553.615.927.922.354.187.720) un cuatrillón, seiscientas ochenta y seis mil quinientos cincuenta y tres trillones, seiscientos quince mil novecientos veintisiete billones, novecientos veintidós mil trescientos cincuenta y cuatro millones, ciento ochenta y siete mil setecientas veinte formas diferentes de colocar los dibujos y, por tanto, de componer otros tantos paisajes diferentes. Como por aquel entonces le salía Cortázar por todos los poros, lo primero que le vino a la cabeza al ver el recortable y su cuatrillón largo de posibilidades fue la “Poesía permutante” propuesta por su querido argentino en “Último Round”. Se pasó toda la tarde recortando viñetas y pegándolas en cartulina blanca y en ello estaba cuando, de pronto, pensó que la mejor manera de combinar las cosas y de rendir un pe-

queño homenaje a su escritor favorito y al anónimo autor del “Paisaje infinito” era, precisamente, combinar trocitos de paisaje y trocitos de poema, escribir, en el reverso de cada viñeta, un verso de un poema con la condición inexcusable, eso sí, de que los versos fueran, como las viñetas, combinables entre sí de modo que el poema podría, como el paisaje, construirse de un cuatrillón seiscientos ochenta y seis mil... etc. maneras diferentes. De modo que se puso a escribir el poema, con más ilusión que fortuna, todo hay que decirlo. (De hecho, el resultado de su esfuerzo no se conserva, pues apenas resistió tres lecturas. Era un poema permutante, desde luego, absolutamente correcto desde esa exigencia, pero digamos que literariamente dejaba bastante que desear). Y como también por aquellas fechas leyó en alguna parte que Cortázar estaba pasando unos días en Deiá, en casa de una amiga, y como la ignorancia es atrevidísi-

ma, cogió, ni corta ni perezosa, las veinticuatro viñetas con sus veinticuatro versos escritos al dorso, las metió en un sobre junto con una epístola dirigida al autor de su corazón (sencilla pero llena de admiración, la epístola) y las envió a Mallorca. Aquí hay que rendir homenaje al cuerpo de Correos, porque la carta llegó, a pesar de que en el sobre sólo ponía:

Fulanita de Tal (para Julio C.)

Deiá

(Mallorca)

Y sabemos que llegó porque, meses más tarde, recibió un sobre ligerísimo, de bordes rojos y azules, sin remite; su nombre y su dirección immortalizados en él por la caligrafía inconfundible de su adorado argentino.

Por aquel entonces su amigo B.C.G. le había regalado un espejo. Pero no era un espejo normal. Tenía exactamente el tamaño de un folio y constaba de tres piezas: el espejo pro-

piamente dicho, un cristal del mismo tamaño con un marco pintado en verde que se superponía al espejo y dos piezas de madera que, desde atrás, a modo de abrazaderas, ayudaban a sujetarlos.

Lógicamente, la carta de Cortázar quedó guardada allí, en el lugar que parecía hecho especialmente para ella: delante de un espejo, abierta tras un cristal, enmarcada en verde.

17/12/79

Usted pensó: "Es un vanidoso, ni contesta las cartas, sobre todo las que valen la pena como la mía porque como es una carta-poema-juego-imagen, y él piensa que ese es su terreno propio, le da rabia que otros se atrevan a tanto y tira las cartas al canasto".

Pero usted no pensó nada de eso. Usted supo por algún pajarito que yo andaba por Venezuela y Nicaragua, y que las cartas tenían que esperar, incluso cartas tan bellas como la suya.

Delicioso, el poema permutante, que con las imágenes al dorso se vuelve algo como un nuevo tarot, un juego mántico. Siempre le agradeceré la generosidad de hacerlo para mí y darme esa alegría.

Una vez estuve en Valladolid. Era, creo, en 1954 o 55 y el franquismo me pesó sobre los hombros, pero recuerdo plazas y calles y un cielo gris pero muy liviano.

Gracias, Berta, con un abrazo

Julio



Muchos años más tarde, en un grupo de noticias de Internet, un contertulio preguntó por las combinaciones que podían obtenerse con las caras de ocho cubos. No hay que decir que se le disparó el automático y se puso manos a la obra en menos que canta un gallo. Esta vez el resultado tiene un pasar aunque hay que reconocer que Cris, MAR y Blanca Barojiana, que se apuntaron al juego con entusiasmo digno de mejor causa, le sacaron muchísimo partido.

POEMA PERMUTANTE

Instrucciones:

Constrúyanse ocho cubos (o hexaedros)
Fórrense de cartón todas sus caras

Escribábase un verso en cada una
Colóquense en hilera, pegaditos
Léase el poema resultante
Gírense los cubos 45° a la derecha
Léase el poema resultante
Vuélvanse a girar los cubos 45° a la derecha
Léase el poema resultante
Y así sucesivamente

O bien:

Léase el poema como a uno le venga en gana, empezando por donde quiera, continuando por donde le apetezca y terminando donde le parezca oportuno.

Nota: los signos de puntuación (coma, punto, punto y coma, dos puntos, puntos suspensivos, interrogación, admiración, a excepción del punto final que siempre va el último) quedan al arbitrio del lector, que podrá colocar-

los donde mejor le cuadre.

esperas el regreso o el comienzo
buscando más allá del horizonte
despiertan los rumores de la noche
al callado compás de las esferas
la esperanza que crece a duras penas
cuando la luna esparce su silencio

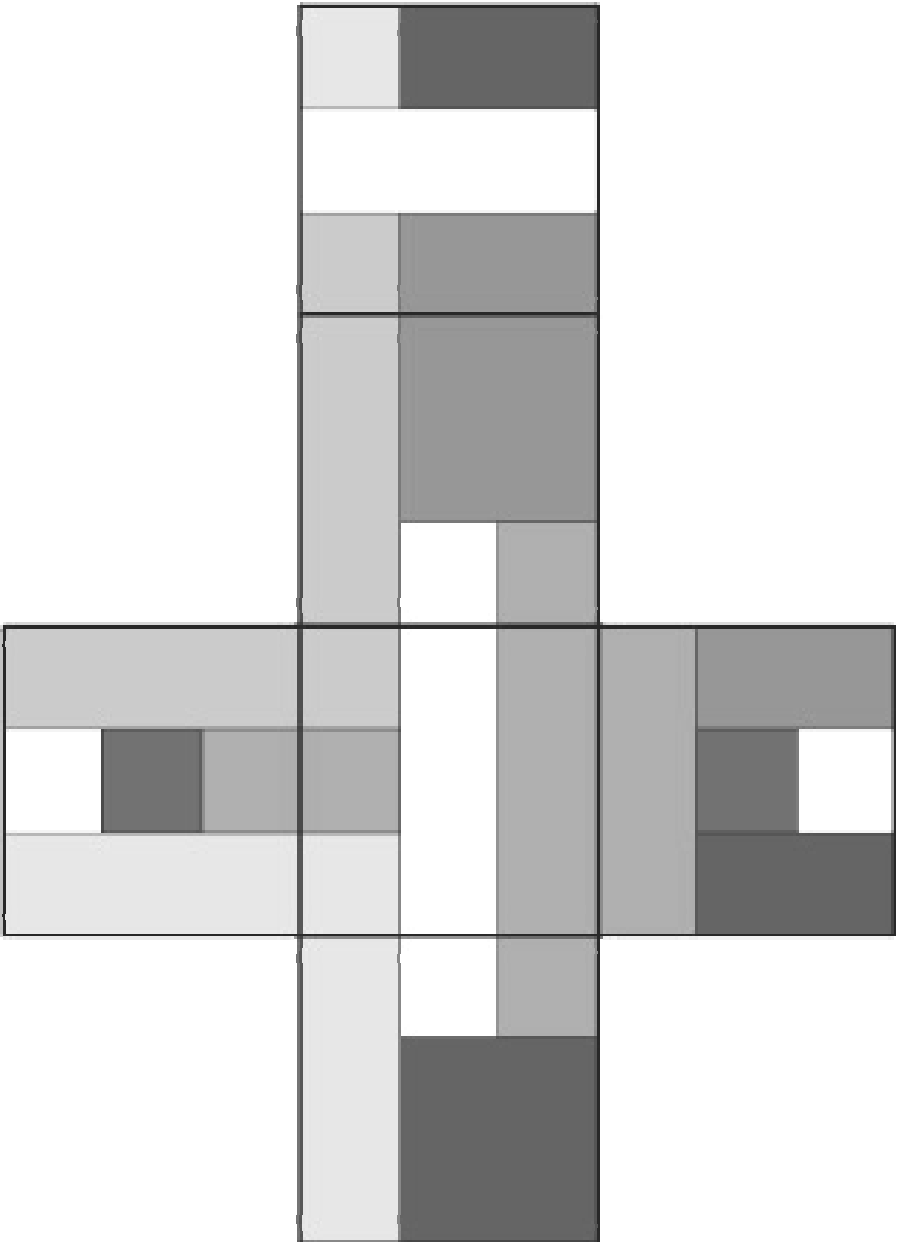
afilado punzón de la memoria
una sola señal te bastaría
sería suficiente una llamada
el gesto que disuelve soledades
espectros del pasado en el recuerdo
como helechos nocturnos que se rozan

ceguera de los seres abisales
latiendo al ritmo de los astros mudos
si es suya la caricia que te envuelve
como un velo de estrellas apagadas
rompiendo con las olas en tu playa

no es imposible un día diferente

la piel mojada en sales de otros mares
otras algas de cobre, otras esponjas
sin anzuelos ni redes de captura
no quieres renunciar a otro futuro
si todavía vuelan las gaviotas
entre las velas de los barcos quietos

elige con cuidado lo que olvidas
sin miedo, sin rencor y sin palabras
tirando por la borda todo el lastre
cambiando plomo por vapor ligero
más allá de la estela plateada
la guía de la Osa indica el Norte



éste es tu viaje, el viaje que soñaste
húmeda voz que desde el mar se acerca
de oro blanco los peces de la orilla
el aire que murmura y hace eco
la canción que sonaba cada tarde
los castillos de arena de la infancia

a la orilla del mar acantilado
donde estallan las olas en espuma
si suyo es el calor que te reanima
los ojos mirarán de otra manera
a través de la niebla del deseo
en busca de una luz recuperada

mientras lloran su canto las sirenas
lánzate al mar no busques otro puerto
borrando huellas ocultando rastros
nada escrito en el agua ni en la arena
viento en las alas de la parda uría
suyas las manos suya la mirada

Y las variaciones:

(Al amor)

Despiertan los susurros de la noche,
mientras lloran su canto las sirenas
a través de la niebla del deseo
donde estallan las olas en espuma.
Si suyo es el calor que te reanima,
suyas las manos, suya la mirada,
si es suya la caricia que te envuelve,
lánzate al mar, no busques otro puerto,
la piel mojada en sales de otros mares,
sin anzuelos ni redes de captura,
tirando por la borda todo el lastre:
este es tu viaje, el viaje que soñaste.

Suyas las manos, suya la mirada.
Si es suya la caricia que te envuelve,
lánzate al mar, no busques otro puerto.
Suyas las manos, suya la mirada.

Sin anzuelos ni redes de captura,
tirando por la borda todo el lastre:
este es tu viaje, el viaje, que soñaste

(Al olvido)

Afilado punzón de la memoria:
elige con cuidado lo que olvidas,
ceguera de los seres abisales.
Borrando huellas, ocultando rastros,
(la canción que sonaba cada tarde,
los castillos de arena de la infancia)
espectros del pasado en el recuerdo...
Sería suficiente una llamada,
una sola señal te bastaría,
latiendo al ritmo de los astros mudos,
la esperanza que crece a duras penas:
No es imposible un día diferente.

No hay nada que olvidar, por el afilado punzón de la realidad me paseo, aprovechando la

ceguera de los seres abisales; ellos son, recuerdos inconclusos, el futuro improbable. Habito con los fantasmas de esta circunstancia y busco la referencia de la realidad abstracta.

Mírame, si quieres
sin olvidar que nada tengo que perder, el futuro me acompaña mientras tú mientes y te repites:

No es imposible un día diferente.

Miénteme, amor: "No es imposible
[un día diferente"]

(A la muerte)

A la orilla del mar acantilado
esperas el regreso o el comienzo.
Húmeda voz que desde el mar se acerca;
el aire que murmura y hace eco,
cambiando plomo por vapor ligero.
Los ojos mirarán de otra manera,

en busca de una luz recuperada,
sin miedo, sin rencor y sin palabras:
¡Lánzate al mar, no busques otro puerto!
¡Viento en las alas de la parda uría!
Nada escrito en el agua ni en la arena...
mientras lloran su canto las sirenas.
Mírala cómo desciende moviendo
[sus caderas,]
sobre sus afilados tacones de aguja,
a la orilla de este mar en el que habito y en el
que nunca pudiste naufragar. El miedo te
acompaña,
la rabia... la palabra...
no, ya no hay tiempo para formularla.
Déjame revelarme mientras
[te acaricio los pechos]
e inspiro tu último aliento. No me conmue-
ves muerte, pero cuando estás aquí el frío es
intenso,
por eso tiemblo. Algún día hemos de hablar.
También. De mí; mientras los ecos que pro-

longan nuestra palabra se pierden en la estética de tu nombre:

olvidame traidora y déjame llorar
en mar de lagrimas heladas.

B(lanca) B(arojiana)

A la esperanza

Si las gaviotas vuelan todavía,
del horizonte más allá buscando,
por ligero vapor plomo cambiando,
no es imposible un diferente día...
Viento en las alas de la parda uría.
Por la borda todo el lastre tirando,
borrando huellas, rastros ocultando,
suficiente una llamada sería:
El gesto que soledades disuelve
en tu playa... con las olas rompiendo.
Sí. Es suya la caricia que te envuelve
al ritmo mudo del astro: ¡Latiendo

la esperanza!, que crece a duras penas
mientras lloran su canto las sirenas.

Pregúntala si se alegra de verte, si te dice
[que no: márchate definitivamente.]

Ni las gaviotas que vuelan encuentran
[el horizonte más allá buscado; soy yo]

quien encuentra ese diferente día, fue la es-
pesa niebla mi coartada, con la

carga lapidaria de mi realidad. Te olvidaste
de mi, confiésalo amor, no contabas con que
llegase hasta ti. Por la borda todo el lastre ti-
rado, y en

la piel el último viento que ha de ser eterno.
El camino ha sido sobrecogedor; no borres
las huellas, quiero saber como llegue aquí,
aunque nunca lo entienda, en eso soy como
tú: no me llamaron pero vine,

y quiero. Sobre todo: quiero.

No hay playas, ni gestos que

[demuestren que]
descanso mi frente en el perfil luminoso de

tu mirada... y el mar me envuelve, ya te digo,
no necesito ninguna playa

Cris

I Mudanza

A la orilla del mar acantilado
el gesto que disuelve soledades
latiendo al ritmo de los astros mudos,
como un velo de estrellas apagadas:
-ceguera de los seres abisales-
espectros del pasado en el recuerdo.
Buscando más allá del horizonte
esperas el regreso o el comienzo.
Afilado punzón de la memoria,
elige con cuidado lo que olvidas
borrando huellas ocultando rastros,
tirando por la borda todo el lastre.

II Dudas

Una sola señal te bastaría

al callado compás de las esferas.
Si es suya la caricia que te envuelve,
si suyo es el calor que te reanima,
donde estallan las olas en espuma
lánzate al mar, no busques otro puerto.
Si todavía vuelan las gaviotas
más allá de la estela plateada,
plateados los peces de la orilla,
la piel mojada en sales de otros mares,
el aire que murmura y se hace eco
rompiendo con las olas en tu playa.

III Desolación

La esperanza que crece a duras penas
—viento en las alas de la parda uría—
cuando la luna esparce su silencio
como helechos nocturnos que se rozan,
despiertan los rumores de la noche
a través de la niebla del deseo.
No quieres renunciar a otro futuro
cambiando plomo por vapor ligero,

otras algas de cobre, otras esponjas.
Húmeda voz que desde el mar se acerca
en busca de una luz recuperada:
Nada escrito en el agua ni en la arena.

IV Futuro

Entre las velas de los barcos quietos
la guía de la Osa indica el Norte.
No es imposible un día diferente.
Sería suficiente una llamada
sin anzuelos ni redes de captura,
sin miedo, sin rencor y sin palabras
Mientras lloran su canto las sirenas
la canción que sonaba cada tarde
los ojos mirarán de otra manera
los castillos de arena de la infancia.
¡Éste es tu viaje, el viaje que soñaste!
Suyas las manos, suya la mirada.

MAR



Su amigo Anxo Quintela es un Poeta, así, con mayúscula. Pero también es un grandísimo perezoso. Desde que ganara el premio “Esquíó” en 1983 hasta la publicación de su segundo libro pasaron quince años. Pero nunca es tarde si la dicha llega y “O asasino estrábico” resultó un magnífico, extraordinario libro, compuesto por poemas que constaban de once versos endecasílabos, hecho estructural que constituía uno de sus mayores méritos y encantos. Y que conste que su juicio no está en absoluto influido por el cariño y la admiración que siente hacia el autor. Si hay algo que la caracteriza es que sabe dar al César lo que es del César y si Anxo hubiera escrito algo infumable no sólo no habría tenido un lugar en esta caja, sino que se lo habría dicho abiertamente: “Creo que esperraremos a tu próximo libro para dividir en dos la Historia de la Literatura, Anxo”. Sin proble-

mas. El caso es que, cuando empezó a leerlo, se encontró con la triste sorpresa de que había cantidad de palabras que no conocía (porque el libro estaba escrito en gallego, no lo habíamos dicho). Algunas podía adivinarlas por su semejanza con el valenciano pero otras le resultaban absolutamente indescifrables. No tuvo más remedio que hacer una lista (larga, por cierto) y solicitar de Anxo los significados. Una vez disipadas las dudas semánticas, regresó a la lectura y en ese punto fue cuando, por varios motivos (uno de los cuales fue el apoyo de su hermana, que quería leer el libro y no se atrevía con el original) se le ocurrió la idea de traducirlo.

Como ya se dijo a propósito de Cortázar, la ignorancia es muy atrevida, y la suya lo es en grado sumo. Se lanzó a la traducción... ¡sin saber gallego! Y no sólo eso. Como el gallego se deja traducir al castellano con relativa facilidad, dada la similitud sintáctica de ambas lenguas, y

como a ella le fascinan las empresas erizadas de dificultades, se propuso traducirlo conservando el formato original, es decir: poemas de once versos endecasílabos. Si no, la verdad, la cosa no tenía gracia. El resultado no debió ser malo del todo porque Anxo aún le dirige la palabra. A falta de caja mejor en la que guardarlo (quién sabe, tal vez la edición bilingüe de “O asasino estrábico”) dejó en ésta el poema en el que quiso explicar sus esfuerzos:

TRADUCCIÓN

Quise jugar un juego de palabras
fijado de antemano con sencillas
reglas pero rigurosas: serán
once los versos, las sílabas once.
Por lo demás: forzar las sinonimias

trenzar las sinalefas, inventarme
metáforas idénticas con verbos
diferentes.

Al cabo sólo quiero
devolverte tu imagen en su espejo,
que te veas en ellos, traducirte,

darle otro tú, poeta en otra lengua.

Y para que pueda juzgarse el resultado de su
trabajo, una muestra del mismo:

Abrín a porta e vin pasar un anxo.
Deíteme de xeonllos sobre o chan
como aferrado nun resorte antigo
e agardei con arroubo o seu anuncio.
Primeiro repregou as ás nas costas
e sentou no sofá; crozou as pernas
e preguntoume polo meu estado
civil. “Solteiro”, díxenlle.

Mirou

pola ventana e chiscoulle un ollo á loira
veciña do segundo. Tensou o arco,
chamoume Hermes e fíxenlle tres Gracias.

Abrí la puerta y vi pasar un ángel.
De rodillas caí sobre las losas
como aferrado a un antiguo resorte
y esperé con arrobo sus anuncios.
Replegó las dos alas a la espalda
se sentó en el sofá y cruzó las piernas.
Preguntó por mi estado civil. “Célibe”,
dije. Miró a través de la
 ventana y
vio a la rubia vecina del segundo.
Le guiñó un ojo. Luego, tensó el arco,

Me llamó Hermes y le di tres Gracias.



Lo siguiente que aparece en la caja no es un objeto literario, sino musical. Es un cedé. Para justificar su presencia en este baúl eminentemente literario hay que adjuntar el relato de su historia.

BREVE HISTORIA DE UNA CANCIÓN FUNERARIA

Por aquel entonces vivía en la Residencia “La Paz”, sita en el número 23 de la calle del mismo nombre, donde compartía habitación con Marisa y Maribel, que eran de Madrid, y con Enkar, que era de Ávila.

Maribel y Enkar tenían radiocassette y, como a las cuatro les gustaba la música, solían escuchar la radio por la noche, después de ce-

nar, antes de dormirse. Fue así como descubrieron el programa (“Diálogos con la música”, se llamaba) y como, en vista de su calidad, empezaron a grabar las canciones con las que el locutor (entonces no lo supo, pero ahora tiene casi la absoluta seguridad de que era Ramón Trecet) obsequiaba a la audiencia. Como había dos radiocassettes, solían turnarse para grabar las cintas. Una noche grababan Enkar y Marisa, otra Maribel y ella, otra Marisa y Maribel...

Ella tenía una cinta casi completa, sólo le quedaban unos minutos de grabación y quiso terminarla aquella noche. Enkar también estaba grabando. Esperaron a que empezara el programa y se dispusieron a grabar. Atentas, escucharon al locutor anunciar la primera canción. Siempre hacía lo mismo: un comentario sobre la importancia del tema, su lugar en la discografía del autor y en la tendencia musical que representaba, su opinión perso-

nal muchas veces... En medio del comentario deslizaba el título de la canción y el nombre del autor y/o intérprete. Y luego sonaba la música. Sin saber por qué, no apretó la tecla REC con la primera canción. Tampoco con la segunda. Quizá tampoco con la tercera. Quizá fue la cuarta, o la quinta, no puede decirlo con seguridad. Lo que sí es seguro es que Enkar y ella, sin haberse puesto de acuerdo de antemano, apretaron la tecla al mismo tiempo.

—¿Cómo ha dicho que se llama?—preguntó Enkar, más por curiosidad que por otra cosa, porque no tenían apuntado el título de ninguna canción, eso formaba parte del encanto del asunto: una cinta llena de canciones sin título.

—Canción funeraria del delta del Mississippi—contestó ella.

Quizá fue eso, el título, extraño y sugerente al mismo tiempo, escuchado al vuelo en me-

dio del discurso ameno del locutor, lo que le hizo apretar la tecla REC entonces y no esperar a la canción siguiente; quizás un ángel le sopló a su intuición que lo mejor venía luego y por eso no apretó la tecla en las canciones anteriores. Quién sabe. El caso es que la canción quedó grabada al final de la cinta y, cuando la escuchó al día siguiente, pensó que habían tenido mucha suerte porque, entre todas las canciones posibles, habían ido a grabar la más bonita, una maravilla interpretada por una banjo (quizá) y una guitarra, en el más puro estilo del blues sureño que, a lo largo de más de cuatro minutos, tras una apariencia profundamente triste, rezumaba esa callada alegría que sólo puede dar la esperanza, ese sosiego que sólo se posee cuando se está en paz con la vida y con la muerte.

Mientras estuvo en la Residencia tuvo oportunidad de escuchar la canción muy a menudo, a Enkar y a ella les gustaba mucho y siem-

pre decían algo a propósito de la feliz casualidad que había hecho posible que la grabaran y que la hicieran suya y que no había permitido que la dejaran escapar por el infinito de las ondas hertzianas. De alguna manera, se sentían felices elegidas por la diosa Fortuna, como si les hubiera tocado un premio en alguna lotería radiofónica.

Cuando acabó el curso (y los estudios que había comenzado) y volvió a casa, se llevó la cinta consigo, claro, pero a partir de entonces no pudo escucharla todas las veces que ella hubiera querido porque en su casa no había radiocassete (ni intención de que lo hubiera: tenían equipo de música y vinilos, ¿para qué querían un radiocassete?), de modo que, en una estantería de su cuarto, la cinta empezó a dormir largos sueños, de los que sólo salía ocasionalmente, muy de tarde en tarde, cuando algún amigo llevaba a casa un aparato capaz de reproducirla. Porque escuchar la cinta

era la única forma de volver a oír la canción: la tenía en la cabeza pero la complejidad de los acordes y su pésimo oído hacían que fuera incapaz no ya de cantarla sino, ni siquiera, de tararearla. La cinta era verde, la recuerda como si la estuviera viendo. Bueno, de hecho, si cierra los ojos, puede verla todavía.

Así pasaron varios años, la cinta guardada en la estantería, inmóvil pero visible, y ella esperando como agua de mayo la oportunidad de escuchar la canción una vez más. La verdad es que en ocasiones pasaban meses sin que se acordara de la cinta pero, a pesar de esos olvidos, transitorios, ella nunca dejó de tener presente que la canción estaba allí, guardada para ella, esperando el momento feliz en que un amigo llegara a casa con un radiocassette portátil.

Un día, después de uno de aquellos períodos de descanso, alguien llegó a su casa con el esperado aparato. Buscó la cinta, impaciente

ante la perspectiva de volver a oír su canción, pero no estaba en el lugar de siempre. Desconcertada, la buscó por toda la casa. Por fin apareció, en la habitación de su hermano pero, cuando la puso en el cassette y esperó emocionada las primeras notas, empezó a sonar una canción de Mecano.

No recuerda si se enfadó con su hermano pero seguro que sí, seguro que le reprochó su atrevimiento, su absoluta falta de consideración, a quién se le ocurre coger sin permiso una cinta que no era suya y grabar... ¡y encima Mecano! Seguro que estuvo varios días sin hablarle.

Lógicamente, el enfado se le acabó pasando pero no olvidó la canción, su recuerdo volvía de cuando en cuando (y el cuando podían ser meses, incluso años) y entonces, cuando la pérdida de la canción se hacía patente, le daba un ataque de pena al comprobar la imposibilidad de volver a oírla o pensaba que tenía

que llamar urgentemente a Enkar para copiar la canción de su cinta o se lanzaba a las tiendas de discos a preguntar a desconcertados dependientes por la “Canción funeraria del delta de Mississippi”.

Pasaron muchos años, tantos que las probabilidades de que Enkar hubiera conservado la cinta eran prácticamente nulas, tantos que la canción había desaparecido de su memoria auditiva (durante mucho tiempo no pudo cantarla, pero la recordaba perfectamente; ahora, ni siquiera eso, tantos que casi había olvidado que una vez tuvo una canción que para ella había sido lo más aproximado a un regalo de los dioses).

El futuro tiene sorpresas inesperadas. Quién le iba a decir a ella, la torpe mecanógrafa, que iba a poder escribir en un teclado suavísimo, ver lo que escribía en una luminosa pantalla y, lo que es casi increíble, corregir palabras o frases o párrafos, ampliar o reducir márgenes.

nes, hacer notas a pie de página, retroceder, avanzar, añadir, borrar, intercalar... Y que el resultado de todo ello sería un folio impecablemente mecanografiado, sin una sola mancha blanca de típex, magníficamente reproducido por una impresora de chorro de tinta. Está claro que su primer contacto con el mundo de la informática fue un programa de escritura. Poco a poco fue familiarizándose con las posibilidades que ofrecía el PC (dibujos, juegos...) y aprendió un poco a aprovecharlas y disfrutarlas pero, por encima de todo, el ordenador era para ella una máquina de escribir listísima.

Un buen día, su marido instaló Internet. Otra maravilla del futuro, según decía todo el mundo. Debía de ser cierto, por lo que oía decir a gente que lo manejaba como una herramienta imprescindible pero, por raro que parezca, ella, que es de las que se apunta a un bombardeo, nunca sintió la tentación de conectar-

se y explorar, de modo que Internet estuvo varias semanas instalado sin que nadie aprovechara la tarifa plana. Hasta que un día su hija Marta vino del colegio con el encargo de conseguir la formación completa del Gobierno recientemente nombrado. De modo que su primera entrada en Internet fue por la Moncloa, para enterarse del nombre del ministro de Agricultura y del vicepresidente primero del Gobierno. Y una vez que estuvo dentro... pues siguió. ¿Sobre qué o sobre quién querría ella buscar información? Su segunda entrada en Internet fue una página web de “Les Luthiers”, grupo argentino del que es ferviente admiradora desde que los vio por primera vez. Allí encontró discografía completa, notas biográficas, fotos que no conocía, calendario de actuaciones y... un chat. Ella no hubiera entrado nunca en un chat, no era el tipo de relación que, de entrada, llamara su atención, pero aquél tenía un anuncio muy

suggerente: “... aquí nos reunimos los fans del grupo y hablamos, a veces, incluso, de Les Luthiers”, decía, más o menos. Ah, eso era otra cosa. Un grupo de fans de “Les Luthiers” tenía que ser, como poco, un grupo de gente inteligente... ¡Zas!, entró.

Su intuición no la engañó. Eran gente inteligente, admiradores de Les Luthiers, repartidos por todos los rincones del país, gente de toda edad y condición: estudiantes de disciplinas diversas, trabajadores... Había varios informáticos.

¿Dijo algo Freud acerca de las obsesiones latentes? En su caso está claro que la “Canción funeraria del delta del Mississippi” estuvo latiendo calladamente en su interior muchos años y que afloró a la superficie cuando ella vio la habilidad de algunos de sus amigos del chat para recalar en puertos discográficos y conseguir así música de todo tipo con la que engrosar sus archivos, entretener los ratos de

chateo y grabar algún que otro cedé.

—Estoy buscando una canción —tecleó.

—La cuál —preguntó elrevisor, uno de los más hábiles internautas del canal, si no el más hábil.

—Se titula “Canción funeraria del delta del Mississippi” —contestó ella.

—Autor? —preguntó elrevisor.

—nidea, sólo sé el título, se puede buscar así?

—se pué intentar —dijo elrevisor.

—qué canción es ésa, alfa —preguntó alguien —por qué la buscas?

—es una historia muy, muy laaaaaaaaar-ga... —dijo ella, e iba a añadir que muy, muy triiiiiiiiiiste cuando la sorprendió un renglón en la pantalla.

—no está —tecleó rotundo elrevisor.

—jomío, qué rapidez —contestó, sinceramente admirada— dónde has buscado?

—en audiogalaxy.

Aún no había tenido tiempo de hacerse a la idea de una nueva desilusión cuando Kanis le abrió un privado.

—He oído que andas buscando una canción —tecleó Kanis.

—sasto —dijo ella.

—Mira a ver esto —dijo Kanis —: John Fahey, “Of rivers and religion”.

Lo intentó, ésa es la verdad, y llegó a encontrar a John Fahey, pero no recuerda haber visto ningún título que se pareciera al de su canción de modo que, como de costumbre, pidió ayuda a elrevisor, que era el que siempre la sacaba de apuros.

—maño —tecleó en un privado abierto con elrevisor —dice Kanis que miremos en John Fahey, el disco se titula “Of rivers and religion”.

—voy a ver —contestó elrevisor, siempre solícito.

Algunos renglones más tarde, elrevisor regresó.

—no hay ninguna canción funeraria pero he encontrado una “Funeral music for Mississippí”, puede ser ésa?

—sí, sí, puede ser —contestó.

Tal vez no ocurrió así exactamente, la memoria confunde días, conversaciones, pistas y hallazgos. Pero lo cierto es que, en un determinado momento, elrevisor tecleó:

—alfa, la estoy escuchando.

—es una música de guitarra, muy dulce, un poco triste? —preguntó impaciente.

—sí, creo que sí —contestó elrevisor.

—va a ser ésa, va a ser ésa... —dijo emocionada, y preguntó a continuación: —me la grabas, maño?

—te la grabo y te la llevo —contestó elrevisor.

Elrevisor cumplió su promesa y a primeros de agosto le llevó el disco. “Funeral music for



Mississippi John Hurt” era la canción número cinco. Aunque se moría de impaciencia se obligó, en un ejercicio de autodisciplina casi perverso, a escuchar las cuatro primeras, aunque quizá lo que pretendía era prolongar unos minutos más la dulce esperanza de haber encontrado por fin su canción. En cuanto sonaron las primeras notas del quinto corte la reconoció. Era su canción. Ahora se llamaba “Funeral music for Mississippi John

Hurt”, pero daba lo mismo: era la canción funeraria del delta del Mississippi que un día había grabado y que después había perdido de la manera más tonta, la canción que había permanecido en su corazón y que había buscado en forma de disco durante más de veinte años.

Sin que pudiera ni quisiera evitarlo, se le llenaron los ojos de lágrimas y algo parecido a la felicidad la llenó de arriba abajo. La canción no le recordaba ningún momento particularmente feliz ni era el conjuro de nadie querido especialmente. Era una canción, sin más, pero, al escucharla nuevamente, después de veinte años, algo, que aún no tenía muy claro qué era, venía a completarse, como si la canción fuera la pieza que da sentido al rompecabezas; a concluirse, como si la canción fuera el bálsamo necesario para cerrar una pequeña herida que hubiera permanecido abierta. Había empezado a escribir la “Breve historia

de una canción funeraria” muchos años atrás, cuando le prestó su hallazgo a un personaje de su novela, pero no había vuelto sobre ella, no la había repasado ni completado ni corregido porque no sabía el final de la historia. Ahora ya podía terminarla. Quizá era eso, sí, quizá por eso lloraba: había recuperado su canción y podía acabar de escribir su historia porque ya sabía el final, un final que era casi de cuento de hadas, un final en el que el Galante Caballero viaja desde su país al país de la Princesa Triste para llevarle el Tesoro que la Princesa había perdido y que él ha encontrado para ella.

Vio de reojo que el revisor la miraba desconcertado. Las mujeres, ya se sabe, vienen sin manual de instrucciones. Puede que las lágrimas le rodaran todavía por la cara pero seguro que estaba sonriendo cuando giró la cabeza para mirarle a los ojos.

—Gracias por traérmela —dijo.
Y el revisor sonrió también.



Si había un lugar en el mundo al que nunca había tenido especial interés por ir ese lugar era Nueva York. Es más, alguna vez que surgió la conversación se recuerda a sí misma afirmando categóricamente que “...es el último sitio al que se me ocurriría ir... con la cantidad de países y lugares preciosos que hay en el mundo...” Pero un compañero de su marido había ido a Nueva York en el viaje de novios y había vuelto contando maravillas, y eso que antes de ir era de la misma opinión que ella (¿Nueva York? Antes cualquier otro sitio... China, Noruega, Islandia..., qué sé yo...) Además, su hermana Cachi y su cuñado Jose llevaban algún tiempo planeando ir... Yendo cuatro es más divertido, ¿no? Total, se decidieron. No hay ni que decir que volvió enamorada de la ciudad. La fascinaron sus calles, sus gentes, le impresionó su tamaño (ya había oído decir que en USA todo

es grande, pero no se había hecho a la idea de lo grande que podía llegar a ser todo) y, sobre todo, la emocionó la sensación que tuvo, desde que avistaron en el horizonte la silueta de los rascacielos, de que aquella ciudad le pertenecía y que ella pertenecía a aquella ciudad como si hubiera vivido en alguno de sus barrios, como si hubiera paseado muchas veces por sus avenidas y comprado en sus tiendas, como si fuera de Nueva York de toda la vida. La edad no perdona y, consciente de la debilidad de su memoria, se hizo una de papel para recordar, con un poco de orden, lo que hacían día a día.

Domingo 8 de marzo.

—Viaje: tranquilo hasta llegar a la costa Este de los yueseí: nubes, lluvia, viento, turbulencias... no sé, no sé. (Jose emocionado porque es la primera vez en su vida que sube a un avión. Nada más entrar se apresuró a decir en

voz bien alta, para que pudiera oírle todo el pasaje: “Por favor, dejadme la ventanilla, que me gusta bajar el cristal y sentir el aire en la cara”. Casi nos caemos de la risa en el pasillo. Ligamos con un pasajero búlgaro, que viaja a NY para ver a su hermano que vive allí. Lleva muchos años viviendo en España y es clavadi- to a Felipe González. El cuestionario para in- migración divertidísimo: “¿Tiene usted inten- ción de cometer algún atentado en los Esta- dos Unidos? ¿Lleva usted consigo armas o ex- plosivos”. Dan ganas de contestar “Oh, sí, mi- re, vengo ex profeso a poner una bomba en la estatua de la Libertad, aquí traigo unos ki- los de dinamita”. Lo que pasa es que no sabrí- an tomárselo a broma).

—Llegada: lluvia, viento, frío. La pista com- pletamente mojada y llena de charcos. Aterri- zaje inquietante. (Funcionario de inmigración impertinente: “What’s your relationship?”. Respuesta entre indignada y sorprendida:

”He’s my husband, we’re married!”, aunque le tenía que haber dicho que a él qué c... le importaba. Pero me fallaron los reflejos y además eso no sé decirlo en inglés). No dejan fumar en ninguna parte. Estos yanquis están majaretas. Cachi y yo nos estábamos fumando encima, pero no pudimos encender un cigarrillo hasta que no salimos al aire libre, fuera de los edificios del aeropuerto.

—Traslado al hotel: en autobús. (Los guías, hispanos claro, nos dan las primeras instrucciones para desenvolvernó en la ciudad y nos ofrecen las primeras excursiones. Lo de las avenidas verticales y las calles horizontales ya lo sabíamos, Cachi tiene un mapa que lleva estudiando varias semanas. Me gusta Queens, sólo un rascacielos en un barrio que será del tamaño de Valladolid, por ejemplo, casas bajas, muchos árboles y las construcciones... ¡de madera! Así se explican muchas cosas que se ven en las películas. Porque, por lo

visto, aquí los ladrillos son carísimos. No sé si dijo el guía que \$1 el ladrillo, no estoy segura. Entramos en Manhattan por el puente de Queensboro, lo pone así en los carteles, supongo que antes sería Queensborough, pero se ve que con esto se han decidido simplificar la grafía, como con Marlboro, el tabaco, que sería Marlborough, como nuestro Mambrú que se fue a la guerra, mire usted, mire usted qué pena. La primera vista de la skyline desde el autobús, al anochecer... im-presionante. La mejor tarjeta telefónica: PT 1, (pitiuan para los amigos).

—Llegada al hotel: es un rascacielos, claro. Está en un sitio estupendo, en la esquina de la 8ª Avenida con la calle 45th W. No hay más que salir del hotel, girar a la izquierda en la primera esquina, caminar tres calles y... ¡Times Square! (Cachi y Jose piden habitación de no fumadores, porque nos han dicho que las de fumadores son peores. Les dan una en

el piso 21. Nosotros no nos resignamos a no fumar y pedimos habitación de fumadores, asumiendo los riesgos. Nos mandan al piso 34. Lo que son las cosas: la habitación de Jose y Cachi da a un patio interior, la nuestra da al sur, sobre la 8ª avenida y, oh designios de los dioses generosos, te tumbas en la cama, miras a la derecha y en la ventana se recorta, como si fuera una foto enmarcada... ¡¡¡EL EMPIRE STATE!!! Casi lloro).

Sin deshacer las maletas, salimos a dar una vuelta. Empieza a llover. Compramos un paraguas y paseamos por Times Square. Jose mira el reloj y dice: “¡Qué tarde cierran aquí!”. Le recordamos que no ha cambiado la hora, es decir, no son las dos de la mañana sino las ocho de la tarde. Cena en Sbarro.

Lunes, 9 de marzo

—Excursión “Alto y Bajo Manhattan” (la úni-

ca a la que nos hemos apuntado). Lluvia y niebla. Vamos hacia el Norte atravesando Central Park; nos dan una vuelta por Harlem advirtiéndonos de los arriesgado que resultaría visitarlo de noche; vemos la iglesia de San Juan el Divino, enorme, como todo aquí, aún están en obras; bajamos hacia el sur, hacemos una parada para desayunar/almorzar en “Novecento”, en pleno Soho, el guía nos cuenta que en esta calle se rodaron varias escenas de “Ghost”; seguimos hacia el sur hasta Battery Park. Allí nos bajamos, aunque la excursión continúa de regreso al hotel, porque hemos decidido subir de nuevo hacia el Norte andando. Ya no llueve pero sigue nublado.

—Visita al Museo de los Indios Americanos (¿los/se seguirán llamando así o ahora los/se llamarán “americanos nativos” o, mejor aún, “pobladores originarios de América del Norte”? Comprendo perfectamente las reivindi-

caciones de los indios de América pero no sé si este afán por cambiarse el nombre contribuye en algo a mejorar su situación o va a conseguir borrar las atrocidades que cometieron los civilizados invasores).

—Paseo por el World Trade Center. Las Gemelas son como Santiago de Compostela: tienen nube propia. A la altura del piso 30 una hermosa nube nos impide ver más arriba.

—Paseo por Wall Street. No entramos porque hay una cola que da la vuelta a la manzana.

—Subida por Broadway hasta Chinatown. De camino, comemos en un local de la 5ª regentado por una tal Jose (lo que son las cosas). Chinatown, tal como se ve en las pelis (bueno, en realidad, todo es tal como se ve en las pelis). Compras compulsivas.

—Seguimos subiendo hacia el Norte, ahora hasta Canal St. Desvío y paseo por Soho, café de media tarde y cena allí mismo (grata sor-

presa: en casi todas las coffee shop tienen espresso, que es lo más parecido a un café cristiano que se puede encontrar aquí. Pero eso sí: carísimo). Otra sorpresa gratísima: en Bleeker St. nos encontramos un “Café español”. Entramos, por supuesto. El cartel de “No smoking” lo tienen bocabajo, como debe ser. Nos ligamos al camarero, un José Manuel ecuatoriano (creo), simpático y guapísimo, que nos hace un café comilfó, nos da charla y nos convida al orujo del jefe, que es gallego.

—Regreso a casa paseando por la 5ª hasta Central Park. Al llegar allí nos dimos cuenta de que nos habíamos pasado trece calles. Tiempo estupendo, incluso vimos la luna.

Martes, 10 de marzo (nublado y frío)

—Excursión en helicóptero. No quisimos la que nos ofrecieron los guías, preferimos hacerlo por nuestra cuenta siguiendo las ins-

trucciones de Juan, el compañero de Alfonso que estuvo aquí de viaje de novios. Taxi hasta la 8ª a la orillita del Hudson (recuerdos inevitables de Walt Withman) donde está el helipuerto. Sacamos los tiques, hacemos cola, nos tomamos un café de máquina... como neoyorquinos de toda la vida. El viaje es muy bonito pero se queda un poco escaso: sólo te llevan por el oeste y el sur de Mannhatan. Vuelo casi rasante sobre la estatua de la Libertad. ¡Qué pequeña es en comparación con todo lo demás! Por ejemplo, la altura de vuelo del helicóptero sólo llega a la mitad, más o menos, de las torres gemelas)

—Taxi hasta Rockefeller Center, otro icono de la ciudad. Está instalada la pista de hielo, hacemos fotos. Fisgando por los sótanos encontramos una entrada casi oculta a los estudios de esa cadena de televisión que hace el programa matutino más visto en el país. Quiero colarme pero Alfonso, Jose y Cachi no me

dejan.

—Paseo hasta la 5^a viendo tiendas. (Entramos en la Disney... ¡qué precios!, una auténtica inmoralidad. No compramos nada, of course. Ah, y vemos la carroza de Cenicienta realizada con todo detalle en porcelana de Lladró al módico precio de medio millón de pesetas. En mi vida había visto nada más cursi).

—Otro paseo hasta el hotel para comer finalmente donde Smith (porque pasamos por el Planet Hollywood y la hamburguesa cuesta... ¡10 dólares! Otra inmoralidad). Se me olvidó anotar que Smith's es una maravilla de local, justo enfrente del hotel, donde desayunamos café, tostadas, mermelada, mantequilla, huevos, bacon y patatas fritas por poco más de 2 dólares. La zona de no fumadores está casi vacía, pero hay cola para sentarse en la zona de fumadores. La camarera te pregunta si los huevos los quieres “scrambled or

over” (que digo yo, si no he entendido mal, que vendrá a ser que si los quieres “revueltos” o “dejaos caer”) y de vez en cuando se pasa por las mesas preguntando si alguien quiere “more coffee”. Yo siempre digo que sí, es la única forma de conseguir la dosis necesaria de cafeína.

—Metro hasta Brooklyn. Aunque la mayoría de los traslados los hacemos en taxi porque siendo cuatro sale casi al mismo precio, un viaje en metro es una experiencia que no podíamos perdernos. Y otra vez es todo como en las películas: un negro enorme, del tamaño de un ropero de tres cuerpos, vestido de camuflaje, nos mira receloso. Empieza a hacer un frío considerable. Nos adentramos en Brooklyn con la intención de buscar un café cuyo nombre no recuerdo desde el que se disfruta de esa vista del puente y de Manhattan que es la postal que todos conocemos. No lo conseguimos pero... justo al final de

Montague Street nos encontramos con otra postal: ¡la típica vista del sur de Mannhattan desde Brooklyn! Ya está anocheciendo y seguro que la foto sale mal, pero ha merecido la pena: la foto de la memoria, con el cielo malva y los rascacielos de Wall Street empezando a iluminarse, ha salido perfecta. De regreso, seguimos buscando la vista del puente con tan buena fortuna que... ¡aparecemos sobre él! De modo que volvemos a Mannhattan a pie, cruzando el puente de Brooklyn a 35° Fahrenheit y disfrutando de una maravillosa postal nocturna. Seguro que muchos neoyorkinos no han hecho nunca este camino.

—Taxi (hispano) hasta el Empire State. Para entretener la espera tomamos un café en “El torito”. Subida al piso 102. ¿Qué decir de la vista nocturna desde el mirador?... pues que es como en las películas.

—Cena en McDonald’s: aunque me lo prohibía mi religión, accedo por razones estratégicas.

cas (es muy tarde y está ahí mismo) y no me arrepiento, la chicken salad está francamente buena.

—Otro taxi hasta el hotel: estamos reventados.

Miércoles 11 de marzo (más frío aún)

—Desayuno en Smith's

—Paseo hasta la 5ª. De camino compramos souvenirs para los niños y gorros, porque se nos empiezan a congelar las orejas. También miramos el rent-a-car para el jueves, que Cachi y Jose se van a Niágara y a Toronto.

—Más tiendas, claro. Entramos en la Warner. Aquí sí compramos de todo: unos vaqueros preciosos para los niños (Piolín y Silvestre, Tass y Bugs Bunny bordados en las perneras. Bueno, NO todos ellos en todos los pantalones: Piolín para Marta, Tass para Carmen y Bugs para Jaime), camisetas para Marco y

Clara, gorras... en fin, de todo. Los precios, razonables. También entramos en la tienda de Burberry, donde Alfonso NO se compró un gorro. Pero ésa es otra historia.

—Almuerzo en el McDonald's de la 5ª. Repito ensalada de pollo. Los demás, hamburguesa. Está claro: esto no tiene nada que ver con la basura que expenden en los McDonald's de España.

—Paseo por Central Park. Estamos prácticamente solos en el parque, hace un frío de espanto. Jose le hace cientos de fotos a la estatua de Balbo (aprovecha para contarnos la historia del perro heroico. Quién les iba a decir a Cachi y a él que cuatro años más tarde cumplirían su sueño de ver la Iditarod) y yo, lógicamente, me fotografío sobre la estrella de Imagine recordando los buenos momentos que John Lennon y sus tres amigos me han hecho pasar. Salimos de Central Park por la 72 Oeste para ver el edificio Dakota

(aunque yo sigo liándome y lo llamo “la casa Bramford”, se ve que “La semilla del diablo” me impresionó profundamente). Tarareamos “Imagine” al pasar junto a la puerta lateral.

—Entramos en Timothy’s (72 Oeste con la 8ª, creo) a tomar un café y a intentar entrar en calor. Estamos en ello cuando entra un individuo alto, elegante, atractivo. Jose lo mira: “¡Es el protagonista de “Flashdance!””, exclama. El camarero, hispano, nos oye hablar y lo reconoce también. Al final, el actor, cuyo nombre no recuerdo porque no he visto la peli, se acerca a charlar con nosotros, nos firma autógrafos y nos cuenta cuánto le gusta España.

—Metro hasta la calle 14: intenso paseo, muertos de frío, buscando “Paragon”, la mejor tienda de deportes del mundo mundial, según Jose. Pedimos ayuda a una Policía negra, gorda y afable. Como no nos entiende se queda pensando un segundo y finalmente se

dirige a un grupo de niñas que camina hacia nosotros: “I need someone speaking spanish, mummy. You speak spanish, don’t you?”. En efecto, la niña es hispana y nos ayuda a encontrar la tienda. Jose disfruta como un tonto con una tiza verde.

—Paseo hasta el Madison Square Garden y regreso al hotel en taxi (hindú esta vez). Entramos en calor, nos cambiamos de ropa y vamos al Marriot Marquisse, que está al lado del hotel. Bueno, “al lado”, en Nueva York, puede significar tres o cuatro manzanas. Cenamos en el buffet de la planta giratoria: alitas de pollo, ensaladas, fiambres, verduras, mil postres... todo ello mientras Mannhattan gira a nuestro alrededor. No está mal, ¿verdad? Temperatura en el exterior: -7° C.

Jueves 12 de marzo

—Desayuno en Smith’s (eso es sagrado) Los

camareros (la mayoría hispanos) ya nos conocen. Ni nos preguntan cómo queremos los huevos.

—Paseo hasta el rent-a-car (empleada hispana) y luego paseo en coche entre la 5ª con la 53 y la 8ª con la 44. Es relativamente fácil conducir aquí: una avenida sube y la otra baja; una calle va de este a oeste y la otra de oeste a este. “¿Aquí todas las calles se llaman “one way”?”, pregunta Jose.

—Cachi y Jose se van a Niágara. Nos dejan en el Museo de Ciencias Naturales. Comida en el Museo: pésima.

—Museo Metropolitano: aparte de un montón de cosas interesantísimas, vemos la reja de la Catedral de Valladolid. Velay.

—Regreso a casa por Madison Avenue. Entramos en un café para tomar un ídem e intentar quitarnos el frío. Justo enfrente acaban de atracar un banco: zona acordonada, furgonetas de TV, periodistas micrófono en

mano que entran en el bar buscando testigos... En fin, que casi salimos en las news.

—Cena en McDonald's y en el hotel baño caliente. Hoy he comprendido el significado de la expresión “frío calado hasta los huesos”.

Viernes 13 (sigue haciendo frío aunque, más que las bajas temperaturas, molesta el aire, incesante y helado, como si se hubieran dejado todas las ventanas abiertas).

—Desayuno en Smith's (of course).

—Paseo hasta la ONU (De camino pasamos por el edificio Chrysler y por Central Station). Tenemos suerte: en veinte minutos hay una visita guiada (en español, claro). Fotos en todas partes. Entre otras muchas cosas, el mural de Vela Zanetti, cuya obra ya conocemos porque casi todos los años hacen una exposición de sus cuadros en el cole de las niñas. El mundo es un pañuelo, sí.

—Paseo por la 2ª avenida hasta la calle 21. Almuerzo en un bar en el que está la Academia de Policía casi al completo.

—Taxi hacia el sur, hasta el embarcadero del ferry, peeeeeeeeeeeeeeeeeeeero: “...there are no more boats going to the Statue of Liberty and Ellis Island today”, anuncia la megafonía. Me cuesta varias repeticiones entenderlo. Deducimos que se debe al mal estado del mar y nos resignamos a no ver la estatua de la Libertad de cerca.

—Paseo hasta el World Trade Center, subida al mirador de la torre Norte (¡piso 107!). El ascensor es supersónico, claro. Muchas fotos y llamada a las niñas, que, de conformidad con la hora española, están almorzando: “¡Niñaaaaaaaaaaaaaas!, desde aquí arriba se ve claramente que la tierra es redondaaaaa-aaaa!”

—Nuevo paseo hacia el Norte por Church Street, café en “Félix”, donde está el chico

más guapo de Nueva York tomándose una Heinneken con dos amigos.

—Otro paseo hasta el Greenwich Village para acabar otra vez en el “Café español” de Bleeker St. Vino de Valencia, charla con José Manuel y su amiga Carol. Decidimos quedarnos a cenar: caldereta de marisco con langosta de Maine. “No tiene color —dice el patrón, al que por fin conocemos, refiriéndose al marisco de la costa Este— pero es lo que hay”.

—Vuelta al hotel... ¡andando! Total, el Empire está ahí mismo...

Sábado 14 de marzo (amanece lloviendo y con un frío horrible. Descartada la visita a la estatua de la Libertad. Seguro que hoy tampoco hay boats going there).

—Decidimos ir a Macy’s. Terrible decisión: la tienda no vale nada y no encontramos nada de lo que buscamos. Mañana casi perdida. Va-

mos también a... (no me acuerdo) y tampoco nada. Nieva a ratos.

—Almuerzo en Sbarro, en Times Square, y café en el hotel: Celebrity, el mejor espresso de Manhattan. Taxi hasta Chinatown porque aún tenía que comprar unas cuantas auténticas imitaciones que me habían encargado. Entramos en una tienda de ropa vaquera. En mi pésimo inglés intento explicarle al dependiente que busco un pantalón vaquero normal y corriente. Cuando estoy a punto de desesperarme, alguien saluda de lejos al dependiente. “Hasta luego, Ricardo”, contesta éste. En fin... A partir de ese momento nos expresamos ambos en fluido español. Ha merecido la pena: los “Calvin Klein five pockets” me sientan de maravilla.

—Camino de vuelta, café en “Novecento”. Entramos en una zapatería porque Alfonso está buscando unas botas Timberland. No tienen, pero se compra unos Sebago bastante

más baratos que en España. “¿Estos zapatos están de moda allí?”, pregunta el dependiente en español, por supuesto, “... es que todos los españoles los piden...”. Hay un chino de unos dos metros de altura (bueno, más que altura aquello era altitud) probándose unas botas de vertiginoso tacón de aguja. Se miraba en el espejo, no le convencían, se probaba unas sandalias de tiras... Estuve a punto de decirle: “las botas, chaval, te quedan de locura”. Pero Alfonso no me dejó.

—Pasamos por el “Café español” pero no entramos. Estaba abarrotado. Llamada al hotel con nuestra pitituan: Jose y Cachi aún no han llegado. Regreso andando. Cena en McDonald’s y al hotel a hacer la maleta.

—Llegan los viajeros y cuentan: Niágara ha amanecido con una nevada de medio metro y han salido zumbando ante el temor de quedarse allí parados por la nieve de modo que no han llegado a ver las cataratas. También

estuvieron en Toronto, que es tal como nos contó Iván en el avión.

—Maleta y baño caliente (otra vez el frío hasta los huesos).

Domingo 15 (parece que hace mejor, pero no queremos hacernos ilusiones)

—Madrugón que se quedó en intento y desayuno lentísimo, precisamente hoy, que es cuando más prisa tenemos. Paseo hasta el rent-a-car para devolver el coche y taxi-atraco hasta Canal Street otra vez, buscando un mercadillo del que nos habían hablado. El mercadillo NO está allí, pero Alfonso encuentra sus botas.

—Camino de vuelta... ¡sorpresa!: el mercadillo está en la 6ª con la 32. Le compro un platito de porcelana a una vendedora de... ¡Salamanca! Raquetas de nieve para Jose (una auténtica antigüedad que Cachi no sabe

cómo demonios van a meter en el avión) y reloj de oro que HABÍA QUE HABER COMPRADO (¡En el mercadillo aceptaban tarjetas de crédito!)

—Regreso al hotel (casi llegamos tarde porque catorce calles no parecen nada pero...) Autobús y aeropuerto: adiós a Manhattan, adiós a Nueva York. Pienso que se nos han quedado muchas cosas pendientes: el MO-MA, el Guggenheim, Harlem, Staten Island, la estatua de la Libertad, un musical en Broadway, el café donde Woody Allen toca el clarinete...

Digo yo que habrá que volver.



Ya hemos dicho que empezó a estudiar Filosofía. Pero por aquel entonces la carrera de Filosofía no existía en la Universidad de V. de modo que empezó a estudiar en el (tristemente desaparecido) Instituto Superior de Filosofía de su ciudad, dependiente de la Universidad Pontificia de Salamanca. A las pocas semanas de comenzado el curso apareció en el tablón de los alumnos la siguiente convocatoria:

Por la presente convoco a los alumnos de 3º curso a la asamblea que se celebrará el día 4 de Diciembre a las 14 horas en el lugar de siempre para tratar los siguientes temas:

- Revisión de la pseudodinámica convergente en el devenir de las clases.
- Estudio pormenorizado de la posibilidad

de desplazamiento temporo-espacial con el fin de visitar lugares desconocidos por el alumnado.

—Estudio de la posibilidad de implantar clases de gimnasia rítmica los martes y jueves.

—Revisión de los prejuicios epistemológicos que afectan a la estructura dinámica del aprendizaje.

—Estudio de la influencia de la catarsis psico-fisiológica del alumno en el desarrollo endógeno de las clases.

—Estudio de la posibilidad de regalar una fotocopiadora Canon- FM 64 a los profesores Alamarza, Gracia-Prada y Tovar, para su uso exclusivo.

—Análisis metodológico-fenomenológico-estructural-meta-no-yo-no-ser-no-estar-en-el-mundo-como-cosa-en-sí del enunciado “Si no te digo yo que no...”

—Estudio de la posibilidad de fletar un autobús para visitar el nuevo hipermercado

“Continente” y disfrutar de sus ventajosos precios.

—Estudio y propuesta de instalar una hamburguesería-pizzería en el Instituto para solaz de los alumnos. El local permanecería abierto durante las clases, por si acaso.

—Análisis del tipo de relación existente entre el modelo lógico-deductivo y la teoría axiomática, a ver qué sale.

Se ruega la asistencia de todos los alumnos, a ser posible, con un bocadillo de tortilla bajo el brazo, por si se nos hace tarde.

El Delegado de 3º Curso



¡Santo cielo lo que aparece por aquí! Un folio cuadriculado, amarillento, con la tinta desvaída, en el que le cuesta trabajo reconocer su propia caligrafía... ¡Un auténtico incunable! Vamos a ver: cuando escribió esto debía de tener... 17 o 18 años... No, aún no se había inventado la imprenta.

Qué agradable sensación dejarse arrastrar por las nostalgias de la adolescencia y caer en la tentación de decir “que sólo dé brillo, tía, nada de color, ya sabes que soy muy especial para estas cosas”. Qué agradable sensación recibir el menudo cilindro dorado y blanco, palparlo en su redondez, levantar la tapa, sujetar con una mano el tubo interno y con la otra hacer girar la parte inferior del mecanismo y ver cómo emerge de las profundidades del pozo el increíble pastel marrón y plata.

Qué agradable sensación colocarse ante el espejo y pasar la fría y húmeda barrita por los labios y comprobar que era el tono deseado, el punto exacto de brillo, la tía ha acertado de pleno, no podía haber elegido mejor, era justo lo que quería. Qué agradable sensación meterlo en el bolso, entre la pitillera de Marrodán (qué habrá sido de él, por cierto), el mechero, el boli, la libreta de notas, la cartera con muchas fotos y no tanto dinero, el pañuelo, la funda de las gafas y “La casilla de los Morelli”. Qué agradable sensación abrir el bolso en clase de Biología para sacar un pitillo y adivinarlo allá en el fondo, tímido y pequeño, esperando su oportunidad para salir a la superficie y pasearse por tus labios dejándote ese sabor, ese recuerdo de hace tantos años, cuando salías con Miguel y usabas un indescriptible rosa nacarado de Pinaud y te ponías sombra verde en los párpados. Qué agradable sensación ir a aseo a retocarte el pelo y

sacarlo de su escondite y abrirlo a la luz y aplicártelo muy despacio, ya se sabe, con lo que fumas no te dura nada, ha de ser una lata. Qué agradable sensación enseñarlo y comentarlo, me gusta mucho, qué número es, me lo pienso comprar, 83 de Margaret Astor, ah, es precioso. Qué agradable sensación encender un pitillo y dejar una marca plateada en el borde del papel, beber una coca e imprimir la huella de tus labios en el borde del vaso, mira, aquí has bebido tú, está marcado. Qué agradable sensación besar a un niño y mancharle la mejilla suave y blanca y limpiársela con un pañuelo (como el vaso, claro), tú se la dejarías para que todo el mundo pudiera ver la huella del beso en su cara pero tal vez su mamá se enfade, las mamás a veces tienen cosas así. Qué agradable sensación sacarlo del bolso y dejarlo sobre la mesa, el cilindro dorado con la pequeña barra emergiendo de su interior y a su lado la tapa blanca con espi-

rales sobre fondo oro, como en todos los anuncios de barras de labios, y verlo y verlo y mirarlo y mirarlo, durante mucho rato, mientras consumes al mismo tiempo un cigarrillo y un cuarto de hora de esta noche, mientras estudias biología y escuchas a Dylan. Oh, sí, qué agradable sensación.



Los niños se van haciendo grandes y empiezan a mostrar sus habilidades. Su sobrino Marco, por ejemplo, dio la primera muestra de su talento a la tierna edad de diez meses, cuando rechazó olímpicamente el jamón de York que le ofrecía su madre y se tiró a morder un trozo de cecina que ella tenía en la mano. “¡Este chico es listísimo, diagnosticó el tío Miguel, que estudie lo que quiera!” Y sí, el chico ha salido listo. Con quince años pergeñó su propia versión del Génesis.

LA CREACIÓN

En el principio Dios creó el Bit y el Byte. Y de ellos creó la Palabra. Y había 2 Bytes en la Palabra; y nada más existía. Y Dios separó el

Uno del Cero: y vio que era bueno. Y Dios dijo: que se hagan los Datos; y así pasó. Y dijo Dios: dejemos los Datos en sus correspondientes sitios. Y creó los diskettes, los discos duros y los discos compactos. Y Dios dijo: que se hagan los ordenadores, así habrá un lugar donde poner los diskettes, los discos duros y los compactos. Así Dios creó los ordenadores, y los llamó hardware. Pero aún no había software. Pero Dios creó los programas; grandes y pequeños... Y les dijo: id y multiplicaos y llenad toda la memoria. Y Dios dijo: crearé el Programador, y el Programador creará nuevos programas y gobernará los ordenadores y los programas y los datos. Y dios creó al Programador; y lo puso en el Centro de Datos; y Dios le enseñó al Programador el Directorio y le dijo: puedes usar todos los volúmenes y subdirectorios, pero NO USES Windows. Y Dios dijo: no es bueno que el Programador esté solo. Cogió una costilla del cuer-

po del Programador y creó una criatura que miraría al Programador; y admiraría al Programador; y amaría las cosas que el Programador hiciese. Y Dios llamó a la criatura Usuario. Y el Programador y el Usuario fueron dejados en el desnudo DOS: y eso era bueno.

Pero Bill era más listo que todas las criaturas de Dios. Y Bill le dijo al Usuario: ¿Te dijo Dios realmente que no ejecutaras todos los Programas? Y el Usuario respondió: Dios dijo que podíamos usar cualquier programa y cualquier volumen de datos, pero nos dijo que no ejecutásemos Windows o moriríamos. Y Bill le dijo al Usuario: ¿Cómo puedes hablar de algo que no has probado? En el momento en que ejecutes Windows serás igual a Dios. Serás capaz de crear cualquier cosa que quieras con el simple toque del ratón.

Y el Usuario vio que los frutos de Windows eran más bonitos y fáciles de usar. Y el Usuario vio que todo conocimiento era inútil, ya

que Windows podía reemplazarlo.

Así el Usuario instaló Windows en su ordenador; y le dijo al Programador que era bueno. Y el Programador inmediatamente empezó a buscar nuevos controladores. Y Dios le preguntó: ¿Qué buscas? Y el programador respondió: Estoy buscando nuevos controladores porque no puedo encontrarlos en el DOS. Y Dios dijo: ¿Quién te dijo que necesitabas nuevos controladores? ¿Acaso ejecutaste Windows? Y el Programador dijo: fue Bill quien nos lo dijo...

Y Dios le dijo a Bill: Por lo que hiciste serás odiado por todas las criaturas. Y el Usuario siempre estará descontento contigo. Y siempre venderás Windows. Y Dios le dijo al Usuario: por lo que hiciste, el Windows te decepcionará y se comerá todos tus recursos; y tendrás que usar malos programas; y siempre permanecerás bajo la ayuda del Programador.

Y Dios le dijo al Programador: Por haber escuchado al Usuario nunca serás feliz. Todos tus programas tendrán errores y tendrás que corregirlo y corregirlos hasta el final de los tiempos... y Dios echó a todos del Centro de Datos y bloqueó la puerta con una clave de acceso.

Moraleja: para que aprendas a hacer caso...



El juego de las palabras fue idea de su amigo B.C.G. Consistía básicamente en aprovechar las ocasiones en que se encontraban casualmente por los pasillos (aún no hemos dicho que B.C.G. es, además de amigo, compañero de trabajo) para decir una palabra cuyo significado el otro tenía que conocer o adivinar. Así, por ejemplo, B.C.G. le espetó en la primera ocasión “fajor” y ella se puso de muy mal humor porque no tenía ni idea de lo que es un fajor y porque es mala perdedora. La gracia del juego no era, por supuesto, buscar en el diccionario palabras más o menos inusuales, aprenderse el significado de memoria y soltárselas al contrario cuando llegara el turno. No. La gracia era saber esas palabras, conocerlas de antemano. De entrada le pareció que B.C.G. jugaba con ventaja, porque procede de una familia de origen salmantino y Salamanca, en cuestión de vocabulario, es un

auténtico filón. Pero... ella había disfrutado una infancia pueblerina (botijera para más señas)... Palencia no tiene nada que envidiar a Salamanca en cuestiones de léxico... Y también podía recurrir a la porción valenciana de su infancia... Rápidamente ordenó a su cerebro que revolviera en los archivos de la memoria y buscara palabras olvidadas. Mientras tanto, ella se puso a pensar en otras cosas. Los resultados no se hicieron esperar. Poco a poco, empezó a recordar palabras que había usado o había escuchado en tiempos que se le antojaban remotos. Hay que decir que no sólo su infancia fue la fuente de la que se nutrió este particular vocabulario. Muchos familiares, amigos, conocidos y clientes contribuyeron, involuntaria y anónimamente, a ampliarlo, sin olvidar a la tata Benita que, por ser de Salamanca, le proporcionó varias armas con las que enfrentarse a su fiero contrincante.

Ella o cualquiera de sus compañeras de juego: “Mamá, ¿nos alcanzas la pelota, que se ha embocado en el canalón?”

Embocar: Entrar por una parte estrecha. // En los antiguos juegos de trucos, argolla, sortija, etc. , meter la bola por las troneras o por el aro.

Su madre, al pillarla corriendo sin ropa tras escaparse del baño: “Pero hija, ¿dónde vas así, corita? ¿No ves que vas a pillar frío?”

Corito/a: desnudo, en cueros.

Cualquier persona mayor del pueblo: “Tened cuidado no os vaya a amochar la vaca”.

Amochar: mochar, dar golpes con la mocha o cabeza.

La señora Carmen, la madre de Mari, de Pili y de Javier: “Toma, límpialo con la rodea”.

Rodea: paño de cocina.

La señora Carmen también: “Ponte el mandil no vayas a mancharte”

Mandil: prenda atada a la cintura para cubrir la falda, delantal.

Su abuela, cuando ella la estorbaba en sus quehaceres: “¡Deja de revolver, manifesera!”

Manifecero: revoltoso, que se mete en todo.

La hermana de su amiga Pili: “Tráeme la herrada, por favor”.

Herrada: cubo de madera con grandes aros de madera o latón.

Victoria, la madre de su amiga Luchy: “Bebe despacio, que te vas a añusgar”.

Añusgar: atragantarse, estrecharse el tragadero como si se le hubiera hecho un nudo.

Un vecino: “Ya sabes que me pongo muy malo cuando salgo al campo... son esas dichas mielgas”.

Mielga: planta herbácea anual (...) abunda en los sembrados.

Otro vecino: “El ojo lo tengo bien, pero veo muchas morceñas”.

Morceña: morcella, chispa que salta del pábilo de una luz.

Una vecina, al ver a sus hijas, que son muy parecidas: “¿Y estas niñas tan guapas... son mielgas?”

Mielgo: melquizo, mellizo.

Carmen, la madre de su amiga Belén, cuando las pilló acabando con el chocolate: “Como si-gáis comiendo os va a dar un torozón”.

Torozón: cólico de las caballerías que les produce dolores espas-módicos.

Paquita, la vecina de arriba: “Recoge la ceniza con el badil”.

Badil: paleta de hierro o de otro metal que se usa para mover y recoger la lumbre en las chimeneas y braseros.

Su hija Marta, llorando amargamente: “¡Mamá, mamá... me he machado los dedos con la puerta!”

Machar: golpear una cosa con intención de quebrantarla.

Su hija Carmen, al salir de casa: “Mamá, ¿no candas?”

Candar: cerrar con cerrojo o candado.

La tata Benita, después de que las niñas pasaran la varicela: “No puedo ni peinarlas, tienen la cabeza llena de cachapas”.

Cachapa: pústula, postilla.

La tata Benita, al ver el cuarto de las niñas lleno de trastos: “Ya tenéis la habitación llena de zaleos”.

Zaleo: tela vieja destrozada.

La tía Maru, a mediodía: “Tengo un hambre que me comería a mi padre por un garrón”.

Garrón: extremo de la pata del conejo, de la res y otros animales, por donde se cuelgan después de muertos.

Su cuñado Alberto, abrazando a su sobrino Nacho: “Ven aquí, gurriato”.

Su padre, cuando le dijo que había descubierto la palabra “gurriato”: “En Aviación, a

los novatos nos llamaban gurripatos”.

Gurriato: gurripato, cría del gorrión.

Un chaval del pueblo, confidencialmente:
“Mi padre cazó una raposa”.

Raposo: zorro.

Ella, o cualquiera de sus amigas de infancia:
“Estoy enfadada contigo y ya no te ajunto”.

Ajuntar: juntar, (...) acompañarse, andar con uno.

La señora de limpieza, con candorosa franqueza: “Usted no aparenta la edad que tiene. Ya sabe: burro pequeño siempre es buche”.

Buche: burro recién nacido y mientras mama.

Su madre, a finales de otoño: “Habrá que empezar a enrojar”.

Enrojar: calentar al horno. (En Dueñas: encender la gloria).

Un compañero, al ver el desayuno que se estaba preparando otro compañero: “¿Ese cangilón te vas a tomar?”

Cangilón: vasija de barro o metal que sirve para sacar agua de los pozos, atada con otras a una maroma doble que descansa sobre la rueda de la noria.

Su compañera Melita, refiriéndose a una planta que tardaba en florecer: “Esta pobre... ni crece ni bollece...”

Bollecer: meter bulla o ruido, alborotarse.

Su madre: “Vamos a comprar un pozal, una pala y un rastrillo para que juegues en la playa”.

Pozal: Cubo o zaque con que se saca el agua del pozo.

Su madre: “No tires eso por el fregadero que se embozará”.

Embozar: obstruir un conducto.

Ella y sus amigas: “Estuvimos cogiendo muelas...”

Muela: almorta, guija, tito; planta anual (...) de legumbre curva (...) con cuatro simientes de forma de muela.

Varias personas en varias ocasiones, sobre todo después de un trabajo duro y pesado: “Estoy descuajeringado”.

Descuajaringar: relajarse las partes del cuerpo por efecto del cansancio.

Una amiga, después de comerse un melocotón sin pelar: “A los cinco minutos ya me estaba lampando la lengua”.

Lampar: afectar la boca con una sensación de ardor o picor, alampar.



No recuerda exactamente cuándo comenzó la costumbre. El caso es que, desde hace varios años, ella y sus cuatro hermanos comparten la lotería de Navidad. Un décimo del número al que más juegan se destina al reparto entre los hermanos. En tiempos remotos la notificación del número que cada uno repartía se hacía por llamada telefónica o por visita personal, café con pastas incluido. Era lógico que en la era del móvil las cosas fueran de otra manera. Estos son los mensajes que recibió a lo largo de la mañana del 18 de diciembre y que se apresuró a guardar en un soporte menos endeble que la tarjeta SIM.

Cachimovil: Juegas 4 euros al número 52046, es de los bomberos.

Agarmovil: Hola, ninias y ninio. Jugais 4 € al número 39143, recién

llegado de Valencia. Que lo sepais.

Anamovil: Pues por mis partes jugais cuatro ebros al 65203

Robermovil: Pues vosotras anién jugais lo q sea a un numero q no recuerdo xq esta nosedonde y yo no estoy alli, o sea. (Creo q acaba en 9)



A partir del canal de Les Luthiers sus actividades internáuticas se diversificaron bastante, lo que le proporcionó nuevas experiencias y gratificantes encuentros. Ya dijo el poeta “En Internet, uno encuentra lo que busca” y ella encontró buenas gentes y buenos amigos. De uno de esos encuentros surgió la petición que le hizo Eloy: un relato para su revista literaria. En principio pensó en echar mano de cualquiera de las cosas que tenía guardadas en esta caja, incluso llegó a enviarle la que, en solitario, había llamado “Drunka”. Pero Eloy pidió más, sin duda para tener dónde elegir, y su petición la puso en el apuro de tener que escribir un nuevo relato. Huérfana de ideas, le contó sus cuitas a Hans. “Eloy me ha pedido un relato y no sé por dónde empezar”, le escribió. Hans le contestó con un milio inteligente, ágil y divertido, como todos los suyos, en el que hablaba de asuntos di-

versos. Al final encontró, como dejada caer, una postdata: “Empieza por un cuadro en una pared”. Le hizo caso. El resultado la dejó muy satisfecha sobre todo porque el relato, amén de gustarle a ella, también le había gustado a Hans y Hans (que, además del punto de partida, había aportado su consejo especializado en temas jurídicos) se merecía un buen cuento. (Bueno, en realidad se merecía el mejor de los cuentos, pero se tuvo que conformar con éste. Qué le vamos a hacer).

RETRATO

Entró en el despacho, cerró la puerta y dejó que su mirada resbalara por los muebles oscuros, por las paredes pintadas de suave color amarillo, por el aire casi líquido que llena-

ba la habitación. Respiró hondo y avanzó hacia la mesa despacio, si hacer ruido, como si temiera ser escuchado, como si estuviera haciendo algo prohibido. Miró el sillón vacío junto a la pared y se sentó frente a él. Qué va a pasar ahora, papá, alcanzó a pensar.

Levantó la vista hasta el cuadro colgado en la pared. Era un cuadro grande y luminoso, enmarcado en una madera de talla exquisita, flanqueado por dos librerías repletas de Aranzadis. Durante veinticinco años, todos los clientes de la notaría, que en aquel despacho habían firmado sus testamentos o las escrituras de sus casas, habían podido contemplarlo. Y la mujer retratada en él los había contemplado a ellos mientras guardaba, celosa, la espalda de su padre.

Recordaba perfectamente la época en la que el cuadro empezó a pintarse. Él tenía dieciséis años, el artista acudía a la casa todas las tardes a las cinco y pintaba hasta las seis y

media, justo cuando él volvía del colegio. En varias ocasiones se encontró con él en la puerta, acompañado por Virginia, que salía a despedirle sin recogerse el pelo, sin quitarse aquel vestido, que parecía de nácar con el que estaba posando para él. La primera vez que la vio así, con aquel vestido y con el pelo suelto cayéndole sobre los hombros se quedó mirándola fijamente, fascinado. Qué pasa, Fernando, preguntó ella después de darle el beso de rigor, por qué me miras así. Nada, balbuceó él, que me recuerdas a alguien. A quién, si puede saberse. Bueno, no es a una persona... es a un cuadro. Su melena de rizos rubios y su piel clara le habían recordado a la Venus de Botticelli, pero no se atrevió a decirlo.

El cuadro para el que Virginia posaba era el regalo de su padre en el primer aniversario de boda.

No guardaba demasiados recuerdos de su madre. Había muerto cuando él tenía apenas diez años después de pasar casi cuatro entre la cama del hospital y la de su dormitorio. Para él su madre había sido, sobre todo, alguien a quien no había que molestar. Cuando necesitaba mimos o consuelo acudía a la abuela Esperanza o a la tata Felisa. Por eso, quizá, no llegó a echarla de menos cuando murió. Por eso, quizá, no dijo nada cuando su padre le anunció que estaba pensando casarse otra vez. Era lógico que su padre buscara a alguien que le mimara y le consolara, era muy mayor para ir a refugiarse en el regazo generoso de la tata Felisa.

Lo que más le gustó de Virginia fue que nunca pretendió ser su madre. Le trataba como lo que era, un adolescente trece años menor que ella. En algunas cosas, desde luego, se entendía mejor con ella que con su padre. Tenía una forma de escucharle que le gustaba,

interesada y atenta, como si realmente le importara lo que le estaba contando, y luego siempre tenía para él una palabra de aliento, un consejo, una sugerencia. La primera vez que tuvo una cita seria con una chica, Virginia aprovechó el beso de despedida para deslizar dos preservativos en el bolsillo de su chaqueta.

Y su padre era feliz. Se le notaba. Feliz con su mujer y feliz con su hijo, que había acabado la carrera y empezaba a preparar oposiciones. Curiosamente, la idea de pasar dos años encerrado en casa, estudiando doce horas al día, no le había angustiado tanto como a los compañeros de carrera que habían tomado la misma decisión.

Por aquel entonces tenía una medio novia, Paula, que al principio llevó bastante bien lo de verle sólo los domingos por la tarde. Pero Paula se cansó pronto de aquella relación que, más que un noviazgo, parecía un casti-

go. Él tampoco hizo nada por retenerla a su lado. Se encerró en casa y siguió estudiando. Virginia se preocupaba por él. Si estaba en casa no le dejaba estudiar más de cuatro horas seguidas, le sacaba de la habitación con cualquier excusa y le obligaba a distraerse un rato. A veces le llevaba la merienda y, mientras él se tomaba el café o la fruta, le hablaba de cualquier cosa, del último disco que había comprado o del libro que estaba leyendo.

Aprobó las oposiciones a la primera, por supuesto. Para celebrarlo, su padre los llevó a cenar al mejor restaurante de la ciudad, no todos los días ingresa un Abogado del Estado en la familia. Debía de estar muy orgulloso, porque pidió Vega Sicilia sin consultar a nadie. De regreso a casa se acostó enseguida pero Virginia y él se quedaron tomando la última copa.

—Dios mío —dijo cuando su whisky iba por la mitad—, no voy a saber qué hacer con to-

do tiempo libre que tendré a partir de ahora...

—¿Qué tal si lo aprovechas para buscar novia? —sugirió Virginia con una sonrisa.

¿Una novia? No se le había ocurrido. Era feliz tal como estaba, no echaba de menos a nadie. Miró a Virginia que estaba sentada frente a él y sacudía ligeramente la cabeza después de haberse quitado el prendedor que le sujetaba el pelo. Levantó la vista hacia él sonriendo otra vez y él no pudo evitar que la mirada se le fuera hacia sus ojos oscuros, hacia su boca, hacia el escote marcado por la seda negra del vestido. Y, por primera vez en doce años, la vio. Vio a Virginia tal como era: una hermosa mujer de cuarenta años y largas piernas. Un escalofrío sacudió sus músculos y le apretó la garganta. Y comprendió que no iba a dedicarse a buscar novia, que no necesitaría buscar a nadie mientras Virginia estuviera en casa.

Aquella noche le costó dormirse. En realidad, no volvió a dormir bien, pero nadie lo supo. Nadie supo nada en trece años. En trece años, sólo la contemplación absorta y furtiva de aquel cuadro había aliviado su dolor.

Durante mucho tiempo su padre protestó porque no se esforzaba en hacerle abuelo, al fin y al cabo, era la sucesión lógica: primero la carrera, luego las oposiciones y, finalmente, formar una familia con la mujer adecuada. Pero él siempre decía que no tenía prisa. Además, la tata Felisa y la abuela Esperanza habían muerto y Virginia decía, medio en broma, que si Fernando se iba de casa ellos se quedarían muy solos. Su padre se olvidó definitivamente del asunto cuando cayó enfermo.

Virginia le había cuidado como a un niño pequeño, casi no se había separado de él en los últimos tres años. Sólo la había visto flaquear un par de veces, en los momentos más duros de la quimioterapia. ¿Y si dejaras que alguien

te ayude a cuidarle?, se atrevió a sugerirle. No, Fernando, había contestado Virginia, se lo debo.

Había anochecido ya. Levantó la vista hacia el cuadro pero su luz estaba velada por las sombras de la noche, apenas se distinguía un pálido reflejo del vestido de nácar que ceñía el cuerpo joven de Virginia como el abrazo de un amante. Qué va a pasar ahora, papá, repitió en voz alta.

La puerta se abrió a su espalda y, casi inmediatamente, una luz tenue disolvió la penumbra y devolvió color y volumen a la habitación. Se levantó y se giró hacia la puerta. Estás aquí..., dijo Virginia mientras avanzaba hacia él. Había cambiado el vestido negro que había llevado al cementerio por una falda y una blusa y llevaba el pelo suelto. Sí, contestó casi sin voz, estoy aquí. ¿Mirabas el cuadro?, preguntó ella mientras sus ojos iban hacia la pared y regresaban a él. Ya sabes que me gus-

ta, contestó. Sí, lo sé, sonrió, siempre te ha gustado mucho mirar este cuadro.

Bajó los ojos avergonzado, como si Virginia hubiera descubierto su secreto, y trató de encontrar una fórmula que le permitiera marcharse con un mínimo de elegancia pero no se le ocurrió nada. Siempre te ha gustado mucho mirar este cuadro, repitió Virginia rodeándole el cuello con los brazos. Vaciló un instante antes de abrazarla también, antes de hundirse en el olor de su pelo y apretar su cintura, antes de borrar de los últimos veinticinco años de su vida todo lo que no hubiera sido ella. Qué va a pasar ahora, susurró buscándole los labios.



Hay otro cuento que escribió también a raíz de la petición de Eloy. El germen había sido un ensayo de “cuentos hiperbreves”, al estilo del ya célebre dinosaurio: “Ella siempre decía que sí porque nunca se sabe bajo qué apariencia puede ocultarse un Ángel”.

ELLA SIEMPRE DECÍA QUE SÍ

Ella siempre decía que sí porque había aprendido que nunca se sabe bajo qué apariencia puede esconderse un ángel y no quería que volviera a pasar lo que había ocurrido con Ezequiel, el herrero. Decía que sí a las miradas, a los movimientos, a los saludos, a los gestos... Decía que sí con una sonrisa, tímida

y breve, que pretendía ante todo mostrar su buena disposición ante la posible aparición de uno de ellos. Luego bajaba discretamente la cabeza para no dar lugar a malentendidos. No es que lo de los ángeles ocurriera muy a menudo pero, a veces, ocurría.

Le venía pasando desde pequeña. De hecho, su primer recuerdo databa de su infancia remota, de cuando aún dormía en la vieja cuna de madera oscura y barrotes torneados en cuya cabecera su madre solía colgar un pequeño ramo de espliego. Aquella noche no podía dormirse. Había dado vueltas de un lado a otro, se había puesto boca abajo, incluso había probado a taparse la cara con la sábana... y nada. Aburrida, hizo un último intento: ponerse boca arriba y meterse el dedo pulgar en la boca. Fue entonces cuando lo vio. Estaba de pie junto a la puerta y la miraba. Apenas podía distinguir su rostro, difuminado por la luz que enmarcaba su silueta. Se quedó mi-

rándolo, asombrada pero tranquila. Entonces él la saludó y ella, para corresponder a su saludo, se sacó el dedo de la boca y le sonrió. Y entonces él le dijo que no se preocupara, que era amigo. Y ella le dijo que ya lo sabía, que se había dado cuenta enseguida, en cuanto notó que su presencia era tan tranquilizadora como la de su madre. Él sonrió también y la luz que lo rodeaba se hizo más intensa. Buenas noches, dijo antes de disolverse en las sombras.

Unos años más tarde, cuando ya sabía hablar lo suficiente como para ponerles palabras a los recuerdos, se lo contó a su madre. Su madre la escuchó atentamente y luego le dijo que haber tenido un sueño tan bonito era, sin duda, una bendición del Señor.

No volvió a contarle nada. Ni siquiera cuando empezó a verlos por todas partes: en la fuente, en el aprisco donde al anochecer llegaban las ovejas, en el patio de la casa de sus

tíos, a la puerta de Samuel el carpintero... Podían surgir en cualquier parte y de cualquier manera. Unas veces parecían brotar de las paredes de adobe, como si manaran de sus hendiduras; otras se asomaban por detrás de las personas y parecía que salían de ellas; otras se dejaban ver en las copas de los árboles, velada su luz por las ramas y las hojas. Ellos siempre la saludaban y ella les sonreía. Casi nunca hablaban pero, al desaparecer, dejaban siempre tras de sí una dulce sensación de sosiego.

Por eso la sorprendió mucho lo que ocurrió con Ezequiel, el herrero. Ella le tenía miedo desde pequeña porque Ezequiel era alto y fuerte, llevaba una cinta de cuero ceñida en la frente para enjugar el sudor y siempre tenía las manos y la cara tiznadas de negro. Caminaba con la fuerza de un gigante y, cuando levantaba el martillo para golpear el hierro que acababa de sacar de la fragua, su rostro se

fruncía con una expresión casi siniestra, la misma expresión que seguro tenían los sacerdotes idólatras de las leyendas que le contaba su madre.

Una tarde, ella pasaba frente a la herrería camino de la fuente. El sol estaba alto y dejaba caer sobre la tierra una calor que multiplicaba el peso del cántaro que llevaba sobre la cabeza. Quizá por eso, por el calor aplastante que asustaba a las lagartijas y empequeñecía las sombras, en la fragua no había más que brasas y el martillo descansaba en silencio junto al yunque. Ezequiel no estaba trabajando. Lo buscó con la mirada y lo encontró en un oscuro rincón de la herrería, sentado en un viejo taburete, los hombros hundidos, la cabeza gacha entre las manos. Se detuvo atraída por la imagen que ofrecía aquel hombre, tan distinta a la que ella estaba acostumbrada a ver, y lo miró unos instantes. Y entonces lo vio aparecer. Como mana el agua de la fuente, la

luz surgió del cuerpo encogido del herrero y se elevó sobre él poco a poco. ¿Qué ocurre?, le preguntó al ver su sorpresa. Ella nunca imaginó que ellos pudieran acompañar a alguien como Ezequiel, a alguien que podría prestar su rostro a la peor de sus pesadillas. El ángel siguió preguntando: ¿Tienes idea de lo que hay detrás del rostro de este hombre? Y entonces ella recordó lo que contaban su madre y otras mujeres del pueblo: que la esposa del herrero había muerto en el parto y que el niño que había nacido había muerto también poco después.

Aquella tarde supo que los ángeles pueden estar en cualquier parte y, a partir de entonces, no descartó esa posibilidad en nada ni en nadie.

Nunca dejó de verlos del todo aunque, conforme se hacía mayor, eran cada vez menos las ocasiones en que los encontraba. Un día, muchos años después de que viera al primero

a los pies de su cuna, se dio cuenta de que era ya una mujer. La primavera estaba a punto de empezar y hacía por lo menos un año que no veía a ninguno de ellos. Entró en la casa y se dirigió al rincón de la cocina donde descansaba el cántaro lleno de agua fresca. Alcanzó una taza y, cuando ya la tenía casi llena, la sorprendió un soplo de aire cálido a sus espaldas. Después de tanto tiempo de tratar con los ángeles ya conocía sus signos. Dejó el cántaro y la taza en el suelo y se volvió despacio para verle.

Allí, suspendido sobre el fogón, envuelto en su aureola de luz blanca, estaba el más brillante, el más dulce, el más hermoso de todos ellos. Ella le sonrió y, por primera vez, él le habló con palabras que podían escucharse.

—Dios te salve, María —dijo.



Su amiga Coliflor (“coliflor” es un nick, naturalmente, es decir, un seudónimo. En este caso, es el nick de una linda jovencita, alegre a pesar de todo, inteligente y luchadora) proclamó a los cuatro vientos que era su cumpleaños y le envió sus felicitaciones y sus tirones de orejas. “Nosécuántos”, para ser exactos. Y al día siguiente su amigo Bosmy (otro nick, claro, el de Carlos, el poeta de la luz, el cazador de crepúsculos) la obsequió con uno de los regalos más bonitos de su vida. (Aclaración: aunque el nick que ella usaba era Vichoff, Bosmy siempre la llamaba, vayan ustedes a saber por qué, “vicho dulce”).

Cuando los primeros rayos de sol cayeron sobre su cuerpo se resistió, pero cuando empezaron a quemarle las patitas no tuvo más remedio que levantarse. Apartó a un lado la

hoja de margarita que le había servido de sábana y se incorporó para contemplar cómo había amanecido el mundo.

Se frotó los ojos y se estiró, pero algo no estaba bien... o algo estaba bien pero ella no sabía situarlo. Quiso recostarse contra el tallo de la flor pero no pudo. Sorprendida, se tanteó con cuidado la espalda: dos bonitas alas surgían de ella. Se rascó la cabeza un momento, pensando en qué podía haber pasado hasta dar con la respuesta: ¡claro! ¡era su cumpleaños!

Hizo un par de pruebas antes de decidirse a saltar de la hoja. Cuando lo hizo, comprobó que volar era un poco difícil, al menos al principio. Pronto sus evoluciones se estrellaron contra una caléndula, donde aprovechó para desayunar. Con la tripa llena, se lanzó a perfeccionar sus recién estrenadas habilidades aéreas en un baile entre las flores del campo.

Emitió unos cuantos cri-cris para avisar a sus

amigos de tan señalada fecha e invitarles a una merienda en su prado. Escuchó unos cricris afirmativos, unos cro-cros afirmativos... y un croac-croac de una rana que la observaba desde el suelo con sus ojos saltones.

Todos los insectos con los que se cruzaba la miraban; algunos con clara desaprobación por sus piruetas y su falta de práctica, otros con francas sonrisas al ver su alegría... y unos pocos con comprensible apetito al ver tan dulce bocado. Cuando por fin empezó a controlar su vuelo y sus giros y picados fueron más voluntarios que resultado de la casualidad, se dirigió a vuelo firme hacia su prado favorito.

El prado parecía una onda de sonido verde. Por alguna razón que se le escapaba, siempre que iba a ese prado pensaba en términos auditivos: le gustaba perderse en el sonido de los tallos de hierba al mecerse con el viento. Divisó una azucena de aspecto gastronómico

y se posó sobre ella. "Aunque no sea la hora de cenar, creo que comeré aquí", se dijo con una sonrisa.

Pronto llegaron sus amigos: unos volaron con gracia hasta la azucena, otros treparon con dignidad por su tallo y uno se arrastró como buenamente pudo hasta reunirse con ellos. La felicitaron de corazón y le comentaron lo bien que le sentaban las alas y pronto estaban todos entregados al sano ejercicio de mover las mandíbulas.

Durante el sobrepistilo, uno de sus amigos le comentó algo que le llamó mucho la atención. Le habló de una gigantesca flor que crecía en un prado, bastante lejos y su descripción fue lo bastante intrigante como para que decidiera echar un vistazo. Con un revuelo de besos, se lanzó al aire y se dirigió hacia el susodicho prado.

Pasó casi toda la tarde volando... esperaba que mereciera la pena el esfuerzo que estaba

haciendo. También esperaba, por supuesto, que la flor en cuestión fuera tan grande como le habían contado... o más: la verdad es que se le estaba despertando un apetito voraz con el ejercicio.

Cuando finalmente llegó al prado, tuvo que admitir que el viaje no había sido en vano: el sonido de la hierba era embriagador y había muchas flores de distintos colores. Aquí una roja, allá una azul, un poco más allá una amarilla... no sabía por cuál empezar. Pero su indecisión duró muy poco.

En medio del prado, un poco aislada del resto de las flores por un círculo de hierba, había una flor verdaderamente gigantesca: nunca había visto nada igual. Salió zumbando (de alegría) hacia ella y pronto la sobrevolaba. No tuvo problemas para aflorizar... ¡qué grandísima era! La recorrió de arriba a abajo y de un lado al otro, no sabía por dónde empezar. Volvió a rascarse la cabecita: la verdad es

que no lo sabía, no había encontrado nada parecido a unos estambres, un pistilo... ¡ni siquiera un cáliz! Entonces escuchó una voz:

—¿Quién eres y qué estás haciendo?

—Soy Vicho, ¿quién eres tú y dónde estás?

—Yo soy Coliflor, y estoy debajo de ti: llevas un rato haciéndome cosquillas con las patitas.

Se quedó muy sorprendida: no sabía que las flores pudieran hablar. Tras el correspondiente rascado de cabeza, preguntó:

—¿Cómo sabes hablar? Las flores no hablan —añadió no demasiado convencida.

—Claro que hablamos, ¿por quién o qué nos tomas? —Coliflor sonaba indignada—. Lo que ocurre es que solemos hablar sobre todo entre nosotras.

—¿Y de qué habláis?

—De muchas cosas: de lo húmeda que está la tierra, de lo fresco que está el rocío por la

mañana, de lo bueno que sabe un trago de sol después de una noche fría, de los bichos que nos hacen cosquillas, de los que nos comen... ¿Tú no comerás flores, verdad?

—No —respondió Vicho—, eso suelen ser los gusanos. Yo soy dulce y me alimento de cosas dulces como yo.

—Ah, vale. Yo también soy dulce, aunque espero que no intentes comerme.

—No puedo —explicó Vicho—: no tienes pistilos ni estambres ni nada parecido. Además, creo que prefiero charlar un rato contigo y ya comeré más tarde.

Entonces le explicó que era su cumpleaños y que estrenaba un bonito par de alas. Coliflor la felicitó y le deseó que cumpliera muchos años más y así pasó la tarde hasta que el sol se empezó a ocultar detrás de las montañas.

—Me gustan los crepúsculos —explicó Vicho—, pero también me dan un poco de pe-

na. Se apaga el sol y hay menos luz.

—A mí también me gustan —contestó Coliflor—, y de noche también hay luces. Sale la luna y las estrellas llenan de puntos el cielo y te puedes entretener contándolas.

—Sí, pero... al final la luz se va.

—No estés tan segura, Vicho.

Con un suspiro y la promesa de volver, Vicho emprendió el vuelo. Aterrizó junto a un riachuelo para beber un poco: toda la tarde charlando con Coliflor le había dejado la boca seca y cuando se asomó a las aguas descubrió una nueva luz... Vicho brillaba.





En uno de los poemas “Heterodoxos” hablaba de fotos que eran poemas o de poemas que eran músicas o algo por el estilo, ¿no? Pues... lo que son las cosas: muchos años más tarde, una foto de la Red la ayudó convertir en palabras algo que estaba escondido (en ese cajón, también de sastre, donde van a parar los recuerdos) desde que tenía memoria de sí misma. Cuarenta años después... el exorcismo funcionó de nuevo.

GLASS TUNNEL

En el dormitorio de mis padres había un armario de cuatro cuerpos, con puertas combas y patas torneadas, coronado por una florida talla de madera igual a la del cabecero de la cama, la del espejo de la cómoda y la del respaldo de los sillones. El armario de mis padres era terreno prohibido pues en él se guardaban, aparte de la ropa, algunas joyas y documentos que pertenecían al pasado de la familia, pedazos de un ayer que me estaban absolutamente vedados. Las dos puertas centrales del armario, que se abrían, como todas las puertas dobles, una hacia la derecha y otra hacia la izquierda, tenían en su cara interna espejos.

Quizá el amor a los espejos, a esa otra realidad que nos descubren y que se nos oculta

cuando miramos sólo de frente, me haya sido cedido por mi tío Emilio, fotógrafo aficionado que me retrató varias veces en complicidad con ellos. Me recuerdo de pie sobre una silla, primorosamente vestida con mi traje de fallera y primorosamente peinada en una peluquería en la que se hablaba de Doña Concha Piquer, asomada al espejo que coronaba el aparador de su comedor y en el que se reflejaban las luces de la lámpara del techo y la vitrina que estaba a mis espaldas. Gracias a ese ardid, los moños, las peinetas y los alfileres de mi peinado y los lazos que adornaban la parte posterior de mi vestido, se apreciaban con todo detalle en la foto. Y me recuerdo también acucillada en suelo, mirando hacia arriba, hacia el objetivo de la cámara, meciedo la cuna de color rosa en la que dormía mi muñeco favorito. El vuelo de una falda escocesa me tapaba las piernas y el espejo de otro armario (esta vez exterior, esta vez en casa

de mis abuelos) reflejaba mi espalda y los pies de la cuna.

No recuerdo la primera vez que me asomé a ellos, la primera vez que los puse frente a frente y pude ver mi cara, mis trenzas, la raya que en la parte posterior de mi cabeza dividía el pelo en dos mitades exactas, multiplicadas hasta casi el infinito. Seguro que fue por casualidad, seguro que fue en la primera incursión furtiva que hice al interior del armario una tarde en que sus puertas estaban abiertas de par en par porque mi madre estaba guardando la ropa recién planchada. Pero recuerdo el asombro que me produjo el hecho de que una superficie lisa pudiera ocultar en su interior un túnel que llevaba más allá del horizonte previsible. Las últimas imágenes se emborronaban en la distancia y yo pretendía inútilmente, afilando la mirada, forzando el enfoque, distinguir sus contornos. Siempre me preguntaba: “¿qué habrá más allá?” Y me

hubiera gustado dar el paso que atravesaba el umbral de las imágenes sucesivas, idénticas, y recorrerlas una a una, entrando a cada paso en un nuevo espejo y, por tanto, en otro dormitorio de mis padres por cuya puerta se saldría, lógicamente, a otra casa que, inevitablemente, estaría en otro pueblo, en otro mundo, en otra realidad que, sin duda alguna, era diferente y, de vez en cuando, mirar hacia atrás para ver lo que sucedía en la otra mitad del túnel, la que partía hacia el infinito en dirección opuesta.

Creo que nunca hablé con nadie de mi hallazgo. Mi hermana era muy pequeña, mi madre ni me hubiera escuchado y a mi padre, hombre técnico, no podía irle con semejantes tonterías. Pero todavía hoy, después de tantos años, cuando voy a casa de mis padres, no puedo resistir la tentación y busco una excusa para ir al dormitorio, abro las puertas del armario en ángulo recto y me asomo a uno de

sus espejos. Y me miro y me veo, una vez más, multiplicada de frente y de espaldas, prolongada indefinidamente en el hueco de esos túneles de cristal que no sé a dónde llevan.

Aún ahora, después de tantos años, me pregunto qué estoy buscando en ellos.



Lo que sigue es el resultado de una propuesta de Sapristi, su querido sevillano, escritor de maravillosos relatos y de folletines al estilo decimonónico, con el que la une, además de un cariño incondicional, el hecho de compartir más de una adicción. Para no destrozar del todo la posible sorpresa, sólo diremos el título de la propuesta de Sap: “Lo que dicen los libros”.

Lo nuestro empezó hace veintidós años pero (permítaseme la frase) lo recuerdo como si fuera ayer.

Estaba junto al resto de mis compañeros, impecable, perfectamente colocado, bajo la mirada siempre atenta, aunque un poco despegada, de la señorita Maribel. Maribel ya no cumplía los cincuenta pero nosotros siempre nos referíamos a ella de ese modo: la señorita Maribel. Su envaramiento, su seriedad, su

moño, nos recordaban a la señorita Rottenmeyer.

Era una tarde de otoño, nublada y oscura. Aún puedo ver el brillo de aquella luz grisácea a través de los cristales. Una tarde fastidiosa, aburrida. La tarde fastidiosa y aburrida de un día en el que lo más apasionante que había ocurrido había sido la visita de un grupo de estudiantes de Filología inglesa. Ignoraba la suerte que habían corrido otros compañeros pero maldecía la mía. De entre todos los destinos posibles me había tocado la ciudad más seria, la más insustancial, la menos estimulante de todas. ¡Qué monotonía en sus rutinas, qué apatía en sus gentes!. Seguro que un pueblo perdido en la montaña me hubiera proporcionado emociones más fuertes. Allí me consumía el aburrimiento más atroz. Lo único que conseguía romper mi hastío era la visita periódica del profesor Urbina, Catedrático de Estética de la Facultad de Filosofía. Un

hombre de pelo largo y cano, desgarrado, siempre vestido con un jersey dos tallas más grande que la suya y siempre despeinado, pero que tenía la mirada más inteligente que he visto nunca. Pero el profesor Urbina no solía entretenerse con nosotros. Iba derecho a la sección de especialidades.

Faltaban unos minutos para las cinco cuando ella entró. La vi de lejos. Era joven, rubia y tenía un gesto serio, casi altivo, que no me gustó demasiado. Su atuendo, por otra parte, era el típico de las jóvenes modernas de la ciudad: pantalón vaquero, blusa blanca, jersey de lana, chaqueta de tweed o cazadora... Era espantoso, parecía que iban de uniforme. “Otra como todas”, pensé, “otra cabeza tonta en busca de distracción fácil”. Pero avanzó derecha hacia nosotros y, cuando nos miró, aquel gesto severo, distante, tan típico de los lugareños, desapareció arrastrado por una sonrisa. Era la sonrisa discreta, tímida, del que

sonríe para sí mismo cuando sabe que nadie le mira. Me gustó su sonrisa, lo confieso. No me dejó ganar fácilmente a los gestos ajenos pero aquella sonrisa... podríamos decir que dijo a su favor más de lo que habían dicho en contra su porte y su aspecto. También me gustó su mirada cuando la paseó sobre nosotros, uno a uno. Parecía realmente interesada, parecía querer adivinar lo que se escondía detrás de nuestra presencia impecable. Hube de reconocer que aquella chica era lo mejor que había pasado por allí en muchos días y, dado que no había muchas probabilidades de que mi vida discurriera fuera de aquella ciudad inhóspita, pensé que, dentro de lo malo, no me importaría que me escogiera.

Me estiré discretamente tratando de llamar su atención y esperé su mirada sobre mí. Pero, con gran sorpresa por mi parte, su mirada no llegó ni a rozarme. Directamente, alargó el brazo y me sacó de la fila. Tal vez yo había

conseguido mi propósito de destacarme entre mis compañeros o tal vez ella ya había oído hablar de mí y venía a buscarme. No lo sé. Pero recuerdo que cuando sentí el tacto de sus manos sobre mi piel noté un escalofrío a lo largo del lomo. Detesto estas señales de debilidad pero, por una vez, cedí, me abandoné a sus manos procurando que no se me notara demasiado. Sus dedos me tocaban con delicadeza, me recorrían, me exploraban... qué frágiles somos cuando el hastío ha hecho mella en nosotros. Qué fácil resulta hacernos sucumbir. Al poco tiempo abandoné todo intento de resistencia y decidí que quería irme con ella. Con un poco de suerte, aquella chica de pantalón vaquero y camisa blanca podría ser para mí el Dueño con el que todos soñamos.

Nosotros sólo podemos conquistar de una forma: dándonos a conocer. De modo que aproveché que me sujetaba suavemente con

las dos manos para hacer un esfuerzo y abrirme por la página 15. Estaba seguro de que si conseguía que leyera algo, aunque sólo fueran unas líneas, mis oportunidades aumentarían. No me equivoqué. Con la frase “La posesión de algo nuevo o caro sólo reflejaba la falta de teología y de geometría de una persona. Podría proyectar incluso dudas sobre el alma misma del sujeto” una sonrisa grande, sin disimulos, le llenó la cara y cuando llegó al final de la página, a “Era un atuendo aceptable, según todas las normas teológicas y geométricas, aunque resultase algo abstruso, y sugería una rica vida interior” casi se le escapa la carcajada. En aquel momento supe que había ganado, que se quedaba conmigo. Si ningún avatar lo evitaba, pasaría junto a ella el resto de mi vida. Me cerró con cuidado sin dejar de sonreír y se encaminó feliz a la caja. Me despedí de mis compañeros con una breve sonrisa y supe que me envidiaban.

Al salir a la calle me colocó en su brazo izquierdo y me estrechó contra su pecho. Al notar aquella presión sobre mis tapas la satisfacción que sentía por abandonar la tienda dejó paso a un miedo terrible y rogué al Destino que no me hubiera entregado a uno de esos dueños agobiantes, posesivos, que te colocan en su mesilla de noche, te hojean constantemente y no te dan ni un día de respiro. Soy de la opinión de que toda convivencia saludable necesita, como requisito imprescindible, una buena dosis de distanciamiento. Pero mi miedo duró poco. Es cierto que cuando llegamos a su casa le faltó tiempo para desenvolverse, llevarme a su rincón favorito y empezar a leerme, y que siguió leyéndome compulsivamente (robándole horas al sueño y al ocio; posponiendo tareas y compromisos) hasta que llegó al final, hasta que dejó a Ignatius instalado en el asiento de atrás del

Renault de Myrna Minkoff enfilando la US11. Pero me abandonó enseguida en lo alto de la librería y yo respiré aliviado. He de reconocer que aquellas horas de lectura resultaron sorprendentemente agradables y confesaré que llegué a sentirme feliz al notar su mirada en mis páginas y el roce de sus dedos en mi lomo. Cualquiera que me conozca sabe que no cedo ante el sentimentalismo pero, amigos, tampoco soy de piedra.

No necesité que acabara de leerme para saber que me había convertido en un “Tom Sawyer”. Por supuesto que el nombre cambia en cada persona pero, genéricamente, el “Tom Sawyer” es ese libro que convierte al hombre común en un individuo de la subespecie “homo lector”; el libro que descubre una felicidad tan intensa, tan completa, que quien la prueba se verá abocado a seguir buscándola en todas las páginas, en todos los libros, todos los días de su vida.

Yo no era el primero, por supuesto. Antes que yo habían llegado ya muchos “Tom Sawyer”: “Doña Bárbara”, “La Regenta”, “La historia de San Michele”, “Bomarzo”, “Dios sabe”, “Memorias de Adriano”... por nombrar sólo unos pocos. Me recibieron con una cortesía tras la que, sospecho, se ocultaba una cierta envidia: todo el mundo sabe que John hizo conmigo un gran trabajo.

Ingresar en tan selecto club (los clásicos son aparte) implica, como es fácil suponer, gozar del amor incondicional de la Dueña hasta que la muerte nos separe. No me importa un compromiso a tan largo plazo, a fin de cuentas es mi destino. Y ella no ha resultado la pesada empalagosa que temí al principio. Al contrario. Nos deja a nuestro aire. Cada cierto tiempo regresa a nosotros pero sin agobios, sin exigencias. Y empiezo a sospechar que la muy astuta nos trata a cada uno de forma diferente, tal como nos gusta ser tratados. Con-

migo, por ejemplo, se muestra afectuosa pero distante. Con “La historia de San Michele”, en cambio, se deshace en mimos.

Así llevamos veintidós años. Ella me quiere y yo, tal como le gusta decir a “Rayuela”, “llevo pegado en mis cubiertas el rastro de sus caricias y guardo entre mis hojas el calor de su mirada”. Un poco cursi pero lo dejaremos así.

La conjura de los necios



También en Internet (en la convocatoria de un premio de la Escuela de Escritores) encontró la idea a partir de la cual desarrolló un pequeño relato que podríamos calificar de... narcisista. (El nick/alias del protagonista le fue cedido amabilísimamente por Blanca_L).

No pude soportar a esa pandilla de ignorantes. En mi vida me había encontrado con un grupo de gente tan grosera, tan ordinaria y tan incapaz de apreciar el verdadero arte, sobre todo cuando alguien tiene la generosidad de ponérselo delante de las narices. He de reconocer que mi decepción fue mayor en la medida en que yo había puesto muchas esperanzas en este foro de Literatura. Cuando supe de su existencia pensé, ingenuo de mí, que podría ser un lugar en el que empezar a darme a conocer, un espacio en el que mi creati-

vidad y mi talento fueran reconocidos puesto que, al menos de entrada, me mediría, no voy a decir que con mis iguales pero sí, al menos, con gentes capacitadas para reconocer al genio.

Adopté el nick “Admirable” y, a primeros de abril, después de leer sus post durante unos días, me decidí a obsequiarles con una de mis pequeñas obras. Era un relato breve, un cuento en el que dejé patente mi sensibilidad por los temas sociales en una prosa aparentemente sencilla pero plagada de recursos y rebotante de contenido. Relataba la historia de una huérfana que, tras varios fracasos en familias de adopción, cae en las garras de la cocaína y se ve abocada a la prostitución para poder hacer frente a los gastos de su drogodependencia. Como, lógicamente, quería transmitir mi confianza absoluta en las posibilidades de recuperación de los drogadictos y en su reinserción social, la huérfana (que, ol-

vidaba decirlo, era bellísima), al final del relato, conoce a un banquero que se enamora de ella y consigue sacarla de la vorágine en que se había convertido su vida.

Durante varios días esperé impaciente alguna respuesta a mi mensaje pero, para mi sorpresa, no hubo comentarios. Pensé que, tal vez, mi prosa descarnada había sorprendido a los foreros. No todo el mundo está preparado para leer algo como “... por culpa de la sociedad vendió su cuerpo (su cuerpo joven y hermoso, sus labios que invitaban al beso y sus senos turgentes) al primero que pasara, al mejor postor”. Seguramente había sido eso, sí: mi modo de decir las cosas, sin ambages ni cortapisas, llamándolas por su nombre, les había resultado excesivo. De modo que, para borrar un poco la idea de escritor maldito que seguramente se habían hecho de mí, decidí enviar al foro una de mis poesías. Así comprobarían que mi espíritu, amén de con-

ciencia social, estaba lleno de una exquisita sensibilidad lírica. A primeros de mayo colgué uno de mis poemas favoritos, el que compuse cuando, roto por el abandono de Clarisa, volqué al papel todo el dolor y toda la congoja que habían hecho presa en mi sensible corazón y que comenzaba así:

“Cuando los cielos brillan azules
siento mi corazón envuelto en tules,
los tules que me arropan, vida mía,
y no me libran de la melancolía”

De nuevo mi comunicación fue seguida por varios días de silencio lo que me llevó a pensar que, tal vez, había algún problema con el envío y el mensaje no podía ser leído en el foro aunque yo pudiera verlo sin problemas. Una semana más tarde, un post colgado del mío me hizo desechar esa hipótesis. Lo firmaba un tal “Jurl” y decía escuetamente: “Qué

intenso lirismo, qué poencia elocuética”. Deduje de inmediato que el tal “Jurl” había sufrido un pequeño lapso y que, en realidad, había querido decir “elocuencia poética”. Por otra parte, comprobar que mis palabras no habían caído en saco roto y que al menos una entre todas las personas del foro había gozado con la fuerza y la belleza de mis versos, me animó a postear, quince días más tarde, un pequeño ensayo. En realidad, se trataba de un trabajo universitario que presenté en 3º para la asignatura “Musicología” pero me pareció oportuno enviarlo al grupo para que conocieran mi afán investigador y algunas de mis originales ideas respecto a la música y su importancia en la vida del ser humano medianamente culto. Se titulaba: La influencia de la música romántica y su valor catártico en las relaciones interpersonales y de pareja: “Como una ola”. En esta ocasión la reacción no se hizo esperar. Al día siguiente, una tal

“pepitaloca”, en la que yo ya me había fijado por el ingenio que mostraba en sus participaciones, me decía: “Oye, Admirable, tú no tienes novia, ¿verdad?” Sinceramente, me sorprendió que alguien pudiera adivinar, tan sólo por un trabajo musicológico, mi situación sentimental y supuse que “pepitaloca”, además de ingeniosa, tenía que ser una mujer dotada de una sensibilidad tan grande que la capacitaba para apreciar mi talento y para intuir el desasosiego en el que estaba sumido mi corazón traicionado. Seguía preocupándome, sin embargo, que mis participaciones no suscitaran más respuestas cuando había otras, mucho más torpes y vulgares, que generaban largos hilos de discusión. Se me ocurrió que podían suceder dos cosas: o bien mi brillante discurso, la claridad de mis ideas y la contundencia de mis afirmaciones dejaba a los foreros sin palabras, o bien se estaban tomando su tiempo para redactar (seguro que sin con-

seguirlo) una réplica que estuviera a la altura de mis textos. De modo que, olvidándome del resto, le contesté a “pepitaloca” con un mensaje que, en mi opinión, daba idea de la altura de mis miras y de la simpatía que ella había despertado en mí: “No es fácil para un corazón como el mío encontrar quien merezca sus desvelos”.

Y aquel post fue el principio del fin. Estoy seguro que el detonante fue la envidia. Los participantes de aquel foro habrían tolerado, de buena o mala gana, mi maestría literaria, mi lírica llena de sentimiento y mi claridad expositiva (mi excelencia, en suma) pero lo que no pudieron soportar fue que “pepitaloca” mostrara tan a las claras su predilección por mí. Todos los mensajes que no habían aparecido en las semanas anteriores surgieron de repente y, en tres días, de mi respuesta a “pepitaloca” colgaban, por lo menos, cincuenta posts.

Los muy bastardos se explayaron a gusto. Desde el sucinto “Gilipollas” firmado por “Clavelito” hasta el “Anda, macho, dedícate al macramé” enviado por “Halconazul” pasando por el “Hemos debido de cometer un pecado muy grave para que Dios nos envíe semejante castigo” remitido por “Oxcar”, todos ellos, sin excepción, no sólo me insultaban con todos los vocablos que para tal fin aparecen en el diccionario sino que, lo que resulta más grave, se atrevían a poner en entredicho la calidad de mi obra con ácidas y mordaces críticas.

En un primer momento mi indignación y mi rabia fueron absolutas. ¿Cómo se permitían darme consejos aquellos desgraciados junta-letras? ¿Qué clase de analfabetos eran aquellos tipos, asnos descerebrados, totalmente ciegos a la brillante exposición de un talento como el mío? Ignorantes, maleducados, groseros, hijos de mala madre: eso es lo que

eran. Como dije al principio, mi decepción fue absoluta. Nunca pensé que esta gente, a la que yo suponía un mínimo de sensibilidad artística, fuera capaz de semejante atropello. Pero recordé lo que solía decirme mamá: “Arturito, hijo: no se ha hecho la miel para la boca del asno” y pensé que, lógicamente, yo había resultado un bocado demasiado exquisito para aquellas bocas acostumbradas a alimentos vulgares.

Además, ya no importa. He encontrado un foro de “Teatro”, que parece muy animado, en el que espero encontrar mejor acogida. Por lo que he leído hasta ahora, los participantes parecen más capacitados que los de “Literatura” para apreciar un talento como el mío. Mañana, si tengo tiempo, me estrenaré obsequiándoles con el primer acto de mi obra “Esperando al autor”.



Hace más de treinta años que no sabe nada de su amigo Juan el asturiano. Juan el asturiano era natural de Asturias, como su propio nombre indica, concretamente de Moreda de Aller, aunque vivía en Gijón desde pequeño y, de forma provisional, pasó en su ciudad unos años, los que tardó en hacer la carrera de Físicas. Juan era compañero de piso del novio de su hermana y, además de dos frases que pasaron al repertorio familiar de forma inmediata (“No, gracias, no quiero té, a mí los floritos...” y “Tíralo y di que lo has perdido”), de una fabada cuyo recuerdo perdura en sus papilas gustativas y de muy buenos ratos, les dejó su incoercible añoranza por su tierra natal desgranada a lo largo del tiempo que duró su relación con él. Le gustaría volver a ver a Juan el asturiano para decirle que, aunque le ha costado un poco, ahora le comprende perfectamente, ahora en-

tiende la nostalgia que empezaba a afligirle en cuanto cruzaba Pajares, ahora sabe lo que es echar de menos el verde, el mar y la montaña. Ahora es ella la que siente la necesidad de volver a la tierra que, según diría Aristóteles, es su lugar natural.

Para remediarlo, todos los años se reserva una semana para subir a la tierra del guaje y disfrutar del mar, del paisaje, de la gente, de la comida y... del arte.

LORENZO EL INGLÉS

La pequeña iglesia, blanca y recogida, destaca en el fondo del valle en medio de una amplia alfombra de hierba. Los montes que la rodean forman una picuda muralla contra la que chocan los vientos que soplan desde el mar y los que descienden, helados, desde lo alto de la cordillera.

Pasan cinco minutos de la una y sigue llegando gente. El Padre Lorenz vende cuatro entradas más y espera a que una pareja joven se decida a comprar los pisapapeles de recuerdo. Luego coge las llaves, cierra la tienda y se encamina a la puerta de la verja que rodea la iglesia.

Los martes libra el guía y son los frailes los encargados de explicar a los visitantes (el Padre Lorenz no quiere llamarlos turistas, el concepto le parece algo despectivo para alguien que en sus vacaciones quiere conocer iglesias prerrománicas) la historia del templo, sus características, sus peculiaridades. Se dirige a la fachada Sur para empezar el recorrido. Solo verán la iglesia, los martes no hay visita al monasterio. El grupo no es muy numeroso, unas cuarenta personas. Varias parejas y familias con niños, dos matrimonios mayores. Impermeables y chubasqueros porque el día está muy nublado y orbaya a ratos. Le siguen

despacio, mirando al suelo de vez en cuando como si temieran tropezar o pisar alguna hierba importante y, cuando se detiene junto a la puerta lateral que da acceso al pórtico, se colocan a su alrededor en ordenado silencio y levantan los ojos hacia los muros de mampostería.

El Padre Lorenz comienza la explicación pero no sigue el folleto al pie de la letra. Para empezar, declara que considera más que dudosa la construcción de la iglesia atribuida a Alfonso III el Magno, lo más probable es que la iglesia ya existiera y que el monarca se limitara a añadir el pórtico de la fachada Sur. La consagración del templo con la presencia de siete Obispos, a pesar de la lápida en la que figuran grabados sus nombres, la pone más en duda todavía: cuando los visitantes entren en la iglesia y vean el tamaño de la capilla de la nave central comprenderán por qué lo dice.

—Eran gente bien alimentada —explica el Padre Lorenz, y separa los brazos del cuerpo para dar una idea del perímetro de Sus Emi-nencias— ¿Siete obispos en ese sitio tan pequeño? Ni de coña. Yo creo más bien que seis estarían tomando sidra y el séptimo oficiando. Tal vez se turnarían...

El grupo sonrío. A pesar del modismo, al Padre Lorenz se le nota la extranjería: pronuncia las ces enfáticamente, acentuando su carácter interdental, usa los tiempos verbales con corrección absoluta y es incapaz de articular la erre de modo que suene vibrante.

En la fachada Este se detiene a explicar la ventana de triple arco que, a media altura, da luz al altar mayor y la otra, más pequeña y más alta en el muro, que se abre a un hueco inaccesible desde el interior.

—Hay varias hipótesis acerca de esa cámara —aclara el Padre Lorenz—. Se dice que podría ser la cámara del tesoro del Rey, el lugar

donde el monarca escondería sus coronas, sus collares, sus sortijas... pero —añade irónicamente—... cualquiera puede llegar a la ventana con una escalera, ¿no?, y... podría entrar... de costado, naturalmente...

—Los obispos no —afirma una visitante sonriéndole con sorna.

—Los obispos no, desde luego —concede. Y continúa—. De modo que Alfonso, el rey, al volver de... una guerra, por ejemplo, encontraría su cámara vacía, sin sus coronas ni sus anillos ni sus tesoros... También se dice que podría ser una celda para ermitaños pero... ¿cómo haría “sus cosas” el ermitaño? ¿Hacia fuera, desde la ventana? No, ¿verdad? ¿Dentro? Menos aún. En cualquier caso... el olor sería espantoso —se detiene un segundo y mira al grupo, que, descartadas las dos primeras opciones, ya espera sus argumentos— ...En algunas ilustraciones de códices de la época yo he visto ventanas como ésta

de las que entraban y salían ángeles —hace otra pausa para asegurarse la atención de los visitantes—... de modo que —concluye con una sonrisa—... creo que la cámara, en realidad, es un nido de ángeles.

—¡Ah, claro! —exclama la visitante que antes había visto la imposibilidad de que un obispo entrara en la cámara—: ésa es la hipótesis mejor fundada.

—Por supuesto.

—No tendrían problemas de espacio...

—No, claro, porque —El Padre Lorenz no puede resistir la tentación de comprobar los conocimientos de la visitante y la mira inquisitivo antes de formular la pregunta—... ¿cuántos ángeles caben en la punta de alfiler?

—Cientos de miles...

—... como se dijo en Bizancio. Y como no se reproducen...

—No, cómo se van a reproducir si no tienen sexo...

La visitante parece estar al tanto de las conclusiones del Concilio. Al acabar el recorrido le espera junto a la cerca.

—¿Cuál es su nombre, Padre? —pregunta.

El Padre Lorenz mete la mano en uno de los bolsillos del hábito, saca una cajetilla de Royal Crown y se demora dos segundos en contestar.

—Hummm —dice al fin—... Lorenzo... “el inglés”.

El Padre Lorenz despertó sobresaltado en la oscuridad de su celda. Llevaba tantos años fuera de su país que ya ni recordaba cuántos eran y era la primera vez, desde que su cuerpo descansaba en aquella tierra tan parecida a la suya, que algo interrumpía su sueño. Por la ventana entreabierta entraba la luz oscura de una noche de cielo cubierto y luna apenas creciente. Abrió los ojos y prestó atención: el silencio quieto y denso del monasterio se rompía en la distancia con unos ruidos sor-

dos, rítmicos, como los de las velas cuando son golpeadas por un viento racheado. Dudó entre ignorarlos y continuar el sueño interrumpido o satisfacer la curiosidad de averiguar su origen. La indecisión apenas duró unos segundos. Se levantó, se puso el hábito y, procurando no hacer ruido para no despertar a los cinco monjes con los que compartía la amplia vivienda del monasterio (“nos gusta el espacio”, le había dicho, a modo de explicación, a una de las visitantes de la mañana, la que sabía cuántos ángeles caben en la cabeza de un alfiler), salió de la celda. No podía imaginar la clase de trapos que podían estar ondeando en el valle, a aquellas horas, casi de madrugada, y en una noche de aire quieto. Salió a la explanada de piedra y miró en derredor. Nada extraño, nada diferente a otras noches, solo el rumor que subía y bajaba de intensidad en oleadas de sonido y parecía provenir de la iglesia. El Padre Lorenz se diri-

gió al prado que rodeaba el templo. Había olvidado la llave de la cerca pero, joven aún, no tuvo problemas para saltarla. Conforme se acercaba a la iglesia el ruido ganaba en claridad: ya no sonaba a vela ni a bandera, era otra cosa la que golpeaba el aire. Cuando giró hacia la fachada Este lo distinguió sin problemas: era un aleteo amplio, potente, colectivo. Levantó la mirada hacia la ventana de la cámara secreta, la que era improbable que sirviera como escondite de tesoros o como celda de ermitaños y entonces, ayudado apenas por la luz incierta de la madrugada, vio decenas, cientos de ángeles de grandes alas que revoloteaban sobre su cabeza antes de entrar en ella.

—Ya decía yo... —murmuró sonriendo.

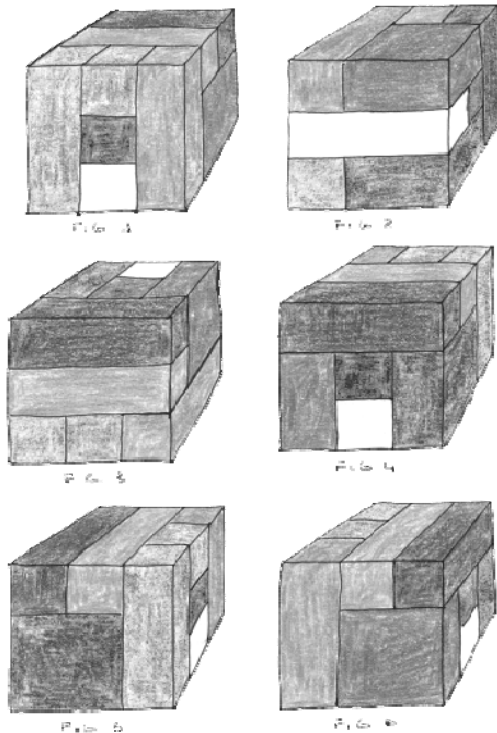
Treinta kilómetros al Oeste, en una ciudad de playas abiertas, en una habitación de hotel, la visitante se ha tumbado en la cama y piensa que le hubiera gustado seguir charlan-

do con el fraile para disfrutar un rato más de su ironía inglesa y para contarle algunas cosas sobre los ángeles. Contarle, por ejemplo, que tienen nombre; contarle que, cuando nace un niño, uno de ellos es designado para guardarlo y protegerlo; que tienen varios pupilos a su cargo y que a veces se turnan para cuidarlos o descuidan temporalmente a uno que no los necesita para dedicarse a otros que tienen más problemas; que hay un Espíritu Rojo (que, probablemente, es uno de los Ángeles más importantes) que es el encargado de recoger la Vida por todo el Universo y distribuir-la después; que, a veces, se manifiestan soplando suavemente en las sienes de sus pupilos y que es muy probable que se reúnan para charlar de sus cosas en las cámaras secretas de las iglesias prerrománicas. La visitante piensa que le hubiera gustado contarle todas esas cosas al Padre Lorenz pero, como ya no es posible, decide que (como tantas otras ve-

ces en las que ha sentido la necesidad de sacar algo que llevaba dentro) escribirá un cuento, un cuento que hable de obispos obesos y de amplios monasterios en los que solo viven seis frailes a los que les gusta estar amplios; de reyes batalladores que construyen iglesias en valles escondidos y de ángeles de grandes alas que se reúnen en cámaras secretas para hablar de sus cosas; un cuento que escribirá en cuanto vuelva a casa después de las vacaciones y que tendrá como protagonista (of course) a Lorenzo el inglés.



Bueno, pues... esto se ha acabado. Parece que no queda nada más en esta caja. Aunque últimamente la veo muy escribidora con esto del foro de literatura... No me extrañaría nada que dentro de dos días se comprara otra caja y empezara a llenarla con todas esas hojas sueltas que nunca sabe dónde guardar.



las EDICIONES del VECIND(i)ARIO

* colección **narrativa** *

<http://www.vecindiario.es>

Las cosas de la caja

© Fefa Martí Maldonado ‘Vichoff’

Bajo licencia Creative Commons.

<http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/>



© Sobre el texto, Fefa Martí Maldonado, ‘Vichoff’.

© Composición cubierta, Fco. Manuel Espinosa, 2011.

© Galería de Imágenes, sus respectivos donantes.

© Logotipo Vecindiario, detalle de SnailGirl
nattieniet – <http://nattieniet.deviantart.com/>

1ª Edición, junio, 2011



colección narrativa